

SUR

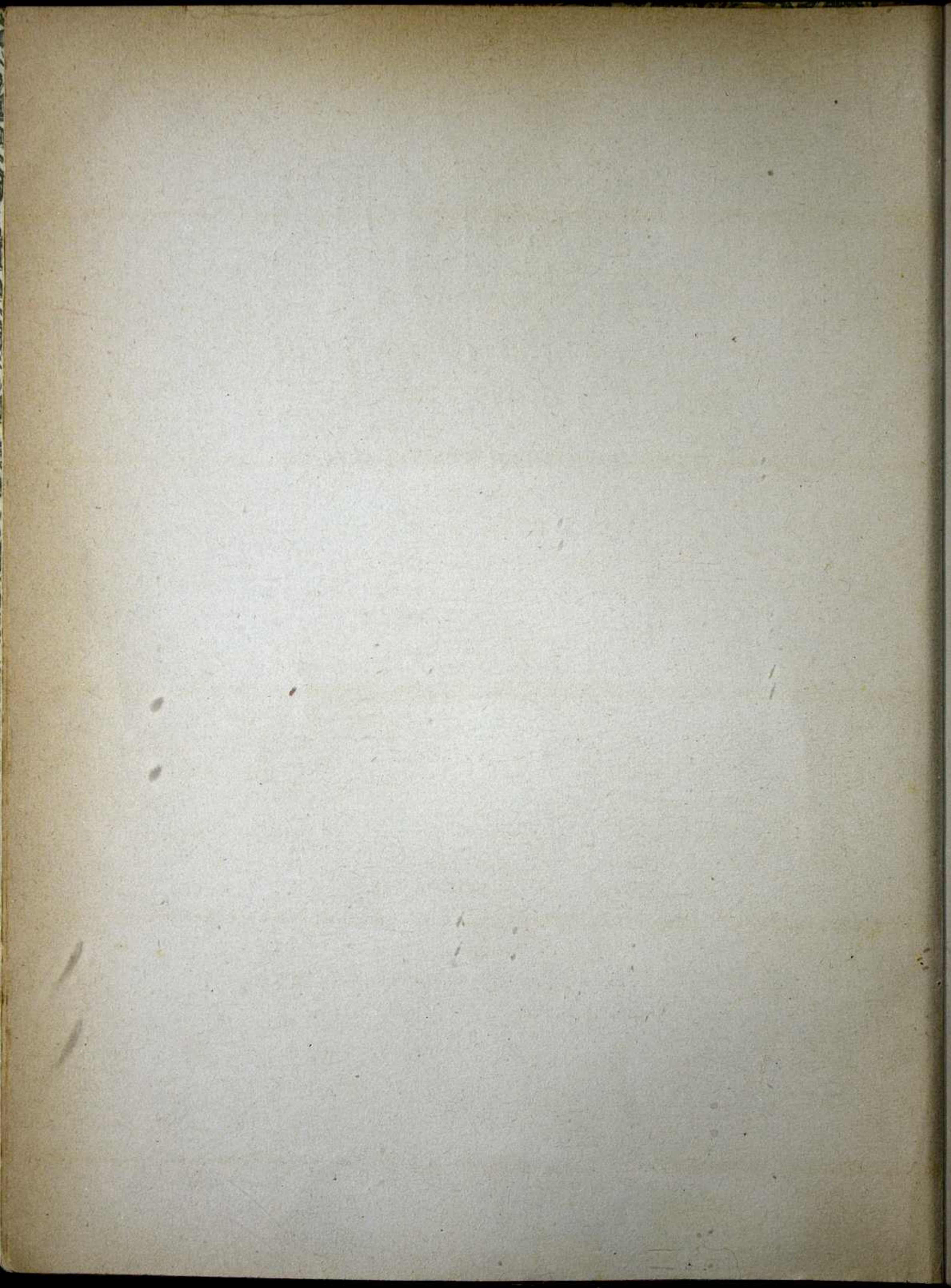
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

SEPTIEMBRE DE 1940

AÑO IX

BUENOS AIRES



S U M A R I O

R A F A E L A L B E R T I
DE LOS ÁLAMOS Y LOS SAUCES

M A R Í A Z A M B R A N O
LA AGONÍA DE EUROPA

A R C H I B A L D M A C L E I S H
*ESCRITORES DE POSTGUERRA Y
LECTORES DE ANTEGUERRA*

A D O L F O B I O Y C A S A R E S
LA INVENCIÓN DE MOREL

N O T A S

Roger Caillois: Arte y propaganda ☆ *Jorge Luis Borges: El tiempo y
J. W. Dunne* ☆ *Leo Ferrero: La fuerza de Inglaterra* ☆ *Pedro
Henríquez Ureña* ☆ **CRÍTICA DE ARTE** ☆ *Julio E. Payró:*
*Miguel Villá. Diez pintores argentinos en "Amigos del
Arte"* ☆ **CINEMATÓGRAFO** ☆ *Jorge Bemberg:*
"Nuestro pueblo" ☆ **DEBATES SOBRE TEMAS
SOCIOLÓGICOS** ☆ *Relaciones interamericanas.*

DE LOS ÁLAMOS Y LOS SAUCES

EN RECUERDO DE ANTONIO MACHADO

*...álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!*

A. MACHADO.

1

DEJADME llorar a mares,
largamente como los sauces.

Largamente y sin consuelo.
Podéis doleros...

Pero dejadme.

Los álamos carolinos
pueden, si quieren, consolarme.

Vosotros... Como hace el viento...
Podéis doleros...

Pero dejadme.

2

VEO en los álamos, veo,
temblando, sombras de duelo.

Una a una, hojas de sangre.
Ya no podréis ampararme.

Negros álamos transidos.
¡Qué oscuro caer de amigos!

Vidas que van y no vienen.
¡Ay, álamos de la muerte!

3

No puede, como es pequeño,
con tantos árboles grandes.

Sólo con la yerbabuena,
la flor del aire.

Álamo, me pesas mucho;
me doblas los hombros, sauce.

Se sentó. Y aunque era río,
no vino el agua a ayudarle.

4

SE oyen caer, se oyen en estas soledades,
con sonidos que el paso del mar moja y alarga,
entre cielos belígeros, perdidas claridades,
que si la aurora endulza, la muerte las amarga.

Como allí hasta las tumbas fallecieron y queda
para yacer tranquilos ni brizna que os recuerde,
llegad, claros extintos. Dormid en la alameda,
que el sueño de los álamos es aún blanco y verde.

5

Más que olvidados estaban,
por funerales y pena larga.

Les dije: ¡Fuera de casa!
Lejos, con esos verdes lamentos
y ese redoble de muerto.

No quiero frente inclinada.
Cabeza alta,
mirada alta, bien alta.

Así les iba diciendo,
sin ver que su largo pelo
me amortajaba.

¡Ay sauces, me amortajaba!

6

ÁLAMO frente al castaño,
desnudo, desenvainado.

—Estoy pensando.

Mueve sus hojas, las tira
contra tu filo, agitado.

—Estoy pensando.

Espada seca, esta noche
puedes quemarlo de un tajo.

—Estoy pensando.

(Saltó al aire y no se supo
en dónde cayó clavado).

7

SALÍ a ver los álamos.

La tierra huía, temblando.
Descoyuntada, la tierra.
Sólo vi huesos
desparramados.

¿Cómo vosotros ausentes,
álamos?

Se oía
mudar de forma al planeta.
Desprenderse
de su arrugada corteza,
amarillenta
de pobladores ya muertos.

Álamos,
¿cómo vosotros risueños?

La sombra, siempre la sombra
cedió las llaves del fuego.
Triste desgracia es quemarse
cuando propagan los ríos
su horror ardiendo a los mares.

Salí a ver los álamos.
(Nadie).

8

ANDA serio ese hombre,
anda por dentro.

Entra callado.
Sale.

Si remueve las hojas con la tierra,
si equivoca los troncos de los árboles,
si no responde ni al calor ni al frío
y se le ve pararse
como olvidado de que está en la vida,
dejadle.

Está en la vida de sus muertos, lejos,
y los oye en el aire.

9

AHORA me siento ligero,
como vosotros, ahora
que estoy cargado de muertos.

Voy a crecer, a subir.
Voy a escalaros,
ahora que tengo mil años.

¡Detenedme, que ya subo!
¡Paradme, que ya os alcanzo!

No me dejéis, ya en el viento,
mirar abajo.

10

A ti, enterrado en otra tierra.

PERDIDOS, ¡ay, perdidos!,
los niños de la luz por las rotas ciudades
donde las albas lentas tienen sabor a muerto
y los perros sin amo ladran a las ruinas;
cuando los ateridos

hombres locos maldicen en las oscuridades,
se vuelcan los caballos sobre el vientre desierto
y solamente fulgen guadañas repentinas;

entonces, que es ahora,
pienso en ti, en esa noble osamenta abonando
trigos merecedores de más verdes alturas,
árboles que susurren tu nombre dignamente,
y otro cielo, otra aurora
por los que te encontraras tranquilo, descansando,
viéndote en largo sueño remontar las llanuras,
hacia un clamor de torres erguidas al poniente.

Pienso en ti, grave, umbrío,
el más hondo rumor que resonara a cumbre,
condolido de encinas, llorado de pinares,
hermano para aldeas, padre para pastores;
pienso en ti, triste río,
pidiéndote una mínima flor de tu mansedumbre,
ser barca de tus pobres orillas familiares
y un poco de esa leña que hurtan tus cazadores.

Descansa, desterrado
corazón, en la tierra dura que involuntaria
recibió el riego humilde de tu mejor semilla.
Sobre difuntos bosques va el campo venidero.

Descansa en paz, soldado.
Siempre tendrá tu sueño la gloria necesaria:
áلامos españoles hay fuera de Castilla,
Guadalquivir de cánticos y lágrimas del Duero.

Totoral (Córdoba de América), junio de 1940

RAFAEL ALBERTI

LA AGONÍA DE EUROPA

Desde hace bastantes años se repite: Europa está en decadencia. Ahora ya no parece necesario el decirlo. Muchas gentes que lo creen se refieren al suceso con frase velada y sonrisa irónica, como aludiendo a un secreto tan divulgado que hasta resulta elegante y misericordioso tratar de encubrir, aunque al hacerlo así lo divulguemos de una manera más humillante.

Todo desastre permite manifestarse a las gentes en su cruda realidad; es el medio de revelación más exacto de cuantos se conocen. Sobre todo para los bajos fondos de la conciencia, que en circunstancias normales viven ocultos. Así, el resentimiento. Ante la caída de algo que se ha mantenido victorioso durante siglos, el acumulado rencor se desata, sale a la luz sin máscara. Es su hora. Es la hora de la satisfacción de todas las impotencias: Es, también, la hora de los recién llegados, de los que adoran el éxito como único arbitrio de las cosas divinas y humanas.

Y al resentimiento incumbe la primera parte de la acción destructora que sólo después las armas consolidan. Europa, como toda realidad histórica victoriosa y resplandeciente, ha tenido la virtud de

producir solapados enemigos, de engendrar el rencor en las oscuras cavernas en que el rencor se cría. Hoy, este rencor se junta y extiende con tremendo ímpetu negativo; corroe, deshace, borra, va convirtiendo al mundo en un vacío espacio desolado. Priva a los ojos de la hermosura de las apariencias, y escamotea astutamente al corazón todo lo que puede amar.

El análisis de este cruel resentimiento que se extiende pavorosamente es bastante largo y exigiría un esfuerzo de atención. Es la primera de las purificaciones que tendría que realizar el hombre moderno para salir de su laberinto. Es el primer paso de la necesaria liberación. Porque lo terrible del rencor es su esencial apostasía; el que se revuelva siempre, ciego, contra aquello que podría salvarle. La criatura resentida destruye lo único a que podría asirse, se alza en contra de sus principios, que no por odiados dejan de serlo; de ser lo que podrían sostener al desesperado espíritu.

Mas, por lo mismo, por ser el resentimiento un revolverse contra los principios, el resentido carece esencialmente de fijeza, de lealtad para sí, de lealtad para todos. Y se confunde en esto con el adorador del éxito. Éste tampoco quiere saber a quien sirve, esclavo de un señor que cambia; no quiere ni saber siquiera que ya no sirve a quien servía. Incapaz también de lealtad, el que adora el éxito no quiere saber *quién* es el que tiene el éxito. O tal vez suceda que el éxito sin más sea algo sin rostro, forma ni figura, y por falta de ellos no pueda engendrar lealtad alguna. Sólo lo que tiene figura, permanencia, puede engendrarla, y aquello que sin llegar a ser se encumbra para despeñarse en seguida no puede pedir la lúcida adhesión de una leal servidumbre.

Pero Europa tuvo rostro, forma y figura. ¿Por qué, entonces, esta desbandada de leales, por qué este triunfo del sordo rencor, del descarnado arrivismo que pretende dejarla atrás como "a una etapa superada" ya? Por una parte parece fatal que todo lo que triunfa humanamente engendre su sombra. Hasta ahora, no parece haberse cumplido el anhelo de una victoria sin vencido, de una victoria que consista íntegramente en convencer. Y el vencido, condenado a no desarrollarse, se convierte en pábulo de resentimiento. Ni aun la resplandeciente figura del amor ha dejado de proyectar siempre la opaca sombra de la envidia.

Mas no nos parece sea ésta la única causa de la explosión rencorosa, ni la de su pariente y aliado: el desatado culto al éxito. Sin duda, Europa ha dejado de tener rostro; sin duda se ha falseado, y su anterior firmeza ha cedido el paso a un reblandecimiento. Sin duda, gérmenes ocultos en la raíz misma de los principios que la daban vida han ido lentamente corroyéndolos.

Y así se explica otra de las actitudes frente a la presente decadencia de Europa. Es la —inusitada en ella— de servidumbre a los hechos, a los hechos atomizados. El hombre europeo nunca se distinguió en sus días mejores por permanecer aferrado a los hechos, pura y simplemente; a lo dado e inmediato. Al revés, desde Grecia se embarcó hacia un idealismo que alcanzó su extremo, precisamente, en la filosofía romántica alemana del siglo diez y nueve. Y ahora, casi sin transición alguna, el hombre medio, el que se cree portavoz de una época, su médula y protagonista, se rinde ante la evidencia de los hechos. Vive esclavo en terrible servidumbre ante lo que pasa, sin ánimo para desarrollar un *mínimum* de violencia a fin de desasirse. Hasta ahora, la genialidad

de Europa parecía consistir, en gran parte, en esta capacidad de desasimiento de la realidad. Ahora, tan poca tiene, que toma por real la primera apariencia que le sale al paso, y anda sin entereza, sin verdad. Porque el encuentro de la verdad requiere su busca y su busca sólo puede darse en un ánimo que ha sabido sustraerse a la aplastante influencia de los hechos, a la pavorosidad de lo inmediato.

El hombre europeo en su gran mayoría parecía haber perdido completamente este poder de abstracción, este afán heroico que le hacía desdeñar lo primero que ante sí encontraba para ir a buscar algo más estable, más firme, más permanente y claro a qué servir. Ha perdido la raíz de su heroico idealismo. Y aunque de su extremosidad, de su abuso hayan partido gran parte de nuestros males, lo que hoy primero se echa de ver ya no es el idealismo extremado, sino la ciega servidumbre a la realidad más aparente e inmediata, el encadenamiento atroz a los hechos. Falta de soledad, de espacio libre, puro y vacío en el interior de la conciencia; de aquella soledad y libertad que pueden tenerse hasta entre los dientes de la fiera. El afán de *ver*, de captar con claridad lo que se tiene ante sí, aunque nos esté devorando.

Falta el heroísmo mejor. Y en este instante de bélico desate, falta la agresividad más fecunda y noble, la de no aceptar, sin más ni más, el empuje de lo que nos viene de afuera. Contrasta, en verdad, la agresividad tremenda y creciente con esta tremenda pasividad en el europeo; a medida que se entrega al empuje de los hechos (que ha ganado todas las formas de trato social), cuanto más se hunde en la pasividad, más desboca sus energías en el combate material y bárbaro.

Esta falta de ímpetu del entendimiento podría, tal vez, arrancar

de la última etapa de conocimiento que podríamos llamar naturalismo. El naturalismo es la línea de menor resistencia para la mente por la sencilla razón de que viene después de varios siglos en que el pensamiento se ha esforzado en develar la naturaleza. Línea de menor esfuerzo y engendradora de fatuidad, de peligrosísima vanidad intelectual, que se atiene al resultado y se muestra ignorante del anterior esfuerzo. Porque la naturaleza no es por sí misma transparente, sino que la razón griega primero, y la del Renacimiento después, la han domeñado. Y se nos ha llegado a figurar que es algo dócil, obediente y que apenas admite sorpresas. Ya todos los adelantos, por fantásticos que sean, nos parecen cosa *natural*. . . Y esto mismo, la palabra “natural” —que tan pavorosa realidad debería de significar— la empleamos desde hace tiempo como significativa de lo más consuetudinario, de la normalidad misma.

Y con esta tranquilizada conciencia de haber domeñado al monstruo de la naturaleza, de haberla convertido en estática mansedumbre, el hombre europeo se llenó de fatuidad, de excesiva confianza en el mundo. Vanidad que no dejó entrar en su ánimo al saludable terror ante la nueva “naturaleza”, y el nuevo enigma cada día se fué resintiendo más por la excesiva confianza que inspirara; fué en cada instante más irritado por la desatención en que estaba. Enigma y monstruo más pavoroso que el de la naturaleza: el monstruo de lo social.

Todo conocimiento es lucha con algo extraño; ha habido en él un momento de peligro y de urgencia. Los secretos de la naturaleza hace tiempo que pasaron de este estadio. Hace tiempo que el hombre, en su lucha inmediata con los fenómenos de la naturaleza, había vencido;

el monstruo estaba ya paralizado, y permitía la tranquilidad necesaria para el progresivo afinamiento de la ciencia. En cambio, este nuevo monstruo, lo social, pero dotado de vida y de vida misteriosa por ser humana, no esperaba, no toleraba la espera. Y apenas se sabía de él nada, ni lo suficiente para mantenerle quieto, para vencerle en un primer combate, domeñando su ingente fuerza mientras entraba en ejercicio el nuevo conocimiento. El nuevo conocimiento que ha de ser sutil, astuto, desconfiado y, por lo mismo, lento.

Y contribuía a esta peligrosísima situación, sin duda, algo más que el naturalismo. El liberalismo progresista, de tan noble origen, creció en momento inoportuno porque mantuvo todavía más el encantamiento producido por el naturalismo. De contextura tan diferente, de inspiración tan diversa, vino a ser su cómplice, porque acentuó la confianza fatal, aunque llevándola hacia distinto objeto: el naturalismo la había llevado hacia la naturaleza; el liberalismo, hacia la naturaleza humana.

No se supo poner en evidencia, ni por los propios liberales, y mucho menos por sus enemigos, el contenido del liberalismo; no le supieron librar de sus impurezas ni de sus máscaras. Al revés, tuvo la desdicha, por su misma condición generosa, de aceptar las peores compañías, las más dudosas alianzas. El principio cristiano del liberalismo, la exaltación de la persona humana al más alto rango entre todo lo valioso del mundo, quedó oculto bajo la hinchazón, bajo la soberbia. Fatuidad engendrada en quienes fueron liberales sin sentir viva, dentro de su pecho, la secreta raíz cristiana de confianza en el hombre, sí, mas no en todo lo del hombre, sino en aquel punto por el cual es imagen de alguien que al mismo tiempo le ampara y le limita.

Y quienes se situaron frente al liberalismo no supieron tampoco, ni quisieron someter a un claro análisis, la causa de la repulsión que ante él experimentaban. No se pararon a pensar. Su ciego odio, su obstinada oposición, cerró el camino. El liberalismo, ante los ataques, se cegó también y comenzó bien pronto a perder la conciencia de su origen, a descuidar la definición y claridad de su esencia. La situación se hacía más y más enmarañada. El pensamiento europeo se enredaba en sus propias victorias, fracasaba a causa de su riqueza y de la altura misma a que había llegado. No tuvo conciencia rigurosa de sus bienes. Rara situación que, hasta ahora, habíamos creído ciertos españoles privativa del pensamiento y de la vida española: perderse por sus dones, más que por sus defectos.

Pero ésto, perderse en el laberinto de la propia sobreabundancia, le ha sido mucho más pernicioso a Europa que a España, pues España siempre vivió así, entregada a su frenética generosidad, cuidándose de explorar y jamás de explotar lo explorado. España ha vivido en la dispersión de sus dones, en la prodigalidad, en la confianza ciega. Para Europa, en cambio, revestía caracteres de traición el entregarse a las dos actitudes que supo evitar en sus horas de creación, cuando su entendimiento estaba plenamente en activo: el terror y la confianza.

Y entonces, poco a poco, se fué haciendo prisionera de ellos; poco a poco la fueron paralizando en una acción conjunta. Porque los dos —confianza, terror— se llaman y se apoyan mutuamente. De la excesiva confianza por la victoria sobre la naturaleza, y de la fatuidad del ser humano por su natural bondad, salió el terror, el terror sin paliativos. Y cuando comenzó francamente el desastre, la falta de entereza

se hizo patente, mostrando todo el terrible vacío. Ahora ya no cabe la ingenua confianza ante la espantable realidad. La conciencia europea, su hombre, pasó sin tránsito de la ingenuidad más optimista al terror. Terror que, después de la guerra del catorce, se ha ido apoderando de todos los resortes vitales. Marea que ha llegado a inundar el alma entera de Europa, dejándola enajenada, sin deseo alguno, incapaz de combate, en mortal quietud, como un pantano.

Pantano formado con los sedimentos del más bello ayer. De la fe en la razón, del ardor por el ejercicio del pensamiento, quedaba un fangoso escepticismo. ¿Para qué, para qué esforzarse en que la obscura realidad se clarifique ante nuestros ojos? ¿A qué proseguir las asperezas del rigor y de la disciplina? ¿A qué rechazar lo inmediato? Mejor rendirse adorándolo, dirán unos, mejor entregarse aceptándolo, dirán otros. Aceptar lo que está ahí, aunque no sepamos qué es, ni para cuánto tiempo.

El pensamiento europeo se iba enredando así en sus propias victorias. Pero nos parece imposible que esto pueda suceder sin un daño en la raíz de sus principios. Parece imposible que sin traición a ellos se haya podido entregar el entendimiento europeo a las dos actitudes que evitó con más cuidado.

Y lo peor del terror es que es la forma de penetración anticipada y a veces única que tiene el enemigo. Es la manera que tiene de inyectar en nuestro organismo el veneno que emite. Terror, miedo sucedido a la excesiva confianza que paraliza lo mejor del hombre: encontrar tras de la inmediatez pavorosa de los hechos las razones y sinrazones. Des-

enmascarar a los monstruos que nos acometen: única manera de ir haciendo el mundo noble y habitable.

Resentimiento por un lado; confianza y terror, por otro. El uno ataca, los otros no permiten la defensa y aun se truecan en aliados de la destrucción, facilitando el camino con su indolencia. Hay quienes señalan traiciones concretas que, de ser ciertas, tampoco nada explicarían. No es así. La traición comenzó hace tiempo. Europa iba poco a poco ocultando su rostro detrás de la niebla, sus ejes detrás de una espesura. Se escondían sus principios y aun su apariencia detrás de un muro inconsistente donde nos sentíamos hundir poco a poco al ir a buscar.

Hacía tiempo que cada cosa no era ya ella misma y la vida parecía haberse convertido en una inmensa traición. Porque nada parecía realizarse por entero, y de la parcialidad, de la dispersión, se llega al pacto con lo contrario. ¿Qué invisible enemigo había entrelazado su cuerpo con el de Europa? ¿Qué raíz se había entremezclado con la que le daba vida?

Porque siempre, cuando decae algo que alcanzó plenitud, se puede averiguar, allá en lo hondo, una oculta traición o una debilidad de resultado semejante. En el terreno de la vida histórica, las enemistades más efectivas, más tercas, no irrumpen por fuera, sino que van a instalarse allá en lo hondo, corrompiendo el principio mismo actuante. Luego surjen en la superficie que se deshace. Y el enemigo, que tuvo buen cuidado de infectar las raíces, puede llegar entonces hasta con la apariencia de un salvador.

No supo esto la buena fe racionalista que suponía que la historia, los asuntos humanos, marchaban transparentemente con la sencilla com-

plicación de los fenómenos físicos. Pero allí donde comienza la vida, comienza la astucia, la capacidad de disimulo, la potencia de fabricar caretas superpuestas. Buena fe en la simplicidad y transparencia *natural* de las cosas que dejó al pensamiento europeo inerme ante las nuevas máscaras encubridoras ya del más negro vacío.

Mas, si todo se torna en su contrario, si todo queda incompleto, si todo vacila, aún queda la guía del amor. La fidelidad a una realidad que, tal vez, nunca hemos gozado; el no resignarnos a perder por completo algo que, quizá, no tuvimos del todo. Nos tocó vivir horas de dispersión. Las últimas creaciones europeas se caracterizaban todas ellas por ser obras en que se ejecutaba una destrucción, en que se verificaba un perdimiento. La última pintura era la destrucción implacable de la pintura; la literatura se negaba a sí misma, y hasta la filosofía naufragaba en un vitalismo y existencialismo desesperados. Nada íntegro, nada entero.

Y, sin embargo, estos frutos de ceniza, mordidos por la nada, eran testimonio de algo. Y en su propio derrumbarse ponían al descubierto una verdad. Verdad, es cierto, cada vez menos objetiva. La verdad de la criatura humana desesperada, sin amparo, pero también sin resignación. No son construcciones, sino confesiones reveladoras de un afán de liberación, de una irrenunciante ansia de encontrar lo perdido. Eran como la ejecución de una sentencia de muerte en un cuerpo vivo y que no la aceptaban. Y al fin, la muerte no llegaba nunca, el proceso seguía, seguía en una larga angustia indefinida. Eran agonías, confesiones de agonizante.

Mientras hay vida hay esperanza, se dice en castellano. Y la mis-

ma desesperación, a fuerza de agotar los conflictos hasta su último fondo, encuentra el camino. Lo peor es retroceder, fatigarse a la mitad, dejar el combate. Y hoy ha de ser más duro que nunca, más encarnizado, más peligroso, porque hay que ir de prisa. No nos esperan, y las sirenas, las múltiples sirenas del terror siguen sonando, en el sentido mítico y en el real.

Pero aun en medio del terror, el amor no se resigna y sigue preguntando si en verdad ha muerto esa realidad histórica de vida y de cultura, esa tradición que llamamos Europa y que ya estaba emigrando de su menguado territorio. Y la pregunta acerca de la muerte de Europa nos ha llevado a preguntarnos ¿qué es, que ha sido Europa? Pues a tanto equivale el averiguar su traición.

¿Qué ha sido Europa? ¿Qué es, de su compleja y riquísima realidad, lo irrenunciable? Hoy la nostalgia nos haría tomarla por entero sin renuncia a cosa alguna, si la evocamos en sus tiempos de gracia y plenitud, rememorando lo que nos dicen que ha muerto. Ningún remedio mejor, por otra parte, para entretener el roedor desconsuelo. Sumergirse lo más lúcidamente posible en el curso de la vida que acaba de pasar, adivinar su estructura íntima, su secreto alimento. Cuando retiran el frío cadáver de nuestro lado, el don precioso de evocación, más que la razón, es el encargado de traernos el consuelo. Porque la evocación nos trae la estela de la realidad casi tan real como ella, mientras la razón no más que la comprobación de su muerte. Usar el precioso don para retener la realidad lo más fiel posible, lo más concreta y palpitante, sin que la abstracción la haya todavía mutilado. No es una claudicante embriaguez, sino el doble intento de confortarnos en lo

que ya nadie ni nada puede impedir que haya sido y que se haya realizado (y en cuanto que ha sido ya, el amparo de todo ataque) y preparar materia en qué ejercitar el pensamiento. Hacer posible que la razón vaya penetrando lentamente, sin parecerlo casi, en la dolorida realidad, para encontrar su enemigo, por si es todavía tiempo.

Pero la nostalgia del ser total vacila, es decir, va cambiando el punto de enfoque. Y tan pronto miramos a Europa desde cerca, abrazándonos al tiempo que acaba de pasar, recogiendo su último destello de belleza, como sentimos la grandiosidad de su existencia. Tan pronto nos acomete por algo nimio, insignificante, como todas las diversidades de su rica vida se nos funden en una unidad que las abarca a todas. Somos prisioneros, a un tiempo, de lo pequeño y de la unidad que hizo posible esa rica diversidad, tan amplia y tolerante que llevaba consigo la contradicción. Y vemos borrarse, confundiéndose sus contornos, a tipos de hombre tan diferentes como el guerrero de la Edad Media y el monje con el Humanista del Renacimiento, que parecía ser su antagonista, y que en tanta medida lo fué. Vemos al romántico doliente mucho más cerca del medioevo que lo que su nostalgia creyera.

Y tan vencedora es esta unidad que nos atemoriza. No puede ser ya la unidad de la vida. Mientras hay vida hay dispersión, contradicción. Nada vivo alcanza la unidad sino en la muerte. Esta unidad en que Europa se aparece a nuestra nostalgia, nos hunde en la sospecha de que haya de verdad muerto.

Querriamos entonces saber cómo vería a la antigua Grecia el desdichado filósofo que tuviera que cumplir el edicto imperial de Justiniano y cerrar las Escuelas de Filosofía de Atenas. Acaso sintió con fuerza

inaudita la unidad de todas las escuelas, la concordancia de todos los dispares pensamientos, y sobre todo el fundamento único que hacía posible todas las complejas y apasionadas discusiones. No en vano habían aparecido ya todos estos intentos de pensamiento "eclectico". Eclecticismo que no es sino la percepción de la unidad que mientras estuvo viva no se mostraba, y que aparece con su serena y quieta belleza a la hora de la muerte. Porque en ella sentimos la identidad de los contrarios.

Para que se apacigüe la discordia que es siempre la vida, algo tiene que morir. Quizá el que muere se lleve de la vida que vivió en lucha una última imagen de paz. Y que a ello se deba la serenidad impresa por la muerte en el rostro humano más inquieto; que esa quietud invulnerable sea tan sólo el reflejo de la última mirada del que se va del mundo viéndole ya uno, concorde, redondo.

Y así en la historia. Mientras hemos vivido dentro de Europa, sobre ella, ni siquiera nos sentimos abrazados por esa unidad, protegidos por ella, pues estábamos comprometidos en luchas particulares, en afanes superficiales porque se daban sobre la unidad imperceptible. La seguridad de asentar los pies en tan firme terreno nos permitía todo género de disputas y de evasiones. Era el tiempo de la contradicción y de la evasión. Ahora, que nos hemos quedado sin asidero, se nos aparece la concordancia; unimos las disparidades sin darnos cuenta, y regresamos; regresamos de todas las evasiones. Es el tiempo de la dolorosa lucidez.

Lucidez muy parecida al desvelo que se presume en la casa agrandada por la muerte de un prójimo, a la imposibilidad de abandonarse

al consuelo del sueño en la frialdad que deja su hueco. Y en este estado sucede que lo que recordamos de la personalidad de quien se ha ido, lo que de toda ella aparece a nuestra imaginación, no coincide con lo que nos asombró en vida. Es otra cosa, otro rasgo ahora el destacado. Un rasgo menos individual y más genérico, consubstancial con nosotros, diríamos. No es tanto lo suyo propio, lo que en vida percibíamos como formándole en su peculiaridad, sino lo nuestro, lo genérico, lo que nos hacía parientes, algo consubstancial con nosotros. Y por ser así, por hacerse entonces patente esta substancia común, encontramos en cada muerte próxima un conocimiento de nuestra más íntima esencia; una seguridad; porque lo que se nos revela no es algo exclusivo de nuestro ser individual, ni tampoco de otro. Es una raíz común, recibida por trasmisión, no inventada, no debida a nuestro esfuerzo. Algo enteramente recibido, mas no por añadidura, porque constituye nuestro más verdadero ser.

Y esto consubstancial, esencia de nuestra propia vida que no nos pertenece, es irrenunciable; hemos de trasmitirlo como nos lo trasmitieron. De no hacerlo así sentiremos el horror de que la continuidad de algo que viene desde muy atrás se ha quebrado precisamente en nosotros.

Es lo que sentimos ante la desaparición de Europa, de lo europeo. Es nuestro sentimiento más hondo. Pero de este sentir que nos embarga, tal vez en razón misma de su profundidad, no hemos llegado todavía a una idea clara. No sabemos en qué consiste eso genérico, eso que nos emparenta con todo lo europeo y que en este instante tiene más vigor que ningún rasgo nacional, particular o individual. Eso que nos hace sentir a Europa como una gran unidad en la que estamos incluídos ínte-

gramente. Es solamente el testimonio de nuestra filialidad, de nuestra dependencia y de nuestra lealtad, puesto que, lejos de querer romperla, queremos conocerla para no traicionarla jamás.

Mantenidos por este sentir, por el dolor que testimonia la unidad de Europa y nuestra filiación en ella, comenzamos a ver algo. Automáticamente casi, la evocación funciona. Y lo que vemos ante nosotros inmediatamente es la riqueza de forma o, si se quiere, de *estilo* de la vida europea. La densidad, multiplicidad y riqueza con que la han poblado. Nos parece que ya se había llegado a que no quedase ningún pequeño territorio, por minúsculo que fuera, sin someter a esta graciosa disciplina de la forma, de una forma. Nada sin cultivo. Nada entregado al azar; todo traspasado de orden, número y medida.

Mas —puede responderse a este fantasma— toda vida humana lleva consigo una forma, un estilo. Así es. Pero el fantasma vuelve cargado de presencias y alusiones, respondiendo con su creciente encanto a la objeción.

Y entonces, lo que vemos de la vida europea, es la capacidad de estilos, su especialidad en que sean más extremados y más efímeros. Y el cambio, la velocidad en su nacimiento y muerte, la brevedad de su vida acusa una agilidad que no puede decretarse, sin más, frívola. Y es también la continuidad dentro de cada estilo de lo más nimio, con los principios que parecen inspirarlos. Es el sutil aprisionamiento, la dura disciplina de un encaje, de una fina cadena, la inexorable contextura matemática de un vals; todo lo grácil, vano y pasajero sostenido por una rígida arquitectura. Ciencia matemática y valeses de Viena, estrategia y muebles Luis XV, el paso breve de la historia dentro del paso

grande de los grandes hechos. Método y cambio, fluir incesante de frágiles formas y ademanes sobre un fondo cada vez más obscuro, pero invulnerable. Formas precisas sin afán de eternidad, que en su misma rigidez llevan como la marca de ser perecederas; formas que invitan a ser sucedidas y aun destronadas por otras. Y que por ello, tal vez, no aplastan al hombre que las usa y adora. Son ídolos, sí, y como ídolos exigen sacrificio, pues no se conoce forma alguna que no haya pedido algún recatado martirio. Pero el sacrificio que piden es temporal, deja libre una porción del hombre, una zona no exigida que queda ahí en disponibilidad; y aun en la zona de los sacrificios que exigen, tan sólo ocupan un breve destello del tiempo. Son formas exigentes y humildes, tiránicas y liberales; más que dar exigen libertad. Libertad para ser aceptadas, tiranía de ser abandonadas para usar de nuevo la libertad con otras nacies.

Fragilidad de las formas, levedad de los estilos. Todos pasan con gracia, apoyando apenas el pie, y, si al llegar levantan un poco de ruido, desaparecen suavemente, conformes con la brevedad de su vida, apaciguados ante la continuidad asegurada por el nuevo vencedor.

Y esta docilidad para entrar en el olvido, esta ligereza de su paso es la que descubre la perennidad del principio que los hace surgir a todos; lo inagotable de la fuente. Mueren tranquilos porque se saben continuados en lo esencial, heredados, recogida en buenas manos su herencia sin dilapidar. Durante muchos siglos, hasta ahora, Europa no ha dilapidado cosa alguna en cantidad apreciable, no ha malbaratado nada apenas. En su cambio incesante estaba el principio de su conservación. La fragilidad garantizaba la persistencia, la multiplicidad de tanta vida

y destrucción y aun de tanto nacimiento malogrado, la perenne disciplina de la vida. Nunca hubo el temor de que ésta quedara desamparada.

Y sin embargo... Hacía algún tiempo, tal vez desde mediados del siglo XVIII, que los viejos volvían hacia atrás la vista con melancolía alegre, con altivo menosprecio por lo que veían ante sí, por el estilo de la juventud que había venido a sustituirles, sin ser bastante para paliar este hecho lo ocurrido en algunos decenios del siglo XIX: el que los viejos mirasen el presente —y más aún: el porvenir que apuntaba en él— con cierta admiración envidiosa. Fué un breve tiempo en que se esperó lo mejor, en que los mejores vivieron un sentimiento de ir hacia adelante, de irresistible progreso. Pronto, ya en este siglo, se volvió al sentimiento inaugurado en el XVIII, de considerarse cada uno satisfecho de pertenecer a un tiempo mejor a ojos vistas que el que llegaba. No existía, es cierto, el temor a que toda forma desapareciera, aunque a veces fuera así expresado. El terror que tal posibilidad arroja no fué jamás sentido por ninguno de nuestros antepasados. Lo que se sentía venía a ser el declinar de las formas, su embastecimiento progresivo, paralelo a su falta de exigencia. Estilo y comodidad parecían estar en contienda, ir haciéndose incompatibles, enemigos. Y se sentía avanzar una vida más impetuosa, más ancha, pero que al superviviente, en tensión todavía por la exigencia de sus formas idolatradas, le parecía más floja, más baja, menos noble.

Y los más avisados de entre aquellos que no se retiraban del mundo para hacer filosofía, se llenaban de una cierta congoja; había algo que no podía engañarles. Repasemos, para esto, los libros de memorias, las cartas, hasta las crónicas sociales cuando comenzó a haberlas. No,

no es el “cualquier tiempo pasado fué mejor”, sino algo que puede confundírsele, pero bien distinto, algo así como un sentido que tenían aquellas gentes, educadas en la graciosa disciplina de una forma de vida a la par complicada y tolerante. Un sentido sutil que les avisaba que la disciplina era cada vez más floja, que algo esencial se iba ya despreciando; un presentimiento, algo difícilmente expresable, precisamente por eso, por ir mezclado con la melancolía del declinar de la propia vida y por el “cualquier tiempo pasado fué mejor”. Pero es, sin duda alguna, discernible.

Y llegó un momento, nos tocó vivirlo, en que abiertamente esta voluntad de forma, esta exigencia de estilo fué menospreciada, arrollada. ¿En nombre de qué? “De la vida, de la eficacia, de la comodidad, de la utilidad...” se ha dicho. Pero algo más; había algo así como una cólera, como una ira contra todo ello, un deseo cargado de agresividad de verlo consumado. Comienza a funcionar una piqueta. Y, ya se sabe, siempre que funciona una piqueta, sobre todo si es al final de una larga era de construcciones, destruye mucho que merece ser destruído. Además, los estilos se habían intrincado unos en otros y algunos, respetuosos con los anteriores (revolucionarios), los habían tapado. La piqueta devuelve a cada uno lo suyo, restaura, hasta construye. Pero el que maneja la piqueta es casi siempre un fanático y el mismo ejercicio le entusiasma; sigue, no se detiene, nada respeta, y echa abajo el mismo arco que había libertado de la burda tapia, el ajimez que había desnudado la escayola. Bien pronto se hunde en el aire. Y nos parece que ahí estamos. Y ahí están ya en el suelo, deshechas, las formas. Se ha ido más lejos de lo que el más pesimista presintiera.

Confesemos que la evocación no nos ha traído demasiado consuelo. La unidad que percibíamos se nos fué pulverizando, deshaciéndose en una encadenada pluralidad. Los múltiples estilos parecen tener un carácter común, ligereza alada que no aplasta al hombre, que no le esclaviza. Pero no es suficiente. La unidad se nos aparece como un problema: ¿En qué consiste? ¿A qué se debe? ¿Cuál es su principio? No podemos reposar en ninguna evocación de la vida europea, por rica que sea y por mucho que nuestra nostalgia la demande. Ella misma, su imagen sensorial, su imagen casi física, lo que podríamos llamar la carne de su vida, nos lanza de sí y nos lleva a preguntarnos por su estructura interna, por su verdadera contextura. Europa no puede reducirse a un fantasma dócil al conjuro de la imaginación. Es un fantasma que clama ser entendido, explicado, descubierto. No nos deja en paz, no nos deja descansar en su translúcida presencia. No se resigna a ser fantasma; quiere, sin duda, ser devuelto a la vida. Y en ella entra poniendo en marcha nuestro entendimiento.

Y es que el amor no se calma con fantasmas. Tiene hambre de realidad, necesidad de presencia y figura, de claridad íntegra, de entendimiento. Ir a descubrir qué haya sido en verdad Europa, no es para nosotros más que ir a descubrir lo que de ella nos resulta irrenunciable. O mejor, para explicarnos bien qué es eso irrenunciable, que nos mantiene en angustioso desvelo, tenemos que intentar ver qué ha sido Europa, encontrar sus ejes, sus principios, el armazón que ha hecho posible su crecimiento y plenitud.

Se trata de explicarnos, de aclararnos lo que seguimos sintiendo vivo, aunque nos digan que ha muerto o está en trance de morir.

Se trata, también, de recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia, en algunas conciencias al menos, en aquellas que no están dispuestas a adherirse al triunfo de la fuerza, por la única razón de que lo es.

Pero tratando de encontrar la esencia de eso que llamamos Europa, de eso que por nada aceptamos —seguir viviendo nuestra vida sin su vida—, buscaremos también el principio de su posible resurrección. En suma, y dicho con cierta audacia, de la que sólo el amor nos dispensa: Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo; agoniza. Porque Europa es tal vez lo único —en la Historia— que no puede morir del todo; lo único que puede resucitar. Y este principio de su resurrección será el mismo que el de su vida y el de su transitoria muerte.

MARÍA ZAMBRANO

ESCRITORES DE POSTGUERRA Y LECTORES DE ANTEGUERRA

I

Dos hechos referentes a la influencia educativa del escritor merecen hoy día tomarse en cuenta. El primero, la actitud con respecto a la crisis actual de la generación joven de Norteamérica. El segundo, la responsabilidad por dicha actitud de los escritores de la generación a que pertenezco.

Se ha dicho mucho sobre la actitud de la generación joven; parte en crítica, parte simplemente en explicación. Algunos periodistas, irritados por la resistencia de la generación joven a ver el mundo como lo ven ellos, han llegado hasta acusar a dicha generación de cobardía o indiferencia. Estos comentarios pueden con toda tranquilidad dejarse a un lado. No es posible acusar a una generación de cobardía incluso cuando la cobardía es evidente, y en el caso presente está muy lejos de serlo.

La característica esencial de la actitud de la generación joven de los Estados Unidos no es ni de indiferencia ni de falta de valor, tanto físico como moral. Es algo muy distinto, algo que John Chamberlain formuló con toda precisión hace cinco meses en *The New Republic*. "Si me da derecho a generalizar el haber hablado con ciento veinte muchachos y muchachas en cuatro regiones y ciudades considerablemente distanciadas más

allá de los Alleghenies —escribía Mr. Chamberlain—, diría que nuestra generación más joven no tiene necesidad alguna de la disciplina semántica de Mr. Stuart Chase. Los muchachos de uno y otro sexo propenden a desconfiar de todas las divisas y *slogans*, de todos los rótulos... incluso de todas las palabras”. La característica de la actitud de la joven generación que más inquieta a sus mayores es la desconfianza no sólo hacia todos los *slogans* y rótulos, sino incluso hacia todas las palabras; esto es, su desconfianza hacia todas las declaraciones de principio y de fe, hacia todas las fórmulas de finalidad moral.

Si un periodista tan distinguido como Mr. Chamberlain tenía o no razón al generalizar así, basándose en sus conversaciones con cuatro grupos de muchachos y muchachas, es cosa que no me atreveré a decidir. Lo único que puedo asegurar es que, con arreglo a mi propia experiencia, me parece que la afirmación de Mr. Chamberlain era cierta en el momento en que la hizo, y que quizás continúa siendo cierta hoy día. Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, y la retirada a través del Canal, quizá hayan demostrado a los jóvenes de Norteamérica que la cuestión no es el unirse o no a los aliados en su guerra contra el totalitarismo, sino simplemente si lo que ha estrangulado a los aliados está también llamado a estrangularnos a nosotros, y cuándo, y lo que podemos hacer para evitarlo. Pero la profunda desconfianza hacia las palabras y los principios que descubría Mr. Chamberlain hace unos meses parece caracterizar aún hoy día a buena parte de la generación joven.

Considéresele como se le considere, es un hecho; y un hecho sobre el cual conviene meditar. A mi modo de ver, más grave que nuestra falta de aeroplanos y de cañones antiaéreos, que nuestra incapacidad para fabricar en la cantidad precisa los fusiles necesarios, y que cualquier otra deficiencia de nuestra preparación material. Si la generación joven de los Estados Unidos desconfía de todas las palabras y de todos los valores y juicios morales sobre el bien y el mal, ello quiere decir que es incapaz de emplear la única arma con la que es posible combatir el fascismo, a saber: la convicción moral de que el fascismo es malo y de que una

sociedad libre de hombres libres es algo por lo cual vale la pena de luchar. Si todas las palabras son sospechosas, todos los juicios pura cháchara, y todas las convicciones basadas en el bien y el mal simples convencionalismos, quiere decirse que no hay nada real y permanente que merezca el esfuerzo y el sacrificio humano, y la consecuencia será que la debilidad moral y espiritual del país es peor que su debilidad militar. Pues el fascismo, conviene recordarlo, no es sólo una superior mecanización de los armamentos, ni una producción superior, ni una superioridad en aeroplanos. El fascismo es también una fe, no menos poderosa porque sea una fe negativa en la obediencia, la disciplina, la brutalidad y la muerte. Un pueblo libre no podrá luchar contra el fascismo a menos de creer, con una fe aun más ahincada, que la libertad es buena y la esclavitud mala; que la libertad es buena y puede ser alcanzada, y la esclavitud es mala y puede ser combatida. Un pueblo libre, por el hecho de serlo, permitirá la expresión libre de todas las opiniones. Pero, a menos de reservarse el derecho a creer, creyéndolo con todas sus fuerzas, que la libertad es algo que merece tenerse y conservarse, no podrá conservar mucho tiempo su libertad.

He ahí un hecho incontrovertible. Un segundo hecho, a mi juicio igualmente claro, es que una gran parte de la responsabilidad por este estado de espíritu de las generaciones jóvenes, corresponde a los escritores de mi generación —y tanto más cuanto más agudos, inteligentes e influyentes—, que crearon en los espíritus esa desconfianza no sólo hacia los rótulos y los *slogans*, sino incluso hacia las palabras mismas. Los libros de guerra de hombres como Barbusse, Latzko, Dos Passos, Ford Madox Ford, Ernest Hemingway, Erich Maria Remarque y Richard Aldington no fueron tan sólo libros escritos contra la abominación, la crueldad y la bestialidad de la guerra. Fueron también libros desbordantes de apasionado desprecio hacia las expresiones y fórmulas de convicción, de fe y de finalidad moral que sirvieron de fundamento a la guerra de 1914-18. Y todos ellos dejaron tras sí, en muchos espíritus, la seguridad de que no solamente la guerra y las finalidades guerreras

eran falsas, sino que igualmente lo eran todas las finalidades morales: irremediablemente falsas y fraudulentas, encaminadas al embauco y la mentira. Abrid al azar las páginas de cualquiera de ellos, y no tardaréis en encontrarlo.

II

Véase, por ejemplo, a Dos Passos, en una novela que llegó a ser parte de la experiencia esencial de toda una generación: *Tres soldados*: “Así, la civilización no era otra cosa que un vasto edificio de impostura, y la guerra, en vez de significar su derrumbamiento, era su expresión más genuina y suprema. ¡Ah!, pero sin duda en el mundo tiene que haber algo más que concupiscencia, odio y crueldad. ¿O también serían puras ficciones estas frases enormes que fluctuaban como gigantescas cometas versicolores sobre las cabezas de los hombres? Cometas, esto es: artilugios de papel pintado al extremo de un cordel, simples ornamentos recreativos, que no había que tomar demasiado en serio”¹.

Véase, igualmente, a Ernest Hemingway, en una de las más hermosas novelas de nuestro tiempo: *Adiós a las Armas*: “Siempre me sentí un poco azorado ante las palabras *sagrado*, *glorioso*, *sacrificio*, y la expresión *en vano*. Las habíamos oído, unas veces en pie bajo la lluvia, casi fuera del alcance de la voz, de manera que sólo las palabras vociferadas a grito pelado podían llegar a nuestros oídos, y las habíamos leído en proclamas que los carteleros pegaban con engrudo sobre otras proclamas, una y otra vez, quién sabe por cuanto tiempo, sin ver nada *sagrado*, y advirtiendo que lo *glorioso* no tenía gloria alguna, y que los *sacrificios* eran como los mataderos de Chicago, con la única diferencia de que, en vez de aprovechar la carne, se la enterraba”².

¹ JOHN DOS PASSOS: *Three Soldiers* (1921).

² ERNEST HEMINGWAY: *A Farewell to Arms* (1929).

He ahí las palabras sinceras de hombres sinceros, de escritores de gran pericia, integridad y convicción. Dicen lo que todos nosotros habríamos dicho después de la guerra, de haber podido. Dicen lo que todos los que estuvimos en la guerra creíamos. Pero, sin embargo, estas palabras han dado un fruto amargo y peligroso.

Pues el efecto natural e inevitable de estas palabras en la generación que las leyó de niño tenía lógicamente que ser el que estamos presenciando ahora. Aquella generación quedó vacunada contra cualquier tentativa de los líderes de su país para fomentar una guerra mediante frases retóricas y tremolar de banderas morales. Pero quedó indefensa ante cualquier agresor dispuesto a *imponernos* la guerra. Sobre todo, quedó indefensa contra un agresor cuyo cinismo, brutalidad e intenciones declaradas de esclavizar presentaba el panorama del futuro en términos morales, en términos de fe y de convicción. Desconfiar no sólo de los rótulos y de los *slogans*, sino “incluso de todas las palabras”, es permanecer inerme e indefenso frente a un agresor cuya fuerza consiste precisamente en que destruye el respeto a la ley, el respeto a la moral y el respeto a la Palabra.

Los escritores de la postguerra cuya obra educó a una generación en la creencia de que todas las declaraciones, todas las convicciones son fraudulentas, de que nada de lo que puedan los hombres formular en palabras vale la pena de luchar por ello y de que no hay que dejarse engañar estúpidamente; estos escritores deben reconocer sin ambages que los libros que escribieron durante los años consecutivos a la gran guerra han tenido más parte en el desarme de la democracia frente al fascismo que cualquier otra influencia aislada. Muchos de ellos han escrito luego otros libros. Algunos de ellos —como Hemingway y Dos Passos, por ejemplo— se han consagrado a luchar contra el fascismo con todo su talento y su energía. Pero ello no tiene efecto retroactivo, ni quita efectividad al hecho.

Entiéndase que no es mi propósito juzgar a dichos escritores. No tengo derecho a hacerlo; y, si lo pretendiere, mis palabras no tendrían

valor alguno, pues al fin y al cabo en aquel entonces yo sentía como ellos y escribí, con arreglo a mis facultades, en el mismo sentido que ellos. Pero sí estoy seguro de que, por noble que aquellas obras fueran desde el punto de vista literario, y por mucha que fuera su sinceridad como sumario de su experiencia personal, en el sentido educativo y moral su efecto fué desastroso para una generación que iba a verse obligada a hacer frente al fascismo en la edad adulta.

III

Cuál es la moraleja del cuento, si es que la tiene, no seré yo quien pretenda señalarla. Es posible que los escritores, a quienes incumbe tal responsabilidad en la gestación del futuro, no deban nunca debilitar la virtud de la Palabra, ni siquiera cuando han sido víctimas de las celadas y embelesos de la Palabra. Es posible que los escritores que viven en tiempos tan desordenados y complejos no deban permitirse el lujo de la confesión en alta voz y el escepticismo y la duda *coram populo*. No sé. Pero sí creo saber, cuando menos, que mientras no recobremos en esta democracia en que vivimos la convicción de que hay cosas fundamentales que es preciso defender, mientras no recuperemos la fe en la expresión verbal de estas cosas, será inútil que fabriquemos aeroplanos ni acorazados, pues no habremos de necesitarlos.

La tarea que nos espera no es un trabajo fácil. Quienes desean nuestra debilidad emplearán todos los medios de engaño, de deformación y de fraude para mantenernos en ese estado. Nos insinuarán que no podremos defendernos contra el fascismo sin volvernos a nuestra vez fascistas. Nos dirán que no podremos afirmar nuestra creencia en las instituciones de una sociedad libre y nuestro decidido propósito de defenderlas sin volvernos tan estrechamente nacionalistas, tan intolerantes y tan salvajes como los que atacan dichas instituciones. Nos dirán que no

podremos juzgar del bien y del mal sin convertirnos también en incendiarios de libros y regimentadores del espíritu humano.

Podemos prestarles oídos, si tal es nuestro gusto. Pero, si lo hacemos, habremos perdido, no sólo nuestro valor, sino también nuestro sentido común. Decir que el único medio de conservar la libertad es negarnos a creer lo bastante en la libertad para luchar por ella, es decir una cosa que ningún hombre en su sano juicio puede pensar. Y argüir que una libertad por la que vale la pena de luchar es una libertad ya perdida, es argüir fuera del radio de la historia y del entendimiento. Lo contrario, exactamente, es la verdad. Sólo la libertad que es lo bastante fuerte para defenderse a sí misma es también lo bastante fuerte para ser realmente libre y realmente tolerante. Sólo la libertad por la cual están dispuestos a luchar los hombres es una libertad capaz de perdurar y sobrevivir.

ARCHIBALD MAC LEISH

LA INVENCION DE MOREL

A Jorge Luis Borges

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. El verano se adelantó. Puse la cama cerca de la pileta de natación y estuve bañándome, hasta muy tarde. Era imposible dormir. Dos o tres minutos afuera bastaban para convertir en sudor el agua que debía protegerme de la espantosa calma. A la madrugada me despertó un fonógrafo. No pude volver al museo, a buscar las cosas. Huí por las barrancas. Estoy en los bajos del sur, entre plantas acuáticas, indignado por los mosquitos, con el mar o sucios arroyos hasta la cintura, viendo que precipité mi huída. Creo que esa gente no vino a buscarme; tal vez no me hayan visto. Pero sigo mi destino: estoy desprovisto de todo, confinado al lugar más escaso, menos habitable de la isla; a pantanos que el mar suprime una vez por semana.

Escribo esto para dejar testimonio del adverso milagro. Si en pocos días no muero ahogado, ni luchando por mi libertad, espero escribir la *Defensa ante Sobrevivientes* y un *Elogio de Malthus*. Atacaré, en esas páginas, a los agotadores de las selvas y de los desiertos; demostraré que el mundo, con el perfeccionamiento de las policías, de los documentos, del periodismo, de la radiotelefonía, de las aduanas, hace irreparable cualquier error de la justicia, es un infierno unánime para los perseguidos. Hasta ahora no he podido escribir sino esta hoja que ayer no preveía ¡Hay ocupaciones en la isla solitaria! ¡Uno aprende la insuperable dureza de la madera, cuánto más grande es el espacio que el pájaro movedizo!

Un italiano que vendía alfombras en Calcuta, me dió la idea de venirme; dijo (en su lengua):

—Para un perseguido, para usted, sólo hay un lugar en el mundo; pero en ese lugar no se vive. Es una isla. Gente blanca estuvo construyendo, en 1924 más o menos, un museo, una capilla, una pileta de natación. Las obras están concluídas, abandonadas.

Lo interrumpí; quería su ayuda para el viaje; el mercader siguió:

—Ni los piratas chinos, ni el barco pintado de blanco del Instituto Rockefeller, la tocan. Es el foco de una enfermedad, aun misteriosa, que mata de afuera para adentro. Caen las uñas, el pelo, se mueren la piel y las córneas de los ojos y el cuerpo vive ocho, quince días. Los tripulantes de un vapor que había fondeado en la isla, estaban despellejados, calvos, sin uñas —todos muertos— cuando los encontró el crucero japonés *Namura*. El vapor fué hundido a cañonazos.

Pero, tan horrible era mi vida que resolví partir... El italiano quiso disuadirme; logré que me ayudara.

Anoche, por mil y tantas veces, me dormí en esta isla vacía... Viendo los edificios pensaba lo que habría costado traer esas piedras, lo fácil que hubiera sido levantar un horno de ladrillos. Me dormí tarde y la música y los gritos me despertaron a la madrugada. Mi vida de fugitivo ha ido aligerándose el sueño: estoy seguro de que no ha llegado ningún barco, ningún aeroplano, ningún dirigible. Sin embargo, de un momento a otro, en esta pesada noche de verano, los pajonales de la colina se han cubierto de gente que baila, que pasea y que se baña en la pileta, como veraneantes instalados desde hace tiempo en Los Teques o en Marienbad.

Desde los pantanos de las aguas mezcladas, veo la parte alta de la colina, los veraneantes que habitan el museo. Por su aparición inexplicable podría suponerse que son efectos del calor de anoche, en mi cerebro; pero aquí no hay alucinaciones ni imágenes: hay hombres verdaderos, por lo menos tan verdaderos como yo.

Están vestidos con trajes iguales a los que se llevaban hace pocos años: gracia que revela una consumada frivolidad; sin embargo debo reconocer que ahora es muy general admirarse con la magia del pasado inmediato.

Quien sabe por qué destino de condenado a muerte los miro, inevitablemente, a todas horas. Bailan entre los pajonales de la colina, ricos en víboras. Son inconscientes enemigos que, para oír *Valencia y Té para dos* —un fonógrafo poderosísimo los ha impuesto al ruido del viento y del mar contra la isla—, me privan de todo lo que me ha costado tanto trabajo y es indispensable para no morir, me arrinconan contra el mar en pantanos opuestos a la vida.

En este juego de mirarlos hay peligro; como toda agrupación de hombres cultos han de tener escondido un camino de impresiones digitales y de cónsules que me remitirá, si me descubren, por unas cuantas ceremonias o trámites, al calabozo.

Exagero: miro con alguna fascinación —hace tanto que no veo gente— a estos abominables intrusos; pero sería imposible mirarlos a todas horas:

Primero: tengo mucho trabajo — el sitio es capaz de matar al isleño más hábil; acabo de llegar; estoy sin herramientas;

Segundo: el peligro de que me sorprendan mirándolos o en la primera visita que hagan a esta zona — si quiero evitarlo debo construir guaridas ocultas en los matorrales;

Finalmente: hay dificultad material para verlos — están en lo alto de la colina y para quien los espía desde aquí son como gigantes fugaces; puedo verlos cuando se acercan a las barrancas.

Mi situación es deplorable. Me toca vivir en estos bajos en un momento en que las mareas suben más que nunca. Hace pocos días vino la más grande que he visto desde que estoy en la isla.

Cuando oscurece busco ramas y las cubro con hojas. No me extraña despertarme en el agua. La marea sube a eso de las siete de la mañana; a veces llega con adelanto. Pero una vez por semana hay subidas

que pueden ser concluyentes. Hendiduras en el tronco de los árboles son la contabilidad de los días; un error me llenaría de agua los pulmones.

Siento con desagrado que este papel se transforma en testamento. Si debo resignarme a eso, he de procurar que mis afirmaciones puedan comprobarse; de modo que nadie, por encontrarme alguna vez sospechoso de falsedad, crea que miento al decir que me han condenado injustamente. Pondré este informe bajo la divisa de Leonardo —*Obstinato rigore*— e intentaré seguirla.

Creo que esta isla se llama Villings y que pertenece al archipiélago de Las Ellices¹. Del comerciante de alfombras Dalmacio Ombrellieri (calle Hyderabad, 21, suburbio de Ramkrishnapur, Calcuta) podrán obtener más precisiones. Ese italiano me alimentó varios días que pasé enrollado en alfombras persas; después me hizo cargar en la bodega de un buque. No lo comprometo, al recordarlo en este diario; no soy ingrato con él... La *Defensa ante Sobrevivientes* no dejará dudas: Como en la realidad, en la memoria de los hombres —donde a lo mejor está el cielo— Ombrellieri habrá sido caritativo con un prójimo injustamente perseguido y, hasta en el último recuerdo en que aparezca, lo tratarán con benevolencia.

Desembarqué en Rabaul; con una tarjeta del comerciante, visité a un miembro de la sociedad más conocida de Sicilia; en el brillo metálico de la luna, en el humo de fábricas de conservas de mariscos, recibí las últimas instrucciones y un bote robado; remé exasperadamente, llegué (con una brújula que no entiendo; sin orientación; sin sombrero; enfermo; con alucinaciones); el bote se quedó en las arenas del este

¹ NOTA DEL EDITOR: Lo dudo. Habla de una colina y de árboles de diversas clases. Las islas Ellices —o *de las lagunas*— son bajas y no tienen más árboles que los cocoteros arraigados en el polvo del coral.

(sin duda los arrecifes de coral que rodean la isla estaban sumergidos); me quedé en el bote, más de un día, perdido en episodios de aquel horror, olvidando que había llegado.

La vegetación de la isla es abundante. Plantas, pastos, flores, de primavera, de verano, de otoño, de invierno, van siguiéndose con urgencia, con más urgencia en nacer que en morir, invadiendo unos el tiempo y la tierra de los otros, acumulándose inconteniblemente. En cambio, los árboles están enfermos; tienen las copas secas, los troncos vigorosamente brotados (han de estar muriéndose de arriba para abajo). Encuentro dos explicaciones: o bien que las yerbas estén sacando la fuerza del suelo o que las raíces de los árboles hayan alcanzado la piedra (el hecho de que los árboles nuevos estén sanos parece confirmar la segunda hipótesis). Los árboles de la colina se endurecieron tanto que es imposible trabajarlos; tampoco se puede conseguir nada con los del bajo: los deshace la presión de los dedos y queda un aserrín pegajoso, unas astillas blandas.

En la parte alta de la isla, que tiene cuatro barrancas pastosas (hay rocas en las barrancas del oeste), están el museo, la capilla, la pileta de natación. Son tres construcciones modernas, angulares, lisas, de piedra sin pulir. La piedra, como tantas veces, parece una mala imitación de piedra y no armoniza perfectamente con el estilo.

La capilla es una caja oblonga, chata (esto la hace parecer muy larga). La pileta de natación está bien construída, pero, como no sobresale el nivel del suelo, inevitablemente se llena de víboras, sapos, escuerzos e insectos acuáticos. El museo es un edificio grande, de tres pisos, sin techo visible, con un corredor al frente y otro más chico atrás, con una torre cilíndrica.

Lo encontré abierto; en seguida me instalé en él. Lo llamo museo porque así lo oí llamar por el mercader italiano ¿Qué razones tenía?

Quién sabe si él mismo las conoce. Podría ser un hotel espléndido, para unas cincuenta personas, o un sanatorio.

Tiene un hall con bibliotecas inagotables, deficientes: no hay más que novelas, poesía, piezas de teatro (si no se cuenta un librito —*Belidor-Travaux-LeMoulin Perse-Paris, 1737*— que estaba sobre una repisa de mármol verde y está olvidado en un bolsillo de estos jirones de pantalón que llevo puestos. Lo tomé porque el nombre “Belidor” me pareció extraño y porque me pregunté si el capítulo *Moulin Perse* no me explicaría ese molino que hay en los bajos. Recorrí los estantes buscando ayuda para ciertas investigaciones que el proceso interrumpió y que, en la soledad de la isla, traté de continuar (creo que seguimos perdiendo la inmortalidad porque la resistencia a la muerte no ha evolucionado; sus perfeccionamientos insisten en la primera idea, rudimentaria: retener vivo todo el cuerpo. Habría que buscar la conservación de lo que interesa a la conciencia, nada más).

En el hall, las paredes son de mármol rosa, con algunos listones verdes, como columnas hundidas. Las ventanas, con sus vidrios azules, llegarían al tercer piso de una casa. Cuatro cálices de alabastro, donde podrían encondarse cuatro medias docenas de hombres, irradian luz eléctrica. Los libros mejoran un poco esta decoración. Una puerta da al corredor, otra al salón redondo, otra, ínfima, tapada por un biombo, a la escalera de caracol.

En el corredor está la escalera principal, de estuco y alfombrada. Hay sillas de paja y las paredes están absolutamente cubiertas de libros.

El comedor será de unos diez y seis metros por doce. Arriba de triples columnas de caoba, en cada pared, hay terrazas que son como palcos para cuatro divinidades sentadas —una en cada palco—, semi-indias, semi-egipcias, ocres, de terracota; son tres veces más grandes que un hombre; las rodean hojas oscuras y prominentes, de plantas de yeso. Abajo de las terrazas hay grandes paneles con dibujos de Foujita, que desentonan (por modestos).

El piso del salón redondo es un acuario. En invisibles cajas de

vidrio, en el agua, hay lámparas eléctricas —la única iluminación de ese cuarto sin ventanas. Es un lugar de inolvidable asco. A mi llegada había centenares de peces muertos; sacarlos, fué una operación horripilante; he dejado correr agua, días y días, pero siempre tomo en ese cuarto olor a pescado podrido (que sugiere las playas de la patria, con sus turbios de multitud de peces, vivos y muertos, saltando de las aguas e infectando vastísimas zonas de aire, mientras los abrumados pobladores los entierran). Con el piso iluminado y las columnas de laca negra que lo rodean, uno se ve caminando mágicamente sobre un estanque, en medio de un bosque. Por dos aberturas da al hall y a un cuarto chico, verde, con un piano, un fonógrafo y un biombo de espejos, que tendrá veinte hojas, o más.

Las habitaciones son modernas, suntuosas, desagradables. Hay quince departamentos. En el mío hice una obra devastadora que dió poco resultado. No tuve más cuadros —de Picasso—, ni cristales ahumados, ni forros con valiosas firmas, pero viví en una ruina incómoda.

En dos ocasiones análogas hice mis descubrimientos en los sótanos. En la primera —habían empezado a mermar las provisiones de la despensa— buscaba alimentos y descubrí la usina.

Estaba recorriendo el sótano y advertí que ninguna pared tenía el tragaluz que yo había visto desde afuera, con vidrios espesos y rejas, medio escondido entre las ramas de un conífero. Como en una discusión con alguien que me sostuviera que ese tragaluz era irreal, visto en un sueño, salí a ver si todavía estaba.

Lo vi de nuevo. Bajé al sótano y tuve gran dificultad para orientarme y encontrar, por adentro, el sitio que debía corresponder al tragaluz. Estaba del otro lado de la pared. Busqué hendiduras, puertas secretas. La pared era muy sólida, lisa. Pensé que en una isla, en un lugar tapiado tenía que haber un tesoro; pero decidí romper la

pared y entrar, porque me pareció más verosímil que hubiera, si no ametralladoras y municiones, un depósito de víveres.

Con el hierro que servía para atrancar una puerta, y una creciente languidez, abrí un agujero: se vió claridad celeste. Trabajé mucho y esa misma tarde estuve adentro. Mis primeras sensaciones no fueron la decepción por no encontrar víveres, ni alivio de reconocer una bomba de sacar agua y una usina de luz, sino la admiración placentera y larga: las paredes, el techo, el piso, eran de porcelana celeste y hasta el mismo aire (en ese cuarto sin más comunicación con el día que un tragaluz alto y escondido entre las ramas de un árbol) tenía esa diafanidad celeste y profunda que hay en la espuma de las grandes cataratas.

Entiendo muy poco de motores, pero no tardé en ponerlos en funcionamiento. Cuando se me acaba el agua llovida, hago trabajar la bomba. Todo esto me ha sorprendido: por mí y por la simplicidad y buen estado de las máquinas. No ignoro que para contrarrestar una falla solamente cuento con mi resignación. Soy tan inepto que todavía no he podido averiguar el destino de unos motores verdes que hay en el mismo cuarto, ni de ese rodillo con aletas que está en los bajos del sur (vinculado con el sótano por un tubo de hierro; si no estuviera tan alejado de la costa le atribuiría alguna relación con las mareas; podría imaginar que sirve para cargar los acumuladores que ha de tener la usina). Por esa ineptitud hago mucha economía; no pongo en marcha los motores sino cuando es indispensable.

Sin embargo, poco después de mi llegada, todas las luces del museo estuvieron prendidas una noche entera. Fué la segunda vez que hice descubrimientos en los sótanos.

Yo estaba enfermo. Tuve la esperanza de que en alguna parte del museo hubiera un mueble con remedios; arriba no había nada; bajé a los sótanos y... esa noche ignoré mi enfermedad, olvidé que los horrores que estaba pasando vienen, solamente, en los sueños. Descubrí una puerta secreta, una escalera, un segundo sótano. Entré a una cámara poliédrica —parecida a unos refugios contra bombardeos, que vi en el

cinematógrafo— con las paredes recubiertas por chapas de dos tipos, simétricamente distribuídas; unas de un material como el corcho y otras de mármol. Di un paso: por arcadas de piedra, en ocho direcciones vi repetirse, como en espejos, ocho veces la misma cámara. Después oí muchos pasos, terriblemente claros, a mi alrededor, arriba, abajo, caminando el museo. Adelanté un poco más: se apagaron los ruidos, como en un ambiente de nieve, como en las frías alturas de Venezuela.

Subí la escalera. Había el silencio, el ruido solitario del mar, la inmovilidad con fugas de ciempiés. Temí una invasión de fantasmas, una invasión de policías, menos verosímil. Pasé horas, tal vez minutos, parado entre cortinas, angustiado por el escondite que había elegido (era posible verme de afuera; si quería escaparme de alguien que estuviera en el cuarto debía abrir la ventana). Después me atreví a revisar la casa; inquieto: me había oído rodear de pasos nítidos, a distintas alturas, movedizos.

A la madrugada, bajé de nuevo al sótano. Me rodearon los mismos pasos, de cerca y de lejos. Pero esa vez los comprendí. Molesto, seguí recorriendo el segundo sótano, intermitentemente escoltado por la bandada solícita de los ecos, multiplicadamente solo. Hay nueve cámaras iguales; otras cinco en un sótano más abajo. Parecen refugios contra bombardeos. ¿Quiénes eran los que, en 1924, más o menos, construyeron este edificio? ¿Por qué lo han dejado abandonado? ¿Qué bombardeos temían? Asombra que los ingenieros de una casa tan bien construída, hayan estado aferrados al prejuicio moderno contra las molduras, hasta el punto de haber hecho este refugio que pone a prueba el equilibrio mental: los ecos de un suspiro hacen oír suspiros, al lado, lejanos, durante dos o tres minutos. Donde no hay ecos el silencio es tan horrible como ese peso que no lo deja a uno huir, en los sueños.

El lector atento puede sacar de mi informe un catálogo de objetos, situaciones, hechos, más o menos asombrosos: el último es la aparición de los actuales habitantes de la colina; tiene en común, con los anteriores, el lugar y el ser extraño; pero ¿hasta dónde es lícito relacionarlos?

¿habrá que ver en los turistas de hoy a los hombres que en 1924 construyeron el museo, la capilla, la pileta de natación? No me decido a creer que una de estas personas haya interrumpido alguna vez *Té para dos* o *Valencia*, para hacer el proyecto de esta casa infectada de ecos, es cierto, pero a prueba de bombas.

En las rocas hay una mujer mirando las puestas del sol, todas las tardes. Tiene un pañuelo de colores atado en la cabeza; las manos juntas, sobre una rodilla; soles prenatales han de haber dorado su piel; por los ojos, el pelo negro, el busto, parece una de esas bohemias o zíngaras de los cuadros más detestables.

Con puntualidad aumento las páginas de este diario y olvido las que me excusarán de los años que mi sombra se demoró en la tierra (*Defensa ante Sobrevivientes* y *Elogio de Malthus*). Sin embargo, lo que hoy escribo será una precaución. Estas líneas permanecerán invariables, a pesar de lo flojedad de mis convicciones. He de ajustarme a lo que ahora sé: conviene a mi seguridad renunciar, interminablemente, a cualquier auxilio de un prójimo.

No espero nada. Esto no es horrible. Después de resolverlo, he ganado en tranquilidad.

Pero esa mujer me ha dado una esperanza. Debo temer las esperanzas.

Mira los atardeceres, todas las tardes; yo, escondido, estoy mirándola. Ayer, hoy de nuevo, descubrí que mis noches y días esperan esa hora. La mujer, con la sensualidad de zíngara y con el pañuelo de colores, demasiado grande, me parece ridícula. Sin embargo he ido sintiendo, tal vez un poco en broma, que si pudiera ser mirado un instante, hablado un instante por ella, afluiría juntamente el socorro que tiene el hombre en los amigos, en las novias y en los que están en su misma sangre.

Mi esperanza puede ser obra de los pescadores y del tennista barbudo. Hoy me irritó encontrarla con ese falso tennista; no hay celos; pero ayer tampoco la vi; iba a las rocas, y esos pescadores me impiden seguir; no es que me hayan dicho algo; huí antes de ser visto; trato de sortearlos por arriba; imposible; tienen amigos, mirándolos pescar; cuando he dado la vuelta, el sol ya se ha puesto, las rocas solas atestiguan la noche.

Quizá esté preparando una estupidez irremediable; esta mujer, entibiada por soles de todas las tardes, me entregue a la policía.

La calumnio; pero no olvido el amparo de la ley. Los que deciden la condena imponen tiempos, defensas que lo prenden a uno a la libertad, dementemente.

Ahora, invadido por suciedad y pelos que no puedo extirpar, un poco viejo, crío la esperanza de la cercanía benigna de esta mujer indudablemente hermosa.

Confío en que mi enorme dificultad sea instantánea: pasar la primera impresión. Ese falso impostor no me ganará.

En quince días hubo tres grandes inundaciones. Ayer la suerte me salvó de morir ahogado. Casi me sorprende el agua. Ateniéndome a las marcas del árbol, calculé para hoy, la marea. Si a la madrugada hubiera dormido, habría muerto. Muy pronto el agua estaba subiendo con la decisión que tiene una vez por semana. Ha sido tanta mi negligencia que ahora no sé a qué atribuir estas sorpresas: a errores de cálculo o a una pérdida transitoria de regularidad en las grandes mareas. Si las mareas han cambiado sus costumbres, la vida en estos bajos se habrá vuelto aún más precaria. Me acomodaré, sin embargo. ¡He sobrevivido a tanta adversidad!

Viví enfermo, dolorido, con fiebre, muchísimo tiempo; ocupadísimo en no morirme de hambre; sin poder escribir (con esta cara indignación que debo a los hombres).

Cuando llegué había algunas provisiones en la despensa del museo. En un horno clásico y tostado, con harina, sal y agua, hice un pan incomible. Muy pronto comí harina en la bolsa, en polvo (con sorbos de agua). Se acabaron hasta unas lenguas de cordero echadas a perder, hasta los fósforos (con un consumo de tres por día). Aprendí que los inventores del fuego han sido hombres de un adelanto inalcanzado por nosotros. Estuve trabajando, lastimándome infinitos días, para hacer una trampa; cuando funcionó pude comer pájaros sangrientos y dulces. He seguido la tradición de los solitarios, he comido, también, raíces. El dolor, una lividez húmeda y espantosa, catalepsias que no me dejaron un recuerdo, inolvidables miedos soñados, me han permitido conocer las plantas más venenosas ¹.

Estoy molesto: he dejado las herramientas; la región es malsana, adversa. Pero, hace un año, mi vida actual hubiera sido un paraíso exagerado.

Las mareas diarias no son peligrosas, ni puntuales. A veces levantan las ramas cubiertas de hojas que tiendo para dormir y amanezco en un mar impregnado en las aguas barrosas de los pantanos.

Me queda la tarde para la caza; a la mañana estoy con el agua hasta la cintura; los movimientos pesan como si la parte del cuerpo que está sumergida fuera muy grande; en compensación, hay menos lagartos y víboras; los mosquitos duran todo el día, todo el año.

Las herramientas están en el museo. Aspiro a tener valor, hacer una expedición y rescatarlas. Tal vez no sea indispensable: esta gente desaparecerá; yo creo haber tenido alucinaciones.

El bote ha quedado fuera de alcance, en la playa del este. Lo que pierdo no es mucho: era saber que no estaba presa, que podía irme de la isla — imaginativamente, nada más. Sé el infierno que encierra. Vine de Rabaul hasta aquí. No tenía agua, no tenía sombrero. A remo,

1) NOTA DEL EDITOR: Ha vivido, sin duda, debajo de árboles cargados de cocos. No los menciona. ¿Ha *podido* no verlos? ¿O será más bien que, atacados por la peste, los árboles no daban fruta?

el mar es inagotable. La insolación, el cansancio eran mayores que mi cuerpo. Tuve una ardiente enfermedad, sueños que no se cansaban.

Ahora mi fortuna es distinguir las raíces que pueden comerse. He llegado a ordenar la vida tan bien, que hago todos los trabajos y me queda, todavía, un rato para descansar. En esta amplitud me siento libre, feliz.

Ayer me atrasé; hoy estuve trabajando continuamente; sin embargo, quedó algo para mañana; cuando hay tanto que hacer la mujer de las tardes no me desvela.

Ayer a la mañana el mar invadía los bajos. Nunca he visto una marea de tanta amplitud. Todavía estaba creciendo cuando empezó a llover (aquí las lluvias son infrecuentes, poderosísimas, con vendavales). Tuve que buscar un reparo.

Subí a la colina —atareado por lo resbaladizo de la pendiente, el ímpetu de la lluvia, el viento y las ramas. Se me ocurrió esconderme en la capilla — el sitio más solitario de la isla.

Estaba en los cuartos reservados para que los sacerdotes tomen los desayunos y se cambien de ropa (no he visto ningún cura ni pastor entre los ocupantes del museo) y de pronto hay dos personas, bruscamente presentes, como si no hubieran llegado, como si hubieran aparecido nada más que en mi vista o imaginación... Me escondí —irresoluto, con torpeza— debajo del altar, entre sedas coloradas y puntillas. No me vieron. Todavía me dura el asombro.

Pasé un rato inmóvil, agachado, en postura incómoda, espiando entre las cortinas de seda que hay debajo del altar principal, con la atención dirigida hacia los ruidos interpuestos de la tormenta, mirando las montañas de los hormigueros, oscuras, los caminos movedizos de las hormigas, pálidas y grandes, las baldosas removidas... Atento a las gotas en la pared y el techo, al agua estremecida en las canaletas, la lluvia en la vereda cercana, a los truenos, a los ruidos confusos del viento y la lluvia, de los árboles, del mar, del armazón de la capilla, que-

riendo aislar pasos o la voz de alguien que estuviera avanzando hacia mi refugio, evitar otra aparición inesperada...

Entre los ruidos, empecé a oír fragmentos de una melodía concisa, muy remota... Dejé de oírla y pensé que había sido como esas figuras que, según Leonardo, aparecen cuando se mira un rato las manchas de humedad. Volvió la música y yo estuve con los ojos nublados, complacido por su armonía, convulso antes de tener todo el miedo que iba a darme.

Después de un rato fuí a la ventana. El agua, blanca en el vidrio, sin brillo, profundamente obscura en el aire, apenas dejaba ver... tuve una sorpresa tan grande que no me importó asomarme por la puerta abierta.

Aquí viven los héroes del *snobismo* (o los pensionistas de un manicomio abandonado). Sin espectadores —o soy el público tenido en cuenta desde el principio, quizá desde mucho antes de venir a la isla—, cruzan el límite de incomodidad soportable, desafían la muerte, para no dejar de ser originales. Esto es verídico, no es un invento de mi rencor... Habían sacado el fonógrafo que está en el cuarto verde, contiguo al salón del acuario, y, mujeres y hombres, sentados en bancos o en el pasto, conversaban, oían la música, bailaban en un aguacero y un viento que amenazaba arrancar todos los árboles.

La intervención de la marea, los trabajos, me han hecho sentir más imprescindible a la mujer del pañuelo. Tal vez toda esa higiene de no esperar, sea un poco ridícula. No esperar de la vida, para no arriesgarla; darse por muerto, para no morir. De pronto esto me ha parecido un letargo espantoso, inquietísimo; quiero que se acabe. Después de la fuga, de haber vivido no atendiendo a un cansancio que me destruía, logré la calma; mis decisiones tal vez den a aquel pasado o a los jueces; los prefiero a este purgatorio definitivo.

Ha empezado hace ocho días. Entonces registré el milagro de la aparición de estas personas; a la tarde temblé cerca de las rocas del oeste. Me dije que todo era vulgar: el tipo bohemio de la mujer y mi enamoramiento propio de solitario acumulado. Volví dos tardes más. Estaba; empecé a encontrar que lo único milagroso era esto; después vinieron los días aciagos de los pescadores, que no la vi, del barbudo, de la inundación, de reparar los destrozos de la inundación. Hoy a la tarde...

Estoy asustado; pero, con mayor insistencia, descontento de mí. Ahora debo esperar que los intrusos vengan, en cualquier momento; si tardan, hay que alarmarse, vienen a prenderme. Esconderé este diario, compondré un relato y los esperaré no muy lejos del bote, decidido a pelear, a huir. Sin embargo, no me ocupo de los peligros. Estoy incomodísimo: tuve descuidos que pueden privarme de la mujer, para siempre.

Después de bañarme, limpio y más desordenado (por efecto de la humedad en la barba y el pelo), fuí a verla. Había hecho este plan: esperarla en las rocas; al llegar me encontraría abstraído en la puesta de sol; la sorpresa, todo recelo, tendrían tiempo de ir convirtiéndose en curiosidad; habría ayudado la coincidente devoción a la tarde; me preguntaría quién soy; nos haríamos amigos...

Llegué tardísimo. Me exaspera esta costumbre de impuntualidad (en esa corte de los vicios llamada el mundo civilizado, en Caracas, fué un trabajoso adorno, una de mis características más personales).

Ella miraba el atardecer y bruscamente surjo detrás de unas piedras que están más arriba. Bruscamente y peludo y visto desde abajo, debí de aparecer con mis atributos de espanto desarrollados.

Los intrusos han de venir de un momento a otro. No he preparado una explicación. No tengo miedo.

Esta mujer excede el cuadro de una falsa gitana. Me espanta su

valor. Nada anunció que me hubiera visto. Ni un parpadeo, ni un leve sobresalto.

Todavía el sol estaba arriba del horizonte (no el sol; la apariencia del sol; era ese momento en que ya se ha puesto, o va a ponerse, y uno lo ve donde no está). Yo había subido las piedras con apuro. La vi: el pañuelo de colores, las manos cruzadas sobre una rodilla, su mirada, aumentando el mundo. Mi respiración se volvió irreprimible, alarmante. Los peñascos, el mar, parecían trémulos.

Cuando estaba pensando en esto sentí el mar con su ruido de movimiento y de fatiga, a mi lado, como si se hubiera puesto a mi lado. Me tranquilicé un poco. No era probable que se oyera mi respiración.

Entonces, para postergar el momento de hablarle, descubrí una antigua ley psicológica. Me convenía hablar desde un lugar alto, que permitiera mirar desde arriba. Esta mayor elevación material contrarrestaría, en parte, mis inferioridades.

Subí otras rocas. El esfuerzo empeoró mi estado. También lo empeoraron:

El apremio: yo me había puesto en la obligación de hablarla hoy mismo. Si quería evitar que sintiera desconfianza —por el lugar solitario, la noche— no podía dejar pasar un minuto.

Verla: como posando para un fotógrafo invisible, tenía la calma de la tarde, pero más inmensa. Yo iba a interrumpirla.

Decir algo era una expedición alarmante. Ignoraba si tenía voz.

La miré, escondido. Temí que me sorprendiera espiándola; aparecí, tal vez demasiado bruscamente, a su mirada; sin embargo, la paz de su pecho no se interrumpió; la mirada prescindía de mí, como si yo fuera invisible. Era una situación molestísima.

Pero no me detuve, logré más calamidad:

—Señorita, quiero que me oiga.

Le dije con la esperanza de que no accediera, porque estaba tan emocionado que había olvidado lo que tenía que decirle. Me pareció que la palabra *señorita* sonaba ridículamente en la isla. Además la

frase era demasiado imperativa (combinada con la aparición repentina, la hora, la soledad).

Insistí:

—Comprendo que no se digne...

No puedo recordar con exactitud, lo que dije. Estaba casi inconsciente. Le hablé con una voz mesurada y baja, con una compostura que sugería obscenidades. Caí, de nuevo, en *señorita*. Renuncié a las palabras y me puse a mirar el poniente, esperando que la compartida visión de esa calma nos acercara. Volví a hablar. El esfuerzo que hacía para dominarme bajaba la voz, aumentaba la obscenidad del tono. Pasaron otros minutos de silencio. Insistí, le imploré de un modo repulsivo. Al final estuve excepcionalmente ridículo: trémulo, casi a gritos, le pedí que me insultara, que me delatara, pero que no siguiera el silencio.

No fué como si no me hubiera oído, como si no me hubiera visto; sino como si los oídos que tenía no fueran para oír, como si los ojos no fueran para ver.

Ya era de noche cuando recogió un bolso de costura y se encaminó despacio a la parte alta de la colina.

Los hombres no han venido todavía a buscarme. Tal vez no vengan esta noche. Tal vez esta mujer sea para todo tan asombrosa y no les haya contado mi aparición. La noche es oscura. Conozco la isla como para no temer un ejército, si me busca de noche.

Ha sido, otra vez, como si no hubiera visto. No hice más error que permanecer callado, dejar que se restableciera el silencio.

Cuando la mujer llegó a las rocas, yo miraba el poniente. Estuvo parada, buscando un sitio para extender la manta. Después caminó hacia mí. Con estirar el brazo, la hubiera tocado. Esta posibilidad me horrorizó (como si hubiera estado en peligro de tocar un fantasma; en su prescindencia de mí había algo espantoso). Sin embargo, al sentarse a mi lado me desafiaba y, en cierto modo acababa esa prescindencia.

Sacó un libro del bolso y estuvo leyendo. Aproveché la tregua, para serenarme.

Después, cuando la vi dejar el libro, levantar la mirada, pensé: "Está preparando una interpelación". Pero no se produjo. El silencio aumentaba, ineludible. Me di cuenta de la gravedad de no interrumpirlo, sin embargo, sin obstinación, sin motivo, permanecí callado.

Ninguno de sus compañeros ha venido a buscarme. Tal vez no les haya hablado de mí; tal vez les inquiete mi conocimiento de la isla (por eso la mujer vuelve diariamente, simulando una incidencia amorosa). Desconfío y estoy listo para sorprender la conspiración más silenciosa.

Me he descubierto una inclinación a prever las consecuencias malas, exclusivamente. Ha ido formándose en los últimos tres o cuatro años; no es casual; es molesta. Que ningún otro haya venido, que la mujer vuelva, la proximidad que buscó, todo parece indicar un cambio demasiado feliz para que yo pueda imaginarlo... Quizá esté olvidándome de mi barba, de mis años, de la policía que me ha perseguido tanto, que todavía estará buscándome, obstinada, como una maldición eficaz. No debo darme esperanzas. Escribo esto y va ocurriéndoseme una idea que es una esperanza. No creo haber insultado a la mujer, pero tal vez fuera oportuno desagraviarla. ¿Qué hace un hombre en estas ocasiones? Manda flores. Es un proyecto ridículo... sin embargo, estas cursilerías, cuando son humildes, tienen todo el gobierno del corazón. En la isla hay muchas flores. A mi llegada quedaban algunos macizos alrededor de la pileta y del museo. Seguramente podré hacer un jardincito en el pasto que bordea las rocas. Tal vez sirva para acabar con el mutismo y la cautela. Tal vez sirva la naturaleza para lograr la intimidad de una mujer; será mi último recurso poético. Yo no he combinado colores; de pintura entiendo casi nada... Confío, sin embargo, en poder hacer un trabajo modesto, que denote afición a la jardinería.

Me levanté a la madrugada. Sentía que el mérito de mi sacrificio bastaba para cumplir el trabajo.

Vi las flores (abundan en la parte baja de las barrancas). Estuve cortando las que me parecían menos desagradables. Aun las de colores vagos tienen una vitalidad casi animal. Después de un rato las miré, para ordenarlas, porque ya no me cabían debajo del brazo: estaban muertas.

Iba a renunciar a mi proyecto, pero recordé que algo más arriba, a la vista del museo, hay otro lugar con muchas flores. Como era temprano, me pareció que no había riesgo en ir a verlas. Los intrusos dormían, seguramente.

Son diminutas y ásperas. Corté unas cuantas. No tienen esa monstruosa urgencia en morir.

Sus inconvenientes: el tamaño y estar a la vista del museo.

He pasado casi toda la mañana exponiéndome a ser descubierto por la persona que hubiera tenido el coraje de levantarse antes de las diez. Me parece que este modesto requisito de la calamidad no se cumplió. Durante mi trabajo de juntar las flores he vigilado el museo y no he visto a ninguno de sus ocupantes; esto me permite suponer, afirmar, que tampoco me vieron a mí.

Las flores son muy chicas. Habrá que poner miles y miles, si no quiero un jardincito ínfimo. Sería más lindo, y más fácil. Pero está el peligro de que la mujer no lo vea.

Me apliqué a hacer canteros, a romper la tierra (está dura, las superficies planeadas son muy vastas), a regar con agua llovida. Cuando haya acabado de preparar la tierra, tendré que ir a buscar más flores. Haré lo posible para que no me sorprendan, sobre todo para que no interrumpen el trabajo, o lo vean antes de que esté listo. He olvidado que para los movimientos de plantas, hay exigencias cósmicas. No puedo creer que después de tanto peligro, de tanto cansancio, las flores no lleguen vivas hasta la puesta del sol.

Carezco de estética para jardines; de cualquier manera, el trabajo resultará conmovedor entre los pastizales y la paja brava. Será un fraude, naturalmente; de acuerdo a mi plan, hoy a la tarde será un jardín cuidado; mañana tal vez esté muerto o sin flores (si hay viento).

Me avergüenza un poco decir mi proyecto. Una inmensa mujer sentada, mirando el poniente, con las manos unidas sobre una rodilla; un hombre exiguo, hecho de hojas, arrodillado frente a la mujer (debajo de este personaje pondré la palabra "YO", entre paréntesis).

Habrà esta inscripción:

*Sublime, no lejana y misteriosa
Con el silencio vivo de la rosa.*

Mi cansancio es, casi, una enfermedad. Tengo a mano el cielo de acostarme debajo de los árboles hasta las seis de la tarde. Lo postergaré. La razón de esta necesidad de escribir ha de estar en los nervios. El pretexto es que ahora mis actos están poniéndome en uno de mis tres porvenires: la compañía de la mujer, la soledad (o sea la muerte en que pasé los últimos años, imposible después de haber contemplado a la mujer), la horrorosa justicia. ¿En cuál? Saberlo con tiempo es muy difícil. Sin embargo, la redacción y la lectura de estas memorias pueden ayudarme a esa previsión tan útil; quizá también me permitan cooperar en la producción del futuro conveniente.

He trabajado como un ejecutante prodigioso; la obra sale de toda relación con los movimientos que la hicieron. Tal vez la magia dependa de esto: había que aplicarse a las partes, a la dificultad de plantar cada flor y alinearla con la precedente. Desde el trabajo no podía preverse la obra concluída; sería un desordenado conjunto de flores o una mujer, indistintamente.

Sin embargo, la obra no parece improvisada; es de una satisfactoria pulcritud. No pude cumplir mi proyecto. Imaginativamente no

cuesta más una mujer sentada, con las manos enlazadas sobre una rodilla, que una mujer de pie; hecha de flores, la primera es casi imposible. La mujer está de frente, con los pies y la cabeza de perfil, mirando una puesta de sol. La cara y un pañuelo de flores violetas forman la cabeza. La piel no está bien. No pude lograr ese color adusto, que me repugna y que me atrae. El vestido es de flores azules; tiene guardas blancas. El sol está hecho con unos extraños girasoles que hay aquí. El mar, con las mismas flores del vestido. Yo estoy de perfil, arrodillado. Soy diminuto (un tercio del tamaño de la mujer) y verde, hecho de hojas.

He modificado la inscripción. La primera me salió demasiado larga para hacerla con flores. La convertí en esta:

Mi muerte en esta isla has desvelado.

Me alegraba ser un muerto insomne. Por este placer descuidé la cortesía; en la frase podía haber un reproche implícito. Volví, sin embargo, a esa idea. Yo creo que hacían la trampa: la afición a presentarme como un ex-muerto; el descubrimiento literario o cursi de que la muerte era imposible al lado de esa mujer. Dentro de su monotonía, las aberraciones eran casi monstruosas:

Un muerto en esta isla has desvelado.

o:

Ya no estoy muerto, estoy enamorado.

Todos los intentos me descorazonaron. Entonces me entregué a la humillación, con naturalidad. La inscripción de las flores dice:

*Soy un pobre hombre. Sólo pido que
Vd. me diga lo que debo hacer.*

Todo ocurrió dentro de la más previsible normalidad, pero en una forma inesperadamente benigna. Estoy perdido. Al labrar este jar-

dincito yo tuve un furioso error, como Ajax —o algún otro nombre helénico ya olvidado— cuando acuchilló a los animales.

La mujer llegó más temprano que de costumbre. Dejó el bolso (con un libro medio salido) en una roca y en otra, más playa, extendió la manta. Tenía un traje de tennis; un pañuelo, casi violeta, en la cabeza. Estuvo un rato mirando el mar, como adormecida; después se levantó y fué a buscar el libro. Se movió con esa libertad que sólo tenemos cuando estamos solos. Pasó, de ida y de vuelta, al lado de mi jardincito, pero simuló no verlo. No tuve ansiedad porque lo viera; al contrario, inmediatamente que la mujer apareció, comprendí mi asombrosa equivocación, sufrí por no poder sustraer una obra que me condenaba para siempre. Fuí tranquilizándome, tal vez perdiendo la conciencia. La mujer abrió el libro, posó una mano entre las hojas, siguió mirando la tarde. No se fué hasta el anochecer.

Ahora me consuelo reflexionando sobre mi condena ¿Es justa o no? ¿Qué debo esperar después de haberle dedicado este jardincito de mal gusto? Pero creo, sin rebelión, que la obra no debiera perderme, si puedo criticarla. Para un todo-vidente, yo no soy el hombre que ese jardín hace temer. Sin embargo, lo he creado.

Iba a decir que ahí eran notables los peligros de la creación, la dificultad de llevar diversas conciencias, equilibradamente, simultáneamente. Pero ¿a qué vale? Estos consuelos son lánguidos. Todo se ha perdido: la vida con la mujer, la soledad pasada. Sin refugio perduro en este monólogo que, desde ahora, es injustificable.

A pesar de los nervios, hoy he sentido inspiración, cuando la tarde se deshacía participando de la incontaminada serenidad, de la magnificencia de la mujer. Este bienestar volvió a tomarme de noche; tuve un sueño con el lupanar de mujeres ciegas que visité con Ombrellieri, en Calcuta. Apareció la mujer y el lupanar fué convirtiéndose en un palacio florentino, rico, estucado. Yo, confusamente, empecé a balbucear: ¡Qué romántico! lloroso de felicidad poética y de vanagloria.

Pero me desperté algunas veces, angustiado por mi falta de méritos

para la estricta delicadeza de la mujer. —No lo olvidaré: dominó el desagrado que le produjo mi horrendo jardincito y simuló, piadosamente, no verlo. Me angustiaba, también, oír *Valencia* y *Té para Dos*, que un fonógrafo excesivo repitió hasta la salida del sol.

Me mortifican las esperanzas, todo lo que he escrito, las especulaciones, las bromas, sobre mi destino.

Lo que siento es desagradable. Me parece que desde hace mucho sabía el alcance funesto de mis actos, y que he insistido con frivolidad y obstinación... Habría podido tener esa conducta en un sueño, en la locura... En la siesta de hoy, como un comentario simbólico y anticipado, vino este sueño: mientras jugaba un partido de *croquet* supe —con lógica extraña— que la acción de mi juego estaba matando a un hombre. Después yo era, irremisiblemente, ese hombre.

Ahora continúa... Mi fracaso es definitivo, y me pongo a contar sueños. Quiero despertar, y encuentro esa resistencia que impide salir de los sueños más atroces.

Hoy ha querido que sintiera su indiferencia. Lo ha conseguido. Pero su táctica es inhumana. Yo soy la víctima; sin embargo creo poder presentar la cuestión de un modo objetivo.

Vino con el horroroso tennista. La presencia de este hombre debe de calmar los celos. Es muy alto... Estaba con un saco de tennis, granate, demasiado amplio, pantalones blancos y zapatos blancos y amarillos, desmesurados. La barba parecía postiza. La piel es femenina, cerosa, marmórea en las sienes (por un ramal de venas). Los ojos son oscuros; los dientes, abominables. Habla despacio, abriendo mucho la boca, chica, redonda, vocabulizando infantilmente, enseñando una lengua chica, redonda, carmesí, pegada siempre a los dientes inferiores. Las manos son larguísimas, pálidas; les adivino un tenue revestimiento de humedad.

Me escondí en seguida. Ignoro si ella me vió; me inclino a creer que sí, por que en ningún momento pareció buscarme con la vista.

Estoy seguro de que el hombre no se fijó, hasta más tarde, en el jardincito. Ella simuló no verlo.

Oí algunas exclamaciones francesas. Después no hablaron. Estuvieron como súbitamente entristecidos, mirando el mar. El hombre dijo algo. Cada vez que una ola se rompía contra las piedras, yo daba dos o tres pasos, rápidamente, acercándome. Eran franceses. La mujer movió la cabeza; no oí lo que dijo, pero indudablemente era una negativa; tenía los ojos cerrados y sonreía con amargura o con éxtasis.

—Créame, Faustine —dijo el barbudo con desesperación mal contenida, y yo aprendí el nombre: Faustine. Pero ha perdido toda importancia.

—No... ya sé lo que anda buscando...

Sonreía, sin amargura ni éxtasis, frívolamente. Recuerdo que en aquel momento la odié. Jugaba con el barbudo y conmigo.

—Es una desgracia, no entendernos. El plazo es corto: tres días, y ya no importará.

No comprendo bien la situación. Este hombre ha de ser mi enemigo. Me ha parecido triste; no me asombraría que su tristeza fuera un juego. El de Faustine es insoportable, casi grotesco.

El hombre pareció querer restar importancia a sus palabras anteriores. Dijo varias frases que tenían, más o menos, este sentido:

—No hay que preocuparse. No vamos a estar discutiendo una eternidad...

—Morel, está misterioso.

Las preguntas de Faustine no pudieron sacarlo de un tono de bromas. Fué a buscarle el pañuelo y el bolso. Estaban en una roca, a unos cuatro metros. Volvió agitándolos y diciendo:

—Le aseguro que son tonterías... Para intrigarla, no más...

De ida y de vuelta pisó mi pobre jardincito. Ignoro si conscientemente o con una inconsciencia irritante. Faustine lo vió, juro que lo

vió, y no quiso evitarme esa injuria; siguió haciéndole preguntas, sonriente, intrigada — casi *entregada* por la curiosidad. Su actitud me parece innoble. El jardincito será de un gusto pésimo. ¿A qué hacerlo pisotear por un barbudo? ¿No estoy ya bastante pisoteado?

Pero ¿qué puede esperarse de gente así? Los dos tienen un físico muy buscado por los organizadores de larga series de tarjetas postales indecentes. Van muy bien juntos: un barbudo pálido y una vasta gitana con ojos enormes... Hasta creo haberlos visto en las mejores colecciones de la Recova Amarilla, en Caracas.

Todavía puedo preguntarme: ¿Qué debo pensar? Ciertamente, es una mujer detestable. Pero ¿qué está buscando? Tal vez juegue conmigo y con el barbudo; pero también es posible que el barbudo no sea más que un instrumento para jugar conmigo. No le importaba nada hacerlo sufrir. Quizá Morel no sea más que un énfasis de su prescindencia de mí, y un signo de que está llegando a su punto máximo y a su fin.

Pero, si no... Ya hace tanto tiempo que no me ve... Creo que voy a matarla o enloquecer, si continúa. Por momentos pienso que la insalubridad extraordinaria de la parte Sur de esta isla me ha de haber vuelto invisible. Sería una ventaja: podría raptar a Faustine sin ningún peligro...

Ayer no fuí. Muchas veces me declaré que hoy no iría a las rocas. Pero, a la mitad de la tarde, sabía que iba a ir. Llegué con anticipación — con anticipación quizá definitiva, porque Faustine no fué y quién sabe cuándo volverá. Su entretenimiento conmigo ha terminado (con el pisoteo del jardincito). Ahora mi presencia la fastidiará como una broma que hizo gracia y que alguien quiere repetir. Me encargaré de que no se repita.

Pero en las rocas estaba enloquecido, supersticioso: “Es por mi culpa, me decía” (que Faustine no apareciera), “por haber estado tan decidido a faltar”.

Subí a la colina. Salí de atrás de un grupo de plantas y me encontré frente a dos hombres y una señora. Paré, no respiré; entre nosotros no había nada, cinco metros de espacio vacío y crepuscular. Los hombres me daban la espalda, la señora estaba de frente, sentada, mirándome. La vi estremecerse. Bruscamente se dió vuelta, miró hacia el museo. Yo, de un salto, me escondí atrás de unas plantas. Ella dijo con voz alegre:

—Ésta no es hora para cuentos de fantasmas. Vamos adentro.

No sé, todavía, si contaban, efectivamente, cuentos de fantasmas o si los fantasmas aparecieron en la frase para anunciar que había ocurrido algo extraño (mi aparición).

Se fueron. Un hombre y una mujer estaban caminando, bastante cerca. Temí que me sorprendieran. La pareja se acercó más.

—Hoy no he ido a ver...

(Tuve palpitaciones. Me pareció que en esa cláusula yo estaba referido, recónditamente).

—¿Lo sientes mucho?

No sé todavía lo que dijo Faustine. El barbudo había hecho progresos. Se tuteaban.

He vuelto a los bajos decidido a quedarme hasta que me lleve el mar. Si los intrusos vienen a buscarme, no me entregaré, no escaparé.

Mi decisión de no aparecer más ante Faustine duró cuatro días (ayudada por dos mareas que me dieron trabajo).

Fuí temprano a las rocas. Llegaron mucho más tarde Faustine y el falso tennista. Hablaban en correcto francés, muy correcto; casi como sudamericanos.

—¿He perdido toda su confianza?

—Toda.

—Antes creía en mí.

Noté que ya no se tuteaban; pero, en seguida, tuve presente que

las personas, cuando empiezan a tutearse no pueden evitar algunas vueltas al usted. Tal vez pensé esto influenciado por la conversación que estaba oyendo. Tenía, también, esa idea de vuelta al pasado, pero referida a otros temas.

—¿Y me creería si pudiera llevarla a un rato antes de esa tarde en Vincennes?

—Ya nunca podría creerle. Nunca.

—La influencia del porvenir en el pasado —dijo Morel con entusiasmo y voz muy baja.

Después estuvieron en silencio, mirando el mar. El hombre habló como rompiendo una angustia opresora:

—Créame, Faustine...

Me pareció obstinado. Seguía con los mismos ruegos que le oí ocho días antes.

—No... Ya sé lo que busca.

Las conversaciones se repiten; son injustificables. Aquí no debe el lector imaginar que está descubriendo el amargo fruto de mi situación; no debe, tampoco, complacerse con la muy fácil asociación de las palabras *perseguido*, *solitario*, *misántropo*. Yo lo estudié antes del proceso: las conversaciones son intercambio de noticias (ejemplo: meteorológicas), de indignaciones o alegrías (ejemplo: intelectuales) ya sabidas o compartidas por los interlocutores. Mueve todo el gusto de hablar, expresar acuerdos y desacuerdos.

Los miraba, los oía: sentí que pasaba algo extraño; no sabía qué era. Estaba indignado con ese canalla ridículo.

—Si le dijera todo lo que busco...

—¿Lo insultaría?

—O nos comprenderíamos. El plazo es corto. Tres días. Es una desgracia no entendernos.

Con lentitud en mi conciencia, puntuales en la realidad, las palabras y los movimientos de Faustine y del barbudo coincidieron con sus palabras y movimientos de hacía ocho días. El atroz eterno retorno. In-

completo: mi jardincito, la otra vez mutilado por las pisadas de Morel, es hoy un sitio borroso, con vestigios de flores muertas, achatadas contra la tierra.

La primera impresión me halagó. Creí haber hecho este descubrimiento: en nuestras actitudes ha de haber más repeticiones de lo que suponemos. La ocasión favorable me ha permitido notarlo. No es frecuente poder ser testigo clandestino de varias entrevistas de unas mismas personas. Se parecen al teatro; como en el teatro las escenas se repiten.

Al oírlos corregía la conversación anterior (transcripta de memoria, unas páginas más atrás).

Temí que este descubrimiento pudiera ser efecto de una languidez en mis recuerdos, o de la comparación de una escena real y una simplificada por olvidos.

Después, con urgente furia, sospeché que Faustine y el barbudo estuviesen representando la entrevista anterior; tuve la certeza de que todo iba dirigido contra mí.

Debo una explicación. Nunca dudé que lo conveniente era hacerle sentir a Faustine nuestra exclusiva importancia (y que el barbudo no contaba). Sin embargo, había empezado a tener ganas de castigar a ese individuo, a divertirme con la idea sin desarrollo, de afrentarlo de un modo que lo ridiculizara mucho.

Había llegado la ocasión. ¿Cómo aprovecharla? Con voluntad procuré pensar, pero ocupado por la rabia, exclusivamente.

Inmóvil, como si reflexionara, estuve esperando el momento de salirle al paso. El barbudo fué a buscar el pañuelo y el bolso de Faustine. Volvía agitándolos, diciendo (igual que la otra vez):

—Le aseguro que son tonterías que dije para intrigarla...

Estaba a unos ocho pasos de Faustine. Yo salí muy decidido a cualquier cosa, pero a nada en particular. La espontaneidad es fuente de groserías. Señalé al barbudo, como si estuviera presentándolo a Faustine, y dije a gritos que me dejaron extenuado, casi afónico:

—*Le cul à barbe, Madame Faustine!*

Que no era una broma feliz; ni siquiera uno sabía contra quién iba dirigida.

El barbudo siguió caminando hacia Faustine y no tropezó conmigo porque me hice a un lado, bruscamente; la mujer no interrumpió las preguntas ni la alegría de su cara; todo con una imperturbabilidad que todavía me aterra.

Desde ese momento hasta hoy a la tarde estuve apenado de vergüenza, con ganas de ir y arrodillarme ante Faustine. No pude esperar hasta la puesta del sol. Me fuí a la colina, decidido a perderme y con un presentimiento de que si todo salía bien iba a caer en una escena de ruegos melodramáticos. Estaba equivocado. Lo que sucede no tiene explicación. La colina está deshabitada¹.

ADOLFO BIOY CASARES

¹ Capítulos iniciales de una novela en prensa (Editorial Losada).

NOTAS

ARTE Y PROPAGANDA

El film de Eisenstein, *Alejandro Nevsky*, llega a punto para rever ciertas ideas demasiado corrientemente aceptadas sobre las relaciones del arte y de la propaganda. No es posible discutir la magnificencia de esta película, su excepcional valor como espectáculo. Nunca, hasta ahora, el cinematógrafo nos había ofrecido tan maravillosas composiciones de imágenes, movimientos y luces. Las caras se recortan y las armas brillan, cada una por separado, y la multitud en el combate parece un gran cuerpo dócil y flexible. Participa del fresco y de la sinfonía. El arte le da estilo y la historia grandeza.

Estos aciertos absolutos ocultan una intriga de la pobreza más consternadora; apenas se advierte que todo en ella es grosero, miserable y embrutecedor. El público está pronto a regocijarse con la victoria rusa sobre el conquistador extranjero, y ni siquiera pide que le ahorren a la joven heroína, incitando a sus pretendientes a rivalizar en coraje. Cada espectador encuentra natural que todas las virtudes se exhiban de un lado, todos los vicios del otro (con los rostros haciendo juego), y se maravilla ante una colección de imágenes cuya convención y simplicidad adulan a tal punto sus hábitos, su pereza y la inclinación natural de un corazón adiestrado a conmoverse ante los buenos y bellos sentimientos recomendados.

Más vale decir las cosas francamente; el film no ha sido hecho para ser la obra de arte que es, sino para desempeñar un papel bien preciso: la exaltación del nacionalismo ruso y la incitación del pueblo soviético al odio por los alemanes. No ha mucho, los films moscovitas tenían otro propósito: representaban la guerra como una horrible asechanza de los ricos, y en ellos se veía a los mise-

rables, que se rehusaban a continuar siendo sus víctimas engañadas, deponer las armas o volverlas contra sus jefes. Esos tiempos han cambiado: en *Alejandro Nevsky* se reprocha a los ricos el querer ciegamente la paz para proseguir sus negocios y se pinta al pueblo, por el contrario, animado de un puro y santo amor a la tierra y a los antepasados. Tan sólo la calidad del film permanece idéntica.

La política cambia de nuevo: después de la consigna de lucha contra el nazismo, sobreviene el pacto germano-ruso, y el film de Einsenstein cae en la herejía. Ahora habrá que prohibirlo y encargar otro film que celebre, esta vez, la fecunda colaboración de ambos pueblos. Para el caso, se puede recurrir a uno de esos cómodos y amables repartos de Polonia, tan al paladar de los dos países, que forman parte de sus tradiciones más firmes y que la actualidad, justamente, acaba de realzar con un brillo nuevo. Es éste un hermoso asunto: las atrocidades polacas reemplazarán a las atrocidades teutónicas, y otra joven heroína incitará del mismo modo a sus adoradores a rivalizar en proezas para obtener su mano y su corazón. La nueva obra maestra (no hay ninguna razón para que el segundo tema sea menos fotogénico que el primero) reemplazará a la antigua en todas las pantallas y terminará con la misma apoteosis de nobles vencedores, con la misma solemne distribución de premios, con el mismo perdón de los extraviados, con el mismo castigo de los pérfidos y traidores, los mismos casamientos felices, recompensas al coraje y dulce curación de las gloriosas heridas.

Condenar el arte de propaganda en nombre del arte por el arte es un extraño error. Al menos, cuando la calidad de la técnica no obstaculiza la difusión o la comprensión (y es el caso del cinematógrafo), la forma nada pierde al vestir un contenido que determinen las necesidades políticas. Hay pruebas de que puede, incluso, acomodarse magníficamente a ello. Más aún: al modificarse rápidamente la política, el contenido de la obra está destinado a verse desprovisto de valor e inutilizable con igual velocidad, de modo que le es fácil al artista tomarlo como simple punto de apoyo y hacer, con plena conciencia estética, tantas obras maestras formales cuanto más cambios súbitos de opinión le ofrezca su gobierno. Ya no defiende una fe, sino un oportunismo. El arte de propaganda, pues, alcanza paradójicamente al arte por el arte en su mismo desprecio por el asunto, en su misma indiferencia por el valor humano del contenido, en su mismo desdén al antiguo esfuerzo por la expresión, por el enriquecimiento, por el ahondamiento de los deseos y sufrimientos del alma, cuando la belleza parecía no poder ser

nunca otra cosa que un manto inalterable, y la hechicera capaz de encantar la memoria.

Pero si el artista se interesa exclusivamente en su arte, si sólo trata de urdir los más bellos ropajes para que nada cubran, de componer el filtro más seguro para entorpecer al público, quizá se le deba pedir que no se consagre sino a las cosas, las cuales bastan a su ambición, y pinte tan sólo manzanas o ninfeas, y componga sonetos sobre chucherías, y filme vías férreas o cosechas. Mejor es, en esas condiciones, que no se ocupe del amor y de la guerra y de los dolores del hombre. Estos sortilegios no deben ponerse al servicio de los rodeos de una política. Quizá, en el sombrío mundo que se extiende día a día, subsistirán algunos insumisos que incluso sin amar con exceso el arte, no concederán jamás que se lo deba emplear en incitar al odio y, lo que es más, a un odio mediocre; en provocar el entusiasmo y, lo que es más, un entusiasmo esclavo y por encargo; en suscitar, en fin, las pasiones que sofocan la simpatía —la simpatía hacia el enemigo, se entiende— e impiden la comprensión y vedan la generosidad. Es absurdo negar que formalmente un arte semejante pueda ser espléndido y gustar a los sentidos de los más expertos. Es justo, también, que los espíritus más ambiciosos, que los corazones más severos, lo juzguen, al final de cuentas, degradante. Y que lleguen a odiar su misma belleza, si —por debilidad, tal vez— no prefiriesen suponer que aquélla puede atemperar la abyección que protege, y que su esplendor lleva, en cierto modo, el antídoto del veneno que inocular.

ROGER CAILLOIS

EL TIEMPO Y J. W. DUNNE

En el número 63 de SUR (diciembre de 1939) publiqué una prehistoria, una primera historia rudimental, de la regresión infinita. No todas las omisiones de ese bosquejo eran involuntarias: deliberadamente excluí la mención de J. W. Dunne, que ha derivado del interminable *regressus* una doctrina suficiente-

mente asombrosa del sujeto y del tiempo. La discusión (la mera exposición) de su tesis hubiera rebasado los límites de esa nota. Su complejidad requería un artículo independiente: que ahora ensayaré. A su escritura me estimula el examen del último libro de Dunne —*Nothing dies* (1940, Faber and Faber)— que repite o resume los argumentos de los tres anteriores.

El argumento único, mejor dicho. Su mecanismo nada tiene de nuevo; lo casi escandaloso, lo insólito, son las inferencias del autor. Antes de comentarlas, anoto unos previos avatares de las premisas.

El séptimo de los muchos sistemas filosóficos de la India que Paul Deussen registra, niega que el yo pueda ser objeto inmediato del conocimiento, “porque si fuera conocible nuestra alma, se requeriría un alma segunda para conocer la primera y una tercera para conocer la segunda”. Los hindúes no tienen sentido histórico (es decir: perversamente prefieren el examen de las ideas al de los nombres y las fechas de los filósofos) pero nos consta que esa negación radical de la introspección cuenta unos ocho siglos. Hacia 1843, Schopenhauer la redescubre. “El sujeto conocedor”, repite, “no es conocido como tal, porque sería objeto de conocimiento de otro sujeto conocedor” (*Welt als Wille und Vorstellung*, tomo segundo, capítulo diecinueve). Herbart jugó también con esa multiplicación ontológica. Antes de cumplir los veinte años había razonado que el yo es inevitablemente infinito, pues el hecho de saberse a sí mismo postula un otro yo que se sabe también a sí mismo, y ese otro yo postula a su vez otro yo (Deussen: *Die neuere Philosophie*, 1920, página 367). Exornado de anécdotas, de parábolas, de buenas ironías, y de diagramas, ese argumento es el que informa los tratados de Dunne.

Éste (*An experiment with time*, capítulo XXII) razona que un sujeto conciente no sólo es conciente de lo que observa, sino de un sujeto A que observa y, por lo tanto, de otro sujeto B que es conciente de A y, por lo tanto, de otro sujeto C conciente de B... No sin misterio agrega que esos innumerables sujetos íntimos no caben en las tres dimensiones del espacio pero sí en las no menos innumerables dimensiones del tiempo. Antes de aclarar esa aclaración, invito a mi lector a que repensemos lo que dice este párrafo.

Huxley, buen heredero de los nominalistas británicos, mantiene que sólo hay una diferencia verbal entre el hecho de percibir un dolor y el hecho de saber que uno lo percibe, y se burla de los metafísicos puros, que distinguen en toda sensación “un sujeto sensible, un objeto sensígeno y ese personaje impe-

rioso: el Yo" (*Essays*, tomo sexto, página 87). Gustav Spiller (*The mind of man*, 1902) admite que la conciencia del dolor y el dolor son dos hechos distintos, pero los considera tan comprensibles como la simultánea percepción de una voz y de un rostro. Su opinión me parece válida. En cuanto a la conciencia de la conciencia, en cuanto a la conciencia de la conciencia de la conciencia, que invoca Dunne para instalar en cada individuo una vertiginosa y nebulosa jerarquía de sujetos, prefiero sospechar que se trata de estados sucesivos (o imaginarios) del sujeto inicial. "Si el espíritu", ha dicho Leibniz, "tuviera que repensar lo pensado, bastaría percibir un sentimiento para pensar en él y para pensar luego en el pensamiento y luego en el pensamiento del pensamiento, y así hasta lo infinito". (*Nouveaux essais sur l'entendement humain*, libro segundo, capítulo primero).

El procedimiento creado por Dunne para la obtención inmediata de un número infinito de tiempos es menos convincente y más ingenioso. Como Juan de Mena en su *Labyrintho*¹, como Uspenski en el *Tertium Organum*, postula que ya existe el porvenir, con sus vicisitudes y pormenores. Hacia el porvenir preexistente (o desde el porvenir preexistente, como Bradley prefiere) fluye el río absoluto del tiempo cósmico, o los ríos mortales de nuestras vidas. Esa traslación, ese fluir, exige como todos los movimientos un tiempo determinado; tendremos, pues, un tiempo segundo para que se traslade el primero; un tercero para que se traslade el segundo, y así hasta lo infinito... Tal es la máquina propuesta por Dunne. En esos tiempos hipotéticos o ilusorios tienen interminable habitación los sujetos imperceptibles que multiplica el otro *regressus*.

No sé qué opinará mi lector. No pretendo saber qué cosa es el tiempo (ni siquiera si es una "cosa") pero adivino que el curso del tiempo y el tiempo son un solo misterio y no dos. Dunne, lo sospecho, comete un error parecido al de los distraídos poetas que hablan (digamos) de la luna que muestra su rojo disco, sustituyendo así a una indivisa imagen visual un sujeto, un verbo y un complemento, que no es otro que el mismo sujeto, ligeramente enmascarado... Dunne es una víctima ilustre de esa mala costumbre intelectual que Bergson denunció: concebir el tiempo como una cuarta dimensión del espacio. Postula que ya existe el porvenir y que debemos trasladarnos a él,

¹ En este poema del siglo XV hay una visión de "muy grandes tres ruedas": la primera, inmóvil, es el pasado; la segunda, giratoria, el presente; la tercera, inmóvil, el porvenir.

pero ese postulado basta para convertirlo en espacio y para requerir un tiempo segundo (que también es concebido en forma espacial, en forma de línea o de río) y después un tercero y un millonésimo. Ninguno de los cuatro libros de Dunne deja de proponer *infinitas dimensiones de tiempo*¹, pero esas dimensiones son espaciales. El tiempo verdadero, para Dunne, es el inalcanzable término último de una serie infinita.

¿Qué razones hay para postular que ya existe el futuro? Dunne suministra dos: una, los sueños premonitorios; otra, la relativa simplicidad que otorga esa hipótesis a los inextricables diagramas que son típicos de su estilo. También quiere eludir los problemas de una creación continua...

Los teólogos definen la eternidad como la simultánea y lúcida posesión de todos los instantes del tiempo y la declaran uno de los atributos divinos. Dunne, asombrosamente, supone que ya es nuestra la eternidad y que los sueños de cada noche lo corroboran. En ellos, según él, confluyen el pasado inmediato y el inmediato porvenir. En la vigilia recorreremos a uniforme velocidad el tiempo sucesivo; en el sueño abarcamos una zona que puede ser vastísima. Soñar es coordinar los vistazos de esa contemplación y urdir con ellos una historia, o una serie de historias. Vemos la imagen de una esfinge y la de una botica e inventamos que una botica se convierte en esfinge. Al hombre que mañana conoceremos le ponemos la boca de una cara que nos miró ante-noche... (Ya Schopenhauer escribió que la vida y los sueños eran hojas de un mismo libro, y que leerlas en orden es vivir; hojearlas, soñar).

Dunne asegura que en la muerte aprenderemos el manejo feliz de la eternidad. Recobramos todos los instantes de nuestra vida y los combinaremos como nos plazca. Dios y nuestros amigos y Shakespeare colaborarán con nosotros.

Ante una tesis tan espléndida, cualquier falacia cometida por el autor resulta baladí.

JORGE LUIS BORGES

¹ La frase es reveladora. En el capítulo XXI del libro *An experiment with time*, habla de un tiempo que es perpendicular a otro.

LA FUERZA DE INGLATERRA

UN ORDEN FUNDADO SOBRE UNA LAGUNA

Il est bien de savoir quelque chose des moeurs des divers peuples afin de juger des nôtres plus sainement, et que nous ne pensions pas que tout ce qui est contre nos modes soit ridicule et contre raison, ainsi qu'ont coutume de faire ceux qui n'ont rien vu.

DESCARTES: *Discours de la méthode.*

Cuando se dice generalmente que los ingleses tienen poca imaginación no se piensa que ésta es quizá la clave de su civilización, sosegada y grande al mismo tiempo. Al llegar a Inglaterra, por más que me repugnase asentir desde un principio a un lugar común, me convencí poco a poco de que a veces también son verdaderas las ideas triviales; pero sucede con frecuencia, y eso es lo malo, que se vuelven triviales porque las gentes no saben servirse de ellas; en muchos casos, pues, no se trata de refutarlas sino de saberlas considerar. Muchos han dicho que los ingleses tienen poca imaginación, pero pocos han advertido que los ingleses han sabido hacer de esta laguna el fundamento de su bienestar.

Parecerá extraño en un comienzo que una civilización pueda fundar el bienestar del hombre sobre la falta de un fermento tan profundo como la imaginación; y en verdad es preciso confesar que se necesitaba genio para constituir un orden como el que desde hace siglos regula el mundo inglés, utilizando sobre todo una cualidad de que los ingleses carecen. Su genio de medida y su sentimiento preciso de lo que son, explica en parte que los ingleses puedan ser felices sin tener imaginación. Pero si por imaginación se entiende la actitud que por asociación de ideas convierte en trampolín todo brote intelectual, puede comprenderse cómo, aparte esa innata modestia de deseos, la poca imaginación les ha formado la mente de manera distinta a la nuestra. Esta es, pues, la clave psicológica de los ingleses, porque todas sus cualidades morales e intelectuales y su manera de considerar las cosas, son el fruto, aunque no lo parezca, de su poca imaginación. ¿Por qué? Porque la poca imaginación ha dividido y subdividido la mente de los ingleses en tantos compartimentos que nunca se mezclan. En esto, sobre todo, difieren ingleses y latinos.

LOS COMPARTIMENTOS: Nosotros, en efecto, no tenemos ningún compartimento. La *folle du logis* es tan poderosa entre los latinos que hace una sola mescolanza con todas las pasiones y las cualidades humanas. De hecho ¿qué es la imaginación sino la necesidad de pasar de un compartimento a otro? Para el hombre que tiene gran imaginación todo el universo está concadenado; los sentimientos, las pasiones y la vida forman una trama única. Pero el inglés tiene un compartimento para la política, un compartimento para los negocios, un compartimento para la cultura, uno para el deporte, otro para el trabajo, otro para las vacaciones, otro para la religión, otro para la ciencia, otro para el amor. Y el mismo compartimento para el amor se suele subdividir en un compartimento para el amor sensual, otro para el amor sentimental y otro para el matrimonio.

EL ORDEN: Esto explica y justifica muchas peculiaridades de los ingleses. Ante todo, el orden. Una civilización en la cual los hombres no piensan más que en lo que están haciendo ofrece muchas garantías de orden. El desorden latino es fruto de interferencias. El empleado que en la oficina sueña en amores, escribe cartas a los amigos, lee novelas y revistas; el director de una compañía de teatro, el jefe técnico, el editor, que se enamoran de las actrices, de las dactilógrafas, de las poetisas; el ministro que está pensando que es industrial, banquero o comerciante, causan menos provecho y perjudican a veces a la hacienda o al país a que deberían servir.

¿Quién puede calcular, por ejemplo, las ventajas de una sociedad donde en el delicado engranaje del trabajo no penetra jamás el granito del amor? En Inglaterra el amor no es un milagro para el orden, no porque los ingleses no amen, sino porque encierran el amor en una celdilla, como las abejas guardan la miel. El amor es el amor y el trabajo es el trabajo. Mientras se trabaja no se piensa en amar, como no se piensa en el trabajo durante el ocio. El inglés, por lo demás, se suele enamorar una sola vez, y en general de la mujer con la que deberá casarse. Para nosotros, los latinos, que estamos acostumbrados a considerar el amor como la más universal de las marañas, como un torbellino en el cual el hombre ahonda todo; como el sentimiento que, agigantado por la imaginación, llega a transformar, bajo sus ojos, el aspecto, el calor y el color de las cosas, la pasión que, aunque fiel y profunda, permanece encerrada en su escenario, no nos parece amor. Decir pasión disciplinada es precisamente como no decir pasión. Para nosotros el amor es justamente el sentimiento que no se encierra. Caemos en la cuenta de estar enamorados cuando amamos aun durante

el trabajo, cuando las iridiscentes imágenes del amor se interponen entre nuestros ojos y las páginas del libro, debilitan nuestro brazo cuando jugamos al tennis, hacen tirar a la calle oportunidades que hubieran podido ayudarnos en nuestra carrera o en nuestro oficio; nos desvían de la religión y de la meditación; cuando se entrometen, pues, en los campos de que naturalmente estarían excluidas, como personajes que entran en escena en otra comedia, fuente inevitable de desórdenes y de afanes.

Así, pues, entre los latinos bastaría únicamente el peligro del amor para sumergir todas las relaciones sociales en una perpetua inquietud. Pero si al amor añadimos todas las demás pasiones, que ningún freno gobierna, y los intereses personales (que al ojo egocéntrico del latino son los mayores del cosmos), se comprende por qué los latinos recelan siempre que bajo toda razón aparente y aun visible haya una oculta, que todo programa no sea más que una fachada. Las promesas valen sólo hasta cierto punto, y los contratos se rompen. Ninguno de nosotros se queda tranquilo cuando ha recibido una promesa de un latino, no porque el latino sea deshonesto, sino porque sabemos que está sometido a todas las pasiones, y que una hora después de que lo hemos dejado puede contemplar la vida con otros ojos. Nuestro asunto, la promesa en la que confiábamos, pueden venirse abajo en un vuelco de mundos interiores. Esto en los hombres honestos. No diré cuánto ayuda a la deshonestidad la falta de compartimentos. En Inglaterra un hombre deshonesto no se dejará tentar, pese a todo, sino por las ocasiones que encuentra en su compartimento y, muchas veces, en nombre de intereses restringidos. Los deshonestos suelen ser especialistas. Pero el latino está atraído sin descanso por todas las tentaciones del Universo, contiguas o presentes. El amor, el odio, la necesidad de poderío, de dinero, de gloria, de honores, de respeto, pueden coexistir en él a cada momento, e impulsarlo a violar la moral, no sólo en el campo de su oficio sino en todo.

A esto es necesario añadir la pasión del trabajo. El latino, cabalmente porque mezcla todos los compartimentos o, por mejor decir, porque no tiene ninguno, no concibe el trabajo como un medio de subsistencia que no tiene nada que ver con su vida, sino como la parte más verdadera y honda de sí mismo. El oficio para el latino es como el amor para la mujer: una pasión. El latino ajusta a él su ritmo de vida, nivela a su altura su propio carácter. En su vida interior

(en la cual todo se mezcla) la mujer, el oficio, los hijos, el amor, el trabajo, el cariño se confunden y enredan unos con otros. En cambio, en el inglés, que tiene la inteligencia dividida en partes, el oficio no tiene más que su puesto, no es sino una forma de ganar dinero que permite al hombre gozarlo en el compartimento dedicado a la alegría. Un inglés común no se divertirá nunca trabajando durante la semana, y no trabajará nunca en domingo.

Así se explica, independientemente de su honestidad natural, porque los ingleses son más honestos. Si pensamos que para el latino la profesión se asemeja a una pasión amorosa, comprenderemos cómo, por el placer casi desinteresado de ganar un juego, llega a cometer acciones ilícitas. El inglés, que es más indiferente, puede inclinarse a proceder mal por interés. El latino también por la pasión. Y por eso no existen en Inglaterra los casos tan frecuentes, entre nosotros, de ilegalidad estética, de malas acciones desinteresadas, de estafas intelectuales que tienen solamente fin en sí mismas.

Pero puede decirse más ampliamente que la inteligencia, dividida en tantas celdillas, establece un gran orden porque limita en todo hombre el sentido de sus derechos y el sentido de sus deberes. *Derechos y deberes*. No sé en verdad si es más peligroso que las gentes se excedan en el hacer o en el exigir. Entre nosotros no sólo se asiste al ansia desmesurada de tener más de lo que a cada uno corresponde, sino también a la manía de hacer más de lo que se debe, a innumerables furros de Capaneo, a la necesidad que cada uno de nosotros tiene de ser el único Atlante que sostenga el peso del mundo, en parte para tener más poderío y prestigio, pero en parte también para desahogo del instinto egocéntrico, para convencer a los demás con una acción concreta de lo que para el latino es idea fija: su omnisciencia. El latino se atormenta muchas veces toda la vida porque no logra demostrar suficientemente a los que lo rodean que podría hacer mucho más de lo que el destino le ha permitido, y que sabe más de lo que debería. Por eso, y sobre todo en Italia, donde es más hondo el sentimiento de la grandiosidad, se encuentran tan pocos hombres en el campo intelectual que se adapten a hacer trabajos modestos en los que tendrían mejor éxito; que se dediquen, en un campo estrecho, a estudios en los que podrían dar buenos frutos. Todos quieren hacer grandes cosas y llenan nuestra historia de obras maestras fallidas.

En Inglaterra, en cambio, la gente no pide más de lo que debe tener y no hace más de lo que debe hacer; el oficio, mundo cerrado, tiene límites que lo encuadran. Siempre recordaré la pregunta que hice a un portero del Victoria and Albert Museum de si se habían tomado fotografías de los cuadros expuestos en la sala. El estante de las fotografías se pavoneaba en la sala vecina, frente a la puerta, cargado de álbums, de fotografías, de volúmenes ilustrados y de tarjetas. Pero el portero me contestó que su sección terminaba junto a la puerta, y que el estante se hallaba en la sección contigua, que por eso no era deber suyo saber si había fotografías, y que por consiguiente no lo sabía. ¡Cómo imaginar que un italiano me hubiese respondido de esa manera! Se habría avergonzado de confesármelo, aunque no lo hubiese sabido.

Pregunté así un día a un vendedor de diarios, instalado frente al tren, si esa era la línea de Windsor. Me figuro que en un país como Inglaterra el tren de Windsor habrá circulado por esa línea por lo menos desde hace cinco años; pero el vendedor, verdaderamente estupefacto, me contestó que él trabajaba de vendedor de diarios, y que por consiguiente no podía saber si aquel era el tren de Windsor, y que para tener informes sobre los trenes debía yo dirigirme a los empleados del ferrocarril.

Todos podemos imaginarnos las ventajas de este método. No hay que pedir informes sobre los trenes a un vendedor de diarios (yo lo hice sólo porque —como latino— tenía el sentimiento empírico del orden social, que es muy semejante al sentimiento del desorden). Cada uno de esos hombres no cometerá errores dentro de su campo. Mi padre había observado ya en la Europa Joven que los ingleses saben fabricar bizcochos, que exige disciplina y conciencia, mejor que adornar pasteles, que requiere inspiración; mientras nosotros sobresalimos en decorar los pasteles con hermosísimos y excelentes encajes de crema, pero hacemos peor los bizcochos. Lo cual se explica pensando en la forma mental de los ingleses. Entre nosotros el hombre y su oficio se confunden: un cartero, un empleado de banco, un obrero de ferrocarril, son un cartero, un empleado de banco, un obrero de ferrocarril, en cualquier momento, hasta en domingo. Al encontrarnos con ellos no podremos separar en nosotros la idea de su ser de la idea de su oficio, no se nos ocurrirá pensarlos como hombre o mujeres que para vivir trabajan de carteros, de empleados de banco, de obreros de ferrocarril, pero que son, ante todo, hombres y mujeres.

Y en verdad, después de salir de su estudio, de su oficio o de su tienda, el

latino continuará mezclando en su cabeza las ideas que podrá poner en práctica a la mañana siguiente, seguirá desmenuzando problemas, llegará a casa vibrante por las horas de trabajo que han llenado su espíritu durante el día, y seguirá siempre como cartero, empleado de banco u obrero de ferrocarril, hasta en la mesa, donde no dejará de hablar de su oficio con la mujer, o hasta en el café donde no dejará de discutir sobre él con los amigos. Pero en cambio, durante el día, en el correo, en el banco o en el tren continuará siendo, a pesar de todo, un hombre que independientemente de sus deberes, siente, goza, observa, sufre, piensa muchas cosas que no tienen valor para su oficio sino para él. Luego, si es cierto que el oficio se le queda en la sangre cuando está libre, no es menos cierto que el hombre permanece continuo e intacto en su oficio.

Nada de eso sucede entre los ingleses. El inglés es un hombre hasta las ocho de la mañana; desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde se convierte en un cartero, en un empleado de banco, en un obrero de ferrocarril; y vuelve a transformarse luego en hombre hasta la mañana siguiente. Su oficio y su carácter profundo no se entremezclan jamás. Está formado de tal manera que cuando es cartero u obrero de ferrocarril no puede ser ninguna otra cosa, y cuando juega al golf no se siente más cartero ni obrero de ferrocarril.

Ello explica por una parte que el trabajo sea más enojoso y por la otra que sea mejor desempeñado. Despojado de lo que tiene de humano, de provisorio y de personal, el oficio no es más que lo que es: un modo de ganarse la vida. Uniforme, regular y genérico, no brinda sino esterlinas, fatiga y enojo. Los ingleses, en efecto, trabajan con honradez pero sin alegría. El trabajo no les llena. Uno de los hechos que más impresión causan en un latino que visita a Londres es que los ingleses no hablan nunca de su trabajo. Tal silencio se justifica en parte con una regla social que prohíbe a un inglés, cuando se halla a la tarde con sus amigos, hablar de lo que ha hecho durante el día. Por temor de molestar a los demás con charlas que sólo le interesan a él, un inglés prefiere conversar de asuntos que no interesan a nadie, como a veces el buen tiempo y, más generalmente, la lluvia. Pero semejante regla no explica todo. Pese a las tablas sagradas de la buena sociedad, si realmente les apasionase su oficio, no se resistirían a tratar de él cuando se procura hacerles hablar. Nunca olvidaré a un cirujano y un médico que subieron al tren en Frosinone, en la línea Nápoles-

Roma, en mi compartimento. El médico se redujo a hacer al cirujano una pregunta general en materia de cirugía, y el cirujano, hasta Roma, con una inmensa marea de palabras, pasó revista a las operaciones más terríficas que se puedan imaginar, hablando de riñones, estómagos, intestinos, vejigas, testículos cortados, hechos pedazos, cosidos y ligados por medio de hilos de seda, con la sonrisa complacida y suave que se ve brillar en los ojos de los glotones cuando hablan de manjares apetitosos. El caso es que el oficio para el latino, al formar parte de su vida, es algo vital y suyo. En su oficio se refleja todo, y hablar de su oficio es para él tan grato como hablar de sí mismo.

La prueba (y al principio parece casi un contrasentido) de que en Inglaterra se ama menos el trabajo es que se estima más. Entre nosotros el trabajo es una pasión concreta, humana; no se siente, pues, la necesidad de elogiar a un hombre porque hace un trabajo que muchas veces no le desagrada, y que hasta puede agradarle. Cuando trabaja, el latino tiene sencillamente aire de vivir. Pero en Inglaterra la admiración y el enojo son proporcionados: los ingleses admiran a un hombre que trabaja en la medida en que presumen que debe aburrirse. Se venera pues el trabajo en sí, en el sentido bíblico (trabajar con dolor) como una religión de sacrificio. Por eso los ingleses son más intolerantes que nosotros con respecto al trabajo; pues admitido que el trabajo es una pena, no permiten que nadie pueda librarse de ella. En Inglaterra el que no trabaja sólo tiene derecho a escasa estima. Las muchachas ya no se educan en la idea de casarse, viejo principio que allí parece el colmo de la vergüenza, sino para trabajar. He conocido, por ejemplo, a la hija de un embajador, que en homenaje a esta fiebre ciega del trabajo se vino sola a Londres para trabajar como dactilógrafa en una oficina de la policía. Todos deben trabajar, y todos deben ser recompensados, todos deben tener su porción de fatiga y de dinero. Pero, por un día y medio por semana nadie debe acordarse más de esas horas de aflicción, sufridas para gozar la libertad del week-end. Esta es la gran diferencia entre nosotros y los ingleses. A decir verdad, la fiebre del trabajo por el trabajo, que ha sido elevada al rango de filosofía en el nuevo continente de las grandes máquinas, es privilegio de los viejos latinos. El latino cree trabajar para vivir, y en cambio muchas veces vive para trabajar. Los ingleses, en cambio, creen trabajar porque aman el trabajo, y no trabajan sino para poder descansar una vez por semana. Los ingleses, que a las seis de la tarde se precipitan, muchedumbre inmensa, en el *bus* y los *undergrounds*, siempre me han hecho pensar en

soldados que salen del cuartel. Me acuerdo de mis tiempos de conscripto, cuando, después de ganar la última batalla contra la mala voluntad del teniente que me había mirado los zapatos, la corbata, el sombrero, la bayoneta y las plumas, cerraba, con el saludo al oficial del piquete, mi jornada militar, de la que no me acordaba más por tres horas. Los ingleses que trabajan son como soldados en el cuartel. Verdad es que más concienzudos, más diligentes y honrados, pero siempre con el pensamiento fijo en la libertad de la tarde, breve anticipo de la gran libertad del week-end. En ningún país el sábado a la tarde es comparable con el sábado de Londres. Al toque de mediodía, durante la *rush hour*, hay un aire de gran acontecimiento histórico, de jornada revolucionaria: los hombres y mujeres en gran muchedumbre por las calles, enjaulados en los ascensores de los *undergrounds*, apretujados en los *bus* y en los trenes como abejas en las celdillas, los *policemen*, los conductores, los tenderos, se sienten todos hermanados en el mismo sentimiento. Para las personas agrupadas en grandes masas no hay nada tan agradable como leer en los ojos de los vecinos una alegría que tiene idéntica razón de ser. Los grandes acontecimientos históricos en los cuales han tomado parte las multitudes, se explican, a mi entender, no tanto porque los hombres tuvieran sentimientos comunes, como porque querían expresar mediante un acto común la alegría de haberlos sentido.

El sábado a la tarde hay precisamente algo de común entre los ingleses que les da aire de fiesta. No sólo las valijas y las raquetas que todos tienen en la mano, no sólo los ramos de flores que las muchachas compran a los vendedores ambulantes, sino ante todo el sentimiento universal de volver a convertirse en hombres. ¿Qué conmemoran, en efecto, estos ingleses de fiesta sino el fin del castigo y el principio del premio? La misma fórmula *week-end* "fin de semana" que sólo se encuentra en inglés, sugiere ya que algo nuevo está por comenzar, estremece el aburrimiento y la maldición de la palabra *week* con el sonido de tromba del *end*, de ese fin que es en cambio anuncio de la verdadera vida. El sábado a la tarde el cartero, el empleado de banco y el obrero de ferrocarril se convierten en hombres y mujeres que durante la semana han desempeñado para vivir un oficio enojoso. Y cuando media hora después, a las dos, en el silencio de una Londres muerta, hierática y taciturna, sembrada de algunos ramos de flores, como un salón después de la fiesta, los ingleses en la colación, empiezan a hablar del *job*, y por consiguiente de los "oficios", de buscarse un *job*, de cambiar un *job*, nosotros los latinos sentimos que el *job* está concebido de manera distinta,

más religiosa y más indiferente. Se habla de un *job* como de un recipiente cuyo contenido no tiene valor. Es necesario, pues, que el hombre tenga un *job*, uno cualquiera, con tal que sea pago. El *job* siempre será un *job*, una manera de llegar al week-end con esterlinas, una parte de la vida que está encerrada en su compartimento, el escote de la felicidad.

Sólo por no tener imaginación los ingleses constituyen una sociedad más sólidamente moral; se adaptarán más fácilmente que un latino a cambiar de país, a cambiar de oficio, llevando al nuevo *job* la tranquila escrupulosidad del que abandonan.

LEO FERRERO

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Nuestro amigo Pedro Henríquez Ureña se encuentra actualmente en Estados Unidos, a donde ha sido invitado por la Universidad de Harvard para pronunciar un ciclo de conferencias sobre literatura hispanoamericana. Pocos días antes de partir, SUR lo despidió con una comida que se realizó en el Comega Club, el 5 de septiembre. Al breve y afectuoso discurso de Victoria Ocampo, ofreciendo el homenaje, Pedro Henríquez Ureña contestó de la siguiente manera:

“Las palabras de la directora de SUR —cordiales como ella sabe decir las— y la presencia de tantos amigos y compañeros revelan que se estiman y aplauden mis intenciones, superiores siempre a mi esfuerzo. Muestra de generosidad, en suma; de generosidad muy argentina. No estoy “retribuyendo atenciones”: la generosidad argentina es para mí cosa viva, palpable y constante.

“Hay argentinos que sólo hablan del país para elogiar sus perfecciones y los hay que sólo hablan de las imperfecciones. Mis amigos pertenecen todos al segundo grupo. No quieren a la Argentina menos que los del otro, pero piden que sea siempre mejor. Uno de mis amigos dijo una vez, comentando mis cam-

bios de residencia, que cuando yo encontrara el país perfecto, allí me quedaría. Ya veis que me quedo en la Argentina. ¿Porque es perfecta? Porque tiene una manera de perfección: es generosa.

“En época pasada, un hombre modesto de mi país natal aspiraba a viajar y declaraba que su ideal de ciudad para conocer no era París, ni Londres, ni Nueva York, sino La Habana: quería ir adonde se hablara español, adonde encontrara juntamente los placeres superiores de las grandes ciudades y el orgullo de hablar su lengua nativa. Así, ahora a las gentes de nuestra América nos da placer y orgullo la Argentina, gran país de habla castellana.

“Por debajo de la generosidad y de la facilidad con que acoge el argentino a quienes aquí llegan, no hay descuido ni negligencia en el discernimiento: hay disciplina. Disciplina que no es común descubrir y apreciar, pero que viene de lejos y ha dado estructura y estilo a este gran país criollo. Días atrás, en uno de los coloquios que organiza SUR¹, Germán Arciniegas establecía con fina perspicacia una nueva clasificación de las Américas: además de la división en norte y sur, en América de habla inglesa y América de habla hispánica —portuguesa y española—, existe la división en este y oeste; las ciudades del Atlántico, Nueva York, La Habana, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, tienen rasgos comunes; en las ciudades del lado del Pacífico, desde San Francisco de California hasta Santiago de Chile, el carácter es otro. Las del Atlántico viven vida internacional; las del Pacífico viven vida tradicional. Pero sobre Buenos Aires, sobre la Argentina en su conjunto, quiero insistir en afirmar que junto a su actividad de estilo internacional —que no quiero llamar cosmopolita— mantiene su esencia criolla y la ha impuesto, con su disciplina, sobre las oleadas de la migración.

“La época colonial, en la América española, apenas había organizado pueblo. A la poco coherente masa la mantenía unida la fuerza de la autoridad, lejana en su fuente. De ahí la América indisciplinada que siguió a la independencia: Sarmiento la ha descrito en páginas imperecederas. Pero había una disciplina de pocos, que en la Argentina se impuso desde 1852 y dió su fisonomía al país. Cuando llegó el inmigrante, encontró una sociedad con normas: debía obedecerlas, debía compenetrarse con ellas. El ideal fué parecerse a los criollos superiores. Esta persistencia de la tradición la observan inequívocamente los viajeros.

¹ Véase, en *Relaciones Interamericanas*, la pág. 102. N. de la R.

“Esta disciplina, que a veces se relaja, debe mantenerse. Hay que velar todos los días por la integración de la Argentina. Hay que acercarse a “la Argentina invisible”, según la expresión ya proverbial de Mallea, e impedir que se desvanezcan en la sombra sus esfuerzos, sus hazañas de trabajo, de estudio, hasta de mera adquisición de colecciones, de que tantas veces nos enteramos con asombro y que tantas veces deseáramos ver fructificando en la vida de todos. En suma: contra las inercias que quieren para el porvenir una Argentina pequeña, trabajemos para la grande Argentina”.

Crítica de Arte

MIGUEL VILLÁ. DIEZ PINTORES ARGENTINOS EN "AMIGOS DEL ARTE".

Característica notable de la pintura en los dos primeros decenios de nuestro siglo fué su orientación subjetiva, intelectual, abstracta. Si algo vincula a los artistas independientes entre los años 1900 y 1920 es su común desprecio por la imitación de lo real, su alejamiento absoluto de todo naturalismo, sean ellos neoimpresionistas, "fauves", cubistas, futuristas, expresionistas o pertenezcan a alguna de las escuelas intermedias. Tal desprecio, unos lo expresan por la deformación lírica, otros por la geometrización, la superposición de imágenes, el retorno a la pintura bidimensional, la prescindencia del claro oscuro, la exaltación del tono local. Nadie "copia". Todos interpretan, trasmutan o inventan. Todos, empero, se basan en una realidad muy diversamente percibida y transcripta. Su nueva concepción del mundo de las formas impone, desde luego, una serie de experimentos. El procedimiento de representación "standard", cuyas raíces penetran en el Renacimiento, ha sido descartado. Es preciso reemplazarlo por otro, más acorde con la sensibilidad y la mentalidad de la época, y esto no se consigue en un día. Pero antes de que tales ensayos llegaran a dar todos sus frutos, se produjo un trastorno psicológico profundo y colectivo que encauzó al arte de muchos por una senda totalmente distinta. Como consecuencia del "shock" de la guerra, barrió la tierra una oleada de sensualidad. Como siempre, después de una gran catástrofe, los sobrevivientes se abalanzaron a gozar para convencerse de que realmente vivían aún, para resarcirse de las penurias y de los terrores pasados. Esto ocurrió tanto en los países sangrados por el conflicto como en aquellos que sólo ardieron en el reflejo de sus llamadas. Porque, en verdad, desde 1914, las guerras son siempre mundiales y todos sabemos que en ellas se juega nuestro destino.

Así fué cómo, después del armisticio de 1918, todo un sector de la pintura francesa se apartó del camino que parecía señalado al siglo XX: el camino del espíritu. Entonces surgieron artistas cuyo vigoroso sensualismo se manifestaba en obras doblemente materiales, por su concepción naturalista y por su empaste

suntuoso, caro a los sibaritas del color. Entre ellos merecen citarse el vigoroso Yves Alix, el faunescó Favory, el sanguíneo Dunoyer de Segonzac.

A esta categoría de artistas pertenece en cierto modo Miguel Villá, visitante catalán que expuso una veintena de óleos en la Galería Müller, en los comienzos de septiembre. Autor de paisajes, bodegones y figuras —producciones recientes fechadas del 1936 al 1940—, adopta una posición naturalista, reñida con lo que los enemigos del arte moderno llaman despectivamente los “ismos” (y en que no incluyen el quattrocentismo, el renacentismo, el barroquismo, el neoclasicismo, el romanticismo, el realismo, ni siquiera el impresionismo). Cataluña es tierra de realidades y Villá no desmiente su raza. Empero, en arte el hombre de talento y personalidad —que tal es el caso del pintor catalán— no puede desandar camino si no es con fines inconfesables. De ahí que, con toda su empeñosa voluntad de objetivismo, manifiesta en diversos aspectos de su obra, Miguel Villá se inscribe categóricamente en el movimiento modernista y “viviente”. Con modalidades propias, desde luego. Realiza una pintura de representación en la medida en que, por cierto, es imposible dudar un instante siquiera de la identidad de los objetos representados. En paisajes, figuras, bodegones, se excluye tanto la abstracción pura como la deformación. Incluso se prescinde a menudo de componer a la manera clásica y se acepta el espectáculo del mundo tal como lo brinda el azar, incluso cuando acaso ganaría el cuadro con la supresión de un elemento, verbigracia la alta chimenea del paisaje de *Teiá* que corta verticalmente, en forma infortunada, el hermoso paralelismo horizontal de los techos de la aldea. Así, en ciertas naturalezas muertas, por otros conceptos muy hermosos, no se advierte arreglo alguno ni disposición voluntaria en las apetitosas frutas esparcidas sobre una mesa. El artista, pues, se entusiasma ante cualquier aspecto natural, no siente la necesidad de rectificarlo, y trata de extraer de él el máximo de expresión plástica. Dentro de esos límites, es naturalista Miguel Villá.

Bien está ceñirse a la realidad en dicha forma cuando en el ánimo no han sido conmovidas ciertas certezas positivas y se es a tal punto pintor. Lo que importa, en verdad, por encima de todas las querellas de escuelas, es la expresión de una personalidad auténtica, dominen en ella los caracteres emotivos, intelectuales o simplemente interpretativos. Pintor, lo es Villá en sumo grado, y ha elegido un mentor sublime. Transuntan sus lienzos la admiración que siente por Rembrandt, mas no la imitación de Rembrandt. Lógico es que por

afinidades de temperamento este intérprete de riquezas y abundancias buscara el contacto con los holandeses. Comprensible sería que no hubiera ido más allá de Ruysdael, de Potter y de Hals, suntuosos, plácidos, terrenales. Pero ha llegado más alto, ha descubierto un secreto del maestro de los *Síndicos* y de la *Novia Judía*: el que consiste en alcanzar la inmaterialidad por la materia. Voluntariamente o no, subconscientemente o muy despierto, mientras sostiene el principio tradicional de lo figurativo, Villá, por el modo de expresión, importantísimo en la apreciación de su obra, se interna profundamente en un subjetivismo poético en cuyo fondo está el gran visionario de Amsterdam. También se desliza en la pintura del catalán algo de la enseñanza de Cézanne, que ningún artista contemporáneo puede desechar. ¿Cuáles son los caracteres no figurativos de los lienzos de Villá? En primer lugar, no emplea las suntuosas pastas en alto relieve, característica de su "métier", para imitar la materia de los objetos, sino por el amor de las pastas mismas y su propio efecto sensorial. Cierto es que en algunos casos hay coincidencia entre la substancia representada y el modo de representarla, como ocurre con las espléndidas naranjas de rugosa piel que vemos en algunos bodegones. Pero ni en las naturalezas muertas, ni en los paisajes ni en las figuras hay diferenciación sensible de facturas dirigida a simular contrastes substanciales entre piel, papel, tejido, cielo, aire, metal, vegetación, tierra. Hay, en cambio, una poderosa unidad de empastes suntuosos que sólo tienen que ver con la sensualidad propia de la pintura, no con el modelo objetivamente observado. Por otra parte, Villá está reñido con el fenomenismo impresionista y no sólo excluye los juegos de reflejos naturales sino que prescinde de vibración atmosférica y lumínica. El efecto tridimensional se obtiene en gran parte sin claro obscuro por el juego mismo de las pastas desniveladas, y también por un dibujo preciso que no elude la perspectiva lineal. El último rasgo no-naturalista del artista catalán es una derivación de su no-impresionismo: cultiva el tono local y lo exalta, como lo hacía Gauguin, maestro que, sin embargo, no parece haber influído en él. Esto era particularmente notable en un bello paisaje, *Los Huertos*, en que se mezclaban árboles de tronco completamente negros con otros completamente blancos, produciendo un efecto tan poco "natural" como plásticamente plausible y sugestivo. Ejemplos de alto colorido quizá un tanto estridente a veces, pero poderoso siempre como recurso de expresión, eran el excelente *Autorretrato*, de factura libre y certera, la sabrosa *Mujer del Jersey Amarillo*, el paisaje de *Las Vistillas (Madrid)*, con su cielo intensa-

mente azul, y la curiosa *Copia de Rubens*, interpretación de un grupo de ninfas del Museo del Prado, en que se veían asociados el gran flamenco y Rembrandt a través de la manera peculiar de Villá.

En toda la muestra se advertía esa cohesión de oficio y concepción del cuadro que caracteriza a los talentos maduros: el artista está ya perfectamente definido en una orientación de la cual sin duda no se apartará, aunque es de prever que en el curso de los años próximos afinará su paleta y conquistará un oficio menos trabajoso y pesante. Lo que ya seduce en su obra es esa feliz dualidad del fundamento verista y de la traducción lírica de la forma muy simplificada y del color subido y rico —consecuencia, en gran parte, del empaste macizo y largamente trabajado—. Todo, en ella, está resuelto en intensidad. Montañas, casas, árboles, figuras, objetos se destacan del lienzo, como modelados en la materia pictórica, con relieves de vigor inesperado. Revelan a un sensual que no sólo se enamora del modelo, paisaje, fruta o mujer, en su corporeidad generosa, sino que siente el placer de acariciar virilmente las pastas pigmentadas, como el escultor amasa la arcilla. De ello resulta que sus cuadros, además de brindar una imagen hermosa, tienen la calidad de objetos bellos, gratos al tacto como a la mirada, vivientes y seductores en sí, con prescindencia del asunto representado. Son las producciones del “buen obrero”, del concienzudo artesano a la vez que obras de arte, como las lacas japonesas o ciertas tablas de los primitivos. Y, en el fondo, hay en Miguel Villá un gótico catalán, con su poderoso amor de la naturaleza unido a un espiritualismo instintivo. ¡Qué franqueza, qué fuerza popular en estos lienzos, comparada con la falsa decisión, con el amaneramiento sensualista de un Chapelain-Midy! Lenguaje rudo de un montañés mediterráneo, en que se refleja, para quien lo conoce, todo el panorama áspero y cordial a la vez de Cataluña. Ese lenguaje, acaso por su misma falta de melindre, no parece haber despertado aquí el eco que era de esperar. Mala nota para Buenos Aires. Porque estuvimos en presencia de un artista de marcada originalidad y merecida reputación europea, que se sitúa en una interesante posición de equilibrio entre la tendencia irrealista con que se inició el siglo y el neohumanismo tradicionalista de estos últimos años.

Un conjunto de obras de Héctor Basaldúa, Horacio Butler, Aquiles Badi, Juan Ballester Peña, Antonio Berni, Raquel Forner, Ramón Gómez Cornet, Emilio Pettoruti, Lino Spilimbergo y Raúl Soldi ocupó desde fines de agosto las tres

salas de Amigos del Arte. Excelente iniciativa la de reunir a unos cuantos puntales de la pintura de vanguardia argentina. Debería repetirse periódicamente tan ilustrativo certamen, y así podrían evitarse algunas omisiones que fueron lamentadas. La muestra tenía unidad y carácter. Se respiraba con placer en esa atmósfera de esfuerzo franco, de talento auténtico. Sin embargo, no todos los artistas representados enviaron lo más notable y reciente de su obra, prefiriendo algunos, como Basaldúa, dar a su participación un carácter pretérito que no a todos favorece. Ello no es de extrañar, pues siendo hombres jóvenes aún, en pleno vigor de creación, lógicamente ha de esperarse un desequilibrio marcado entre su producción actual y la del período de formación. No es frecuente un caso como el de Emilio Pettoruti, la continuidad de cuyo esfuerzo señalamos con motivo de su exposición individual. Otros tantean más tiempo y en direcciones diversas hasta que llegan a encontrarse. Poco importa, con tal de que se encuentren, y parece ser el caso de todos los nombrados.

No por conocidos los lienzos, que figuraron unos u otros en diversas muestras anteriores, dejaban de interesar aisladamente o con relación a los demás. Esas confrontaciones son fecundas, tanto para los artistas como para el público. Injusto sería tratar de establecer jerarquías que sólo podrían basarse en las preferencias individuales. Las obras de Pettoruti, *Sandía*, *Peras* y *Manzana*, *Serenata Romántica*, impresionaban una vez más por una perfección técnica que no excluye la más alta y depurada emotividad. En particular el último cuadro, esa figura de Pierrot azul que parece envuelto en claro de luna si no es una emanación de la misma Selene. Hace poco nos hemos ocupado detenidamente de este pintor, de modo que, en verdad, huelga el comentario. Basaldúa presentó dos naturalezas muertas de sólida factura, entonación oscura y estilista simplificación, bastante antiguas, una *Figura* de mujer, en verdes y grises, que recuerda a Corot pese a su factura moderna y su vigorosa representación de volumen, fechada en 1927, y algunas notas más pequeñas. Con todo el mérito real de estas obras, ninguna alcanzaba el nivel de la composición *La Noche*, enviada por el artista al Salón Nacional de 1939. Horacio Butler expuso un *Retrato de Lola Membrives* con sugerencias de estampa popular por su marcada estilización, un tanto irónica, y su colorido, un hermoso e intenso *Paisaje del Tigre*, en su característica paleta azul verdosa, otro *Paisaje* de armonías frías, que posiblemente sea de Francia, una magnífica pieza de flores, altamente decorativa, en que el ramo se fusiona con el floreado rojo y oro de una rica tela,

y *La Viuda del Capitán*, pequeño lienzo de evocación melancólica, aun desconociendo su título, que nos pareció lo mejor del envío. Aquiles Badi estaba representado por obras conocidas, como es lógico, dada su ausencia del país. Destacábase entre ellas por su rotundo acierto, por su poder de intensa emoción, el *Nocturno Español*, su mejor cuadro hasta la fecha, al lado de notas muy gratas tales como *Desfile de Circo*, *Composición italiana* o *Teatro*. Juan Ballester Peña exponía tres "Sonetos" pictóricos: el de la Lectura Romántica, el de Las Flores y las Manos, el de La Ventana Abierta y las Flores Cautivas. Siempre tuvo Ballester Peña inclinaciones simbolistas, que aquí se revelaban más a las claras. Afortunadamente para él y nosotros, lo literario no coarta en él al pintor, que se manifiesta en constante ascenso. Su "Soneto de las Flores y de las Manos", que nos trajo un recuerdo de Ofelia y un lejano perfume del preraphaelismo de Millais, era un magnífico trozo de pintura. Menos feliz la participación de Antonio Berni, artista cuyo mérito, sin embargo, no es necesario señalar. Su obra más importante del conjunto era *Chacra en Invierno*, de una coloración agria y una dureza formal hostiles. Lienzos de los años 1927 y 1928 no se asocian con la manera actual de este penetrante y analítico observador. De Raquel Forner vimos cuatro hermosas telas, ilustrativas de su tema actualmente preferido: el dolor de la mujer. Altamente expresivo, el *Estudio de Cabeza*, con sus magníficas manos nudosas, sufridas. Patéticos, dentro de su riqueza de color y su claro y sintético simbolismo, *La Victoria*, *¿Para Qué?* y *Ni Ver, ni Oír, ni Hablar*. En punto a contenido humano sobresalen las composiciones de Raquel Forner.

Ramón Gómez Cornet, artista también de honda sensibilidad, expuso unas admirables *Magnolias*, que parecían irradiar luz interior y cuya auténtica realidad pasaba a segundo plano ante la riqueza de poesía del lienzo. *Torso*, *Figura de Niña*, y el *Retrato* de la hija del artista, con su sombrerito azul y su ramillete, ilustraban aspectos más conocidos de esta inconfundible personalidad. Lino Spilimbergo presentó una sola obra, *La Terraza*, importante composición, con personajes abundantes, vestidos y desnudos, sumidos en una luz dorada y una atmósfera de ensueño. La terraza misma, con sus mosaicos multicolores, es en verdad el principal "personaje" de este cuadro estrechamente vinculado con la "pintura metafísica", que demuestra la prodigiosa maestría de colorista y dibujante de Spilimbergo y le revela enamorado de los primeros venecianos. Distingúanse también notablemente en el conjunto de Amigos del Arte la

participación de Raúl Soldi, constituida por *Composición, Deseo de Viaje y El Zaguán*. Artista de pura imaginación y sensibilidad extrema, Soldi atrae tanto por su paleta refinada, como por la humanidad cargada de "spleen" de sus personajes verlainianos.

JULIO E. PAYRÓ

Cinematógrafo

"NUESTRO PUEBLO"

"Tityre siempre recostado".

PALUDES.

A quienes conocen la pieza de Thornton Wilder, la película inspirada en ella no les causa admiración tan viva como la lectura de la obra o el espectáculo escénico. Toda la audacia pirandelliana —si es que así podemos llamarla— de los procedimientos (falta de decorados, de mise-en-scène, de telón, de unidad de tiempo) no está aquí más que muy vagamente expresada, ya que las innovaciones teatrales jamás pueden adaptarse a la pantalla por la sencilla razón de que el brillante efecto obtenido en la realidad pierde todo su sabor y todo su interés cuando se aplica a una ilusión que, como la del cine, correría el riesgo de fatigar despiadadamente. El teatro puede permitírselo todo en su limitada esfera de recursos: es un arte. El cine, para llegar a serlo, debe buscar su progreso en el desarrollo de sus vastas posibilidades, pues no es cosa de evadirse de lo real, ya que su finalidad es precisamente consagrarse a esa realidad.

A pesar de la inteligente labor de los intérpretes y de la dirección de Sam Wood, quien colaboraba con la fina música de Aaron Copland, el público experimentó evidente desazón al asistir al estreno de *Nuestro Pueblo*. Todo estaba hecho como para desconcertarlo, de punta a punta. Por momentos, podía creer

que se hallaba al fin sobre terreno fácil, amable y coherente, pero pronto se desanimaba. Seguía con dificultad la trama del asunto, tejida desordenadamente, reanudada y abandonada luego al capricho de un director que, como un mago que se situara al margen de la escena, explicaba los hechos y, sin duda, los complicaba. Cada vez que aparecía, un movimiento de impaciencia agitaba al rebelde auditorio, pero cuando le daba por saltar diez años o retroceder veinte, era ya demasiado. El público se marchaba o, lo que es peor, se reía. La película no sólo no ha gustado: ha pasado inadvertida. Y, con todo, uno de los méritos de *Nuestro Pueblo* reside en la forma algo brusca y anacrónica en que está tratada. El presente ocupa poco sitio, y puesto que se trata de una acción pasada, se puede echar mano cómodamente a los hechos más remotos, para confrontarlos con los que más tarde han de sobrevenir. Toda la pieza, en suma, no es más que retrospectiva; es preciso reconstituirla todo. Por momentos, el efecto es conmovedor: vemos al joven Joe Cowel, que vende diarios en una alameda de la ciudad, en tanto que el director nos revela todo su porvenir y su muerte en primer plano; pero Joe continúa corriendo por la calle; volveremos a verle en varias oportunidades más vivo que nunca, así como al doctor Gibbs y a Mr. Morgan, el droguero, que también terminan su existencia sin desaparecer por eso ante nuestros ojos.

Wilder se coloca fuera del espectáculo y hace un corte en la acción estancada, a fin de examinar los matices de que se compone. Descubre sus personajes al azar, los enfoca, y de nuevo los deja olvidados entre la masa muerta. Cada acción vale por sí misma, y no en relación con las demás. No ha tomado en cuenta su importancia, pues nada es de veras importante en Grover's Corners.

Los miembros de esta comunidad nos informan que es una pequeña ciudad tranquila, vulgar, "quizás más aburrida que otras", dice el editor, Mr. Webb, al hacer un inventario político y civil de sus habitantes. No tienen más que una tragedia: la ausencia de lo imprevisto. Todos conocen su porvenir, y cuando se trata de afrontar los pocos acontecimientos que lo componen, procuran sustraerse a ellos aferrándose a su libertad, mas ¡ay! les faltan fuerzas para la lucha y se entregan, dóciles, a su destino. A la larga, se acomodan bastante bien a su suerte; la libertad no puede menos de estorbarles y darles conciencia de lo que son; consienten, pues, en llevar la existencia para la que han sido hechos en el cuadro tradicional y estricto de su pueblo. Todo está a la altura de estas buenas gentes, muy próximas a su tierra y a su ganado, muy íntegras, muy auténti-

cas; no hay ni la sombra de un artificio que pueda alterar su candor. Se nos cuenta que Mr. Morgan, el droguero, murió después de haber dejado el lugar para llevar un género de vida distinto, al que le había inducido su nueva religión. "The New Hampshire in him sort of roke down"¹ nos dicen con ese aire inocente y virgiliano de sus habitantes que, como George, lloran con facilidad, o tienen, como Emily y los demás, verdadero temor de herir al prójimo. Wilder no ha podido abstenerse de destacar el idealismo ingenuo y desinteresado que con demasiada evidencia falta en el tumulto actual de los grandes centros de población.

A medida que el tiempo avanza o retrocede, según la buena voluntad del director, presenta éste breves crónicas de Grover's Corners, y una de ellas, excesivamente abreviada en la película, alude a lo que hay de más natural y tácito en nuestras costumbres. Las tres comidas cotidianas, el descanso del séptimo día, las prácticas religiosas, sin olvidar el ayuntamiento de macho y hembra, vulgarmente llamado matrimonio, y considerado como la institución doméstica por excelencia. Habla de la especie humana como si hablara de una raza desconocida o que perteneciese a otro planeta. Hay en esta digresión un admirable esfuerzo que tiende a liberarnos de las nociones más esenciales y más terrestres en las que vivimos sumergidos.

El único agonizante de Grover's Corners es el organista Simon Stimson, que —a pesar de su constante y muy explicable ebriedad— pone fin a sus días con una soga al cuello. Hemos asistido a su tragedia en la escena en la cual se esfuerza por dirigir un coro y por transmitir a esa gentecilla una sensibilidad incomprendida. Él tampoco sabe qué hacer con su libertad. Errante entre los vivos, comprende que todo el horario de su vida está regulado de antemano. ¿Qué puede sobrevenir de inesperado en una población en que ni siquiera hay ladrones, donde toda acción es colectiva y simultánea? De esa tibia promiscuidad de Grover's Corners, en la que existe un paralelismo tan absoluto de existencias, sabe que no podrá escapar. Su sensibilidad sólo le sirve para aumentar su confusión. Sabe que todas las mañanas Newsome, el lechero, prosigue apaciblemente su recorrido, que Mrs. Webb y su vecina Mrs. Gibbs, después de poner la mesa del desayuno, se desgañitan simultáneamente llamando a sus hijos, los que después de haber engullido su comida, marcharán a la escuela, y que jamás sobrevendrá nada que sea sorprendente o imprevisto. El caso Stimson simboliza

¹ "Lo que había en él de New Hampshire se vino abajo, en cierto modo".

la excepción, pero no obstante hay en cada uno de estos seres “eternamente humanos”, como se nos dice al final, un asomo de duda en cuanto a su razón de actuar, que indica muy bien que no están ligados individualmente a sus acciones. Las veleidades de Mrs. Gibbs, frente al aire atontado de su vecina, el anhelo de dejar su pueblo para conocer París antes de morir; las reflexiones prenupciales de George que advierte la importancia única del acto que va a cumplir y que, de este modo, anticipa en su conciencia. —“Mamá no quiero envejecer, ¿por qué el mundo me empuja así, por qué he de casarme?”—. George se siente, de pronto, más próximo a la muerte. Emily, a su vez, que ante el altar lamenta su decisión y cree odiar a su futuro esposo, acaba por conformarse ante los reproches de su padre. Pero el grito más desgarrador surge del pastor de la localidad. Calcula haber bendecido más de doscientos matrimonios en una jornada. ¿Cree en esta institución? No lo sabe. “M. desposa a N., la casa, los muebles, las canciones dominicales en el Ford, los primeros reumatismos, los nietos, los segundos reumatismos, el lecho mortuario, la lectura del testamento... una vez entre mil aparece algo interesante”.

Lo que vale para Grover's Corners vale también para muchas ciudades en que la sociedad se ha organizado contra un porvenir contingente, y donde la vida toda de un ser queda estrictamente limitada a accidentes naturales que acepta resignado lo mismo que el peligroso bienestar que le ha cubierto con su costra y del que no puede evadirse. Seamos humanos y gocémonos con los beneficios de esta tierra: aunque no lleguemos, como Emily, muerta, a reaparecer entre los vivos, para llorar las ropas recién planchadas y los baños calientes. En la película Emily no muere; el sueño que la agita mientras nace su niño le hace entrever hasta qué punto permanece aferrada al mundo, y este deseo de vivir aún es lo que la salva. Hacía falta este desenlace para no inducir a error a un público ya bastante ofuscado, por más que modifica todo el sentido de la obra. En el teatro, Emily muere y Wilder la hace retornar a la tierra con muchos otros desaparecidos de Grover's Corners. Salen de sus tumbas y la disuaden de aventurarse entre los vivos. Con todo, Emily obtiene del escenógrafo el privilegio de revivir el día de su aniversario y puede asistir a sus horas de infancia y de amor. Todos los gestos y las palabras toman, al renovarse, una significación que antes se le había escapado. Las escenas íntimas del hogar, la abnegada solicitud de su madre, los rincones familiares del lugar, las frases olvidadas, todo esto renace un momento bajo la varita del director, con precisión cruel. La ilusión es com-

pleta, y sin embargo Emily siente que esa realidad es inasible; se desliza entre su padre y su madre, les habla, les suplica como se suplicaría a una sombra proyectada en la pantalla. Es la vida que pasa, y como huye, falta tiempo para apreciarla. “La vida es demasiado corta” —nos dice Emily—, demasiado rápida, apenas tenemos tiempo para mirarnos el uno al otro”; y dice adiós a su mundo antes de retirarse a la tumba. —“Adiós Grover’s Corners, adiós madre, adiós padre, adiós alimento y café, adiós tic-tac del reloj, adiós flores de mi madre”. —“Mother Gibbs—, dice Emily, al regresar, a su difunta suegra— debí haberla escuchado y no volver entre ellos; he visto su jardín. Están todos tan ciegos”. Y la voz de Stimson horada furiosamente las tinieblas: “Ahora sabe usted lo que era vivir, lo que era pisotear los sentimientos del prójimo y malbaratar el tiempo como si se tuviese un millón de años por delante. Ahora conoce la existencia dichosa que deseaba volver a ver”; y Mother Gibbs le responde: “Usted sabe bien que ésa no es toda la verdad”.

Hay algo de bueno y de verdadero en los placeres de la tierra; de nada sirve tratar de disminuirlos o preferir otros más en relación con lo que uno se imagina ver. A través de los lamentos superfluos de Emily, es incontestable que Wilder ha deseado revelar la obsesión que existe en ciertas mentes de un más allá humano, de un paraíso pródigo en cosas terrestres, tangible y real, construido según una medida y una jerarquía convencional de valores. No es raro que se quiera continuar esta existencia en la otra sin cambiar nada, pero pienso sin cesar en el organista Stimson muerto hace mucho tiempo, más separado que nunca de los vivos, y pienso en Emily, muerta hace tan poco, que —como muchos de sus semejantes— ha de dedicar su vida de ultratumba a llorar las ropas recién planchadas y los baños calientes.

JORGE BEMBERG

Debates sobre Temas sociológicos

RELACIONES INTERAMERICANAS

Reunión del miércoles 7 de agosto de 1940. Asisten: Amado Alonso, Germán Arciniegas, Raúl Arrarás Vergara, Francisco Ayala, José Bianco, Roger Caillois, Patricio Canto, Carlos Alberto Erro, Edith Helman, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo E. Krapf, Eduardo Mallea, Angélica Mendoza, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver y Arnaldo Orfila Reynal. La reunión comienza a las 22 y 15.

SRA. EDITH HELMAN: Yo quisiera hablarles de *América* y no de *las Américas*; de América, que se extiende desde Alaska hasta Tierra del Fuego, del Pacífico al Atlántico. Tierras de grandes problemas y de inmensas posibilidades.

Hasta hace poco, el norteamericano de los Estados Unidos, al decir *América*, se refería sólo a su país; no se le ocurría incluir ni siquiera a sus vecinos más cercanos, México, el Canadá... Hace unos días asistí a una conferencia aquí, en la cual se dijo: "América, para nosotros, empieza en el Río Grande; los Estados Unidos no forman parte de *nuestra América*. Y en cada uno de todos estos países por donde he pasado, he oído hablar tanto de peruanidad, bolivianidad, argentinidad, paraguayidad... Sin embargo, tengo el convencimiento de que hay unas cuantas realidades que nos unen a todos los americanos: nuestra geografía, nuestra historia...

No nos falta espacio vital, no nos faltan tierras; el continente está poco poblado. Tenemos abundancia incomparable de materias primas.

En cuanto a nuestra historia, la mayor

parte somos más o menos inmigrantes; unos vinieron un poco antes, otros un poco después; y no hemos tratado muy bien a los verdaderos americanos que encontramos acá. Nosotros, los americanos de habla inglesa, los aniquilamos; ustedes, los hispanoamericanos, los explotaron y siguen explotándolos. Llegamos a ser naciones gracias a una misma revolución. Lo que dijo Ricardo Rojas de la Argentina puede decirse de todas las naciones americanas, y hay que recordárselo a los críticos escépticos: "Los patriotas sin doctrina, recuerden que la democracia fué postulado de nuestra existencia nacional".

Nos unen, pues, ciertas tradiciones, ciertos ideales y aspiraciones, ciertos conceptos: la dignidad del hombre, la justicia social, la libertad. Demasiado bien sabemos que la democracia todavía no es una realidad para toda América; nos damos cuenta perfectamente de que todavía tendremos que luchar mucho por la libertad; pero no por haber realizado imperfectamente, incompletamente, sus ideales, deja de ser América símbolo de esos ideales. Símbolo y esperanza.

Todavía podríamos hablar del hombre americano, del *hombre telúrico*, que dicen algu-

nos. Pero dejemos las declaraciones generales y vagas, ya que de éstas se ocupan los congresos panamericanos, y hablemos del tema concreto de hoy: relaciones interamericanas.

No vamos a hablar de relaciones políticas porque no entendemos nada de eso; no comprendemos, por ejemplo, cómo es posible formar un frente único democrático de las naciones americanas cuando buena parte de ellas no son democracias. Ni tampoco comprendemos cómo un empréstito de los Estados Unidos al gobierno reaccionario y antipopular de algún país latinoamericano puede servir al fin del acercamiento de nuestros pueblos.

Tampoco hablaremos de relaciones económicas; sólo podría contarles las impresiones horribles que me dejó una visita a la Oroya, centro minero peruano: humo denso y asfixiante, en cincuenta kilómetros a la redonda; casuchas miserables, que ni siquiera tienen el mérito de ser de estilo indígena; gente triste y enfermiza.

No creo que sean peores, menos humanos, los capitalistas yanquis que los demás; peores que todos ellos son los políticos nacionales que se dejan sobornar y venden el patrimonio y la salud de su pueblo. No vamos a hablar de esas cosas, sino de relaciones culturales, en las cuales casi todo queda por hacer.

Para no perder el tiempo, no haremos más que enumerar los medios que nos parecen eficaces para fomentar las relaciones culturales entre nuestros países.

Desde luego, creo que el intercambio de estudiantes y profesores es de suma importancia, con tal que esté bien organizado y dirigido. Nos conviene que vayan a los Estados Unidos los mejores estudiantes de estos países, no sólo de las capitales, sino también,

y acaso principalmente, de las provincias, y no sólo los recomendados por elementos oficiales. De los Estados Unidos quisiera que vinieran sólo personas bien preparadas, que puedan contribuir con sus investigaciones al conocimiento de la vasta herencia de América.

En el Perú, por ejemplo, podrían estudiar, descubrir mucho en arqueología y etnología, naturalmente; pero también podrían estudiar la botánica y la zoología de la selva, la geografía; podrían dar a conocer la organización social de las comunidades cerca de Huancayo o los sistemas de irrigación de los Incas; podrían estudiar los mitos de los antiguos peruanos, el folklore, tantas otras cosas. Debiéramos mandar aquí a nuestros mejores profesores y escritores para que dieran a conocer nuestra cultura.

Deberíamos dar toda la ayuda posible a los investigadores de aquí: becas y ayuda material.

Por ejemplo, en Lima conocí a una mujer, la señora de Ayarza Moraes, que se ha pasado quince años de trabajo constante recogiendo los cantos populares de la costa del Perú, y no hay quien se los publique. También he conocido allí a un escritor joven que tiene coleccionados como doscientos cantos quechuas y que tampoco puede publicarlos. Y como éstos hay muchos casos. Desde los Estados Unidos, por lo menos, podríamos ayudar materialmente a esta gente para que puedan publicar sus trabajos y colecciones.

Las jiras de nuestras orquestas nos parecen un medio admirable de acercamiento. ¡Ojalá pudieran ser mucho más baratas las entradas! Y luego, las exposiciones de arte, incluyendo las de dibujos de los niños. Yo quisiera llevar a Boston dibujos infantiles de los que vi en las escuelas peruanas, muy su-

periores a los de nuestros niños en originalidad, espontaneidad, sentido plástico.

Y exposiciones de libros, revistas, periódicos. Pero, sobre todo, en cuanto a libros, buenas traducciones de nuestros mejores escritores y los de ustedes en ediciones populares. Whitman es un poeta americano y no sólo de los Estados Unidos. Martí es una gran figura americana, y no sólo cubana... Y así, muchos forman parte de nuestra común herencia espiritual.

El cinematógrafo, que es la gran diversión popular, y el teatro, también deben servirnos. El cine que hemos producido hasta ahora en los Estados Unidos es, en gran parte, malo. Hay, naturalmente, excepciones. Debemos procurar que se intensifique la buena producción cinematográfica para que desaparezca la película corriente, que embrutece y da una idea completamente falsa de nuestra vida.

En suma, conozcamos toda nuestra realidad, la de los unos y la de los otros, con todas sus miserias y todas sus grandezas.

SR. GERMÁN ARCINIEGAS: Lo que voy a decir no tiene el carácter de una improvisación en cuanto a las ideas mismas, porque el tema lo he tratado ya en distintas ocasiones, pero sí en cuanto a la manera como voy a exponerlas.

Yo había propuesto como tema, en una reunión anterior, la posibilidad de hacer de América un continente. Y en ese punto, creo que estoy en una pequeña divergencia con la Dra. Helman, porque no creo que hoy podamos considerar a América como un continente.

Un *continente*, más que todo, se determina por el *contenido*, dentro de un determinado espacio geográfico: por un contenido espiri-

tual que en América no está bien definido.

La definición de "continente" que trae el diccionario es una definición defectuosa. El *Diccionario de la Real Academia Española* dice que continente es "grande extensión de tierra que, si bien rodeada de mar, no puede llamarse isla ni península". Como en la mayor parte de las definiciones de esta índole, el *Diccionario* está aquí completamente equivocado; según él Europa no sería un continente, ni Asia tampoco. Lo que determina la continentalidad, lo que diferencia evidentemente a Europa del Asia es un contenido espiritual, una cierta similitud, una semejanza de ideas que forma lo que puede llamarse, con más o menos exactitud, civilización europea.

Me parece que, en América, ha habido continente antes; pero hoy, en realidad, no lo hay. Hubo unidad antes de la venida de los españoles, porque había más comunicación desde Alaska hasta Chile. Las civilizaciones precolombinas fueron transhumantes. Los Mayas penetraron en Sudamérica. En las excavaciones que se han hecho en algunos depósitos arqueológicos de la Guajira, en Colombia, se han encontrado herramientas que tuvieron que ser hechas con material de México y aún de Alaska. Por las cuencas del Paraná, del Amazonas y del Orinoco se movieron unos mismos aborígenes, que luego treparon por la cordillera de los Andes.

En la Colonia, indudablemente, hubo unidad continental, y la hubo en la Independencia. Nosotros vemos cómo la influencia de Filadelfia se extendió a toda Sudamérica cuando la guerra de independencia, y cómo fueron unidos los ejércitos que hicieron la guerra contra España hasta el día en que se aseguró la independencia.

Una vez que se aseguró la independencia,

desapareció por completo el concepto de continentalidad. Inmediatamente, todos estos pequeños países quisieron ser, cada uno, una entidad autónoma, sin ninguna relación con los demás. Que es lo que ha permitido hoy, por ejemplo, que un argentino se considere más cerca de Francia que de Bolivia, que un colombiano se sienta más cerca de España que del Ecuador, y que conozca y sepa más de cosas europeas que de cosas de sus vecinos.

Me parece que lo esencial hoy sería volver a la idea de la continentalidad de América. Es decir, tratar de hacer, en realidad, de América un continente; lo cual no se forma con expresiones vagas, ni con una diplomacia o conferencias panamericanas, que, en realidad, son fórmulas que no conducen a un fondo de conocimiento mutuo.

Mientras estos países no traten de conocerse, no se pueden amar, o no se pueden entender, o no se pueden querer. El hecho de que conozca uno a sus vecinos produce indudablemente entre ambas partes una corriente de simpatía. Muchas veces, la corriente de simpatía los relaciona más con las cosas pequeñas, con las humildes, con las que aparentemente carecen de valor pero que son las que forman los mayores vínculos de atracción y unidad.

En primer término, lo que nosotros debemos tratar es de formar ese continente provocando el conocimiento. Creo que entre los pueblos de América hay grandes semejanzas, principalmente desde el punto de vista de la democracia y de la libertad, aunque estos conceptos no se hayan realizado.

Estoy en un todo de acuerdo con Mrs. Helman al creer que no hay democracia en todos los países de América. Prácticamente, no puede haberla en ninguno, pero la aspiración a la democracia sí es constante en

toda América; aun, y quizás en mayor grado, en los países que no la poseen —cosa que no suele ocurrir en Europa. Los inmigrantes de origen europeo que han llegado a América, han venido en busca de eso: democracia y libertad. Inicialmente de Inglaterra y España, los conquistadores, y luego a todo lo largo de cuatro siglos los colonizadores o simples inmigrantes. Justamente ahora se hizo una encuesta muy curiosa en los Estados Unidos entre los profesores de las universidades de origen europeo, solicitándoles una contestación categórica de por qué habían venido a América. Y es constante en todos la respuesta: "Porque queríamos buscar un ambiente democrático que no encontrábamos en Europa". En los países sudamericanos gobernados por dictaduras, éstas son formas provisionales de gobierno que contrarían la tendencia popular; así fueron las dictaduras que tuvimos durante el siglo pasado.

Pero yo no creo que estas semejanzas sean tan grandes que anulen las profundas diferencias que hay entre unos países y otros en América. Muchas veces son mayores las diferencias que las semejanzas. Así, en la orientación general de vida, basta comparar la conducta de un colombiano y un argentino, o de un chileno y un venezolano, para ver que se trata de tipos muy diversos. Lo cual no creo que, en ningún caso, implique dificultades para la posibilidad de la unión continental. Mayores son las diferencias en Europa entre un holandés y un español, entre un italiano y un alemán, y sin embargo Europa forma una unidad continental.

Me parece que nosotros acentuamos demasiado la diferencia que hay entre la América del Norte y la América del Sur. Esta diferencia es más —creo yo— geográfica que espiritual. Pero hay otras dos Américas que la

geografía no ha contemplado: la América oriental y la América occidental. Si nosotros observamos en la América oriental todas las ciudades que la caracterizan —Nueva York, La Habana, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires—, veremos que son ciudades de corte muy europeo, y que han vivido siempre mirando a Europa. El Atlántico, en realidad, es para ellas un charco, un Canal de la Mancha, un estrecho cada vez más fácil de cruzar. Por eso, el argentino, lo mismo que el brasileño, el cubano, el uruguayo o el neoyorquino, mira mucho más fácilmente a Europa que a lo que tiene a sus espaldas, que es la América occidental.

La América occidental, desde California hasta Chile, es una América en donde se ha concretado más una tradición española; y es una América que se ha replegado en sí misma. La misma circunstancia de tener al frente un mar tan vasto como el Pacífico, la imposibilidad de entrar en relaciones con Asia, ha hecho que esos países tengan una formación cultural muy diferente.

Lo digo, por la experiencia personal que yo mismo he experimentado. Cuando voy a Río de Janeiro o vengo a Buenos Aires, lo que más me sorprende es hallar en ambas partes un tipo de cultura europea que no existe del lado del Pacífico. Con esta circunstancia: en Bogotá, por ejemplo, existe la idea de que la formación cultural ha sido principalmente francesa o inglesa, y hubo largos períodos en la capital colombiana en que se hablaba muy familiarmente francés. Pero no hay nada más falso que atribuirle a Bogotá un corte cultural francés; en realidad, la cultura de esa ciudad es una cultura de raíz española. Y se siente uno más dentro de esa tradición en California, hablando inglés, que en Buenos Aires hablando castellano.

Ahora bien; en los Estados Unidos, entre Nueva York y San Francisco, hay una diferencia tan profunda como la que puede haber entre Nueva York y el resto de las naciones del lado del Pacífico.

A mi modo de ver, pues, el problema de América tiene que encarar el conocimiento de estos países, no simplemente de Norte a Sur, sino de Oriente a Occidente. En este sentido, tan provechoso sería el que fueran profesores argentinos a los Estados Unidos, como el que se estableciera la costumbre de que en los veranos los profesores de la Argentina visitaran los países de Sudamérica del lado del Pacífico.

Por más grande que sea la información que tenga hoy un argentino respecto de cualquier país de Sudamérica, del lado del Pacífico, es siempre fundamentalmente defectuosa. En multitud de ocasiones, he tratado de comprobarlo, y el resultado ha sido siempre el mismo. Cuando le he preguntado a un argentino qué opinión tiene, por ejemplo, sobre la composición racial de Colombia, qué raza predomina allí, qué influencia tienen el español, el indio o el negro en mi país, las respuestas son tan vagas, que, en realidad, parecen referirse al Alto Perú o a las Antillas.

Exactamente lo mismo nos ocurre a nosotros respecto de la Argentina. Las relaciones que tenemos de la Argentina en la mayor parte de América —y en los Estados Unidos sobre todo— se fundan en el tipo del argentino rico que llegó a París en épocas de gran holgura, dejando la impresión de un nuevo rico, vanidoso, presuntuoso y difícil, tipo que no corresponde en nada al argentino que aquí se encuentra y se conoce.

Yo tengo la seguridad de que el conocimiento aclara una gran cantidad de errores y presenta un panorama totalmente distinto, que puede ser peor o mejor —eso no tiene

la más leve importancia— del que habitualmente se imagina. Hay muchos individuos que se han formado la idea de que, al llegar a una ciudad del Pacífico, por ejemplo, van a encontrar un ambiente de tipo castellano del siglo XVI, o el corte cultural, o la arquitectura, o el lenguaje perfectamente español; y de pronto se encuentran con pueblos de indios, que ni siquiera hablan el español, pues todavía conservan sus idiomas primitivos. Yo creo que cualquiera que sea la impresión que deje la realidad, el simple hecho de su conocimiento contribuye a formarse una idea de lo que es América, y eso es lo esencial.

Nosotros, que más o menos nos damos cuenta del tremendo problema que se le presenta a América, frente al derrumbamiento que se está produciendo del mundo europeo, sabemos que es urgente que esta masa continental se convierta, en realidad, en un continente. Tenemos la convicción de que esto es así y que debe ser así. Pero un continente, como una nacionalidad o como una idea política cualquiera, no se forma porque a uno se le ocurra repentinamente que ha de formarse. Es necesario que haya un proceso de elaboración, más o menos lento, pero muy seguro y consciente, para que pueda llegarse a ese resultado. Tengo la impresión de que todo lo que hacen, por ejemplo, en el terreno político con la más loable intención, las conferencias panamericanas, que todo lo que se apoya en puros vínculos diplomáticos, cada día será más pobre como realización. La diplomacia pudo tener mayor importancia, en la época en que las fórmulas eran más veneradas —a fines de la Edad Media—, cuando el formulismo era una cosa perfecta. Pero hoy, cuando ya empiezan a desaparecer el cuello duro y las condecora-

ciones, y se pierde, no digamos la fe, pero sí el valor en los tratados; cuando, para ser sinceros, lo que se ha escrito en los papeles empieza a ser de verdad “un papel”, es necesario crear una cosa más viva y que vaya más a la realidad. En el caso nuestro: que vaya más a la realidad de América.

Creo que el sistema de intercambio de profesores, las comunicaciones culturales, en una palabra, la labor puramente intelectual, tendría una importancia decisiva en este asunto. Otro aspecto totalmente distinto es la creación de vínculos comerciales, materiales, que tienen mayor importancia como causa de formación en las ideas; pero el conocimiento intelectual, en nuestro caso, va a servir mucho a la creación de esa base material. El día que se sepa, en realidad, lo que es un país de éstos; el día que la Argentina se entere de lo que es el Paraguay —es decir, su vecino—; el día que nosotros, los colombianos, sepamos lo que es el Ecuador; el día que entre todos los americanos haya un conocimiento mutuo, es seguro que abrirán los ojos los comerciantes y los interesados en la interdependencia material de estos países. Por esto, el papel nuestro, el de los intelectuales, de simple auxiliar, es hoy tan valioso.

Ahora, puntualizar ya en un programa un poco más vasto lo que podría ser la manera de desarrollarlo, es asunto que, desde luego, yo no puedo improvisar y que alargaría demasiado mi exposición. Lo que yo he pretendido anunciar es una simple preocupación. Y nada más.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Las palabras de Arciniegas han sido tan brillantes en su apariencia de sencillez, que, como siempre

que él habla o escribe, abren perspectivas nuevas.

La diferencia que establece entre la América que mira hacia el Atlántico —y por lo tanto hacia Europa— y la América que mira hacia el Pacífico —y por lo tanto hacia el vacío, porque el Oriente está demasiado lejos— es una diferencia muy real que yo he sentido mucho. La distancia respecto de Asia es tan grande, que la comunicación con ella será siempre algo muy tenue. Comunicaciones hay, pero no intercambio real, humano; la inmigración asiática nunca se funde con la población de América.

Observa Arciniegas que de California a Chile hay una base hispánica en la cultura. Lo que los españoles trajeron a América subsiste allí sin la gran alteración que han producido del lado del Atlántico las comunicaciones más constantes con Europa.

Efectivamente; aun en California —donde, naturalmente, el cambio ha sido mucho mayor, porque ha habido cambio de idioma— existe esa raíz hispánica que se ve asomar, ya que no en el idioma, en el gusto. Hay un matiz hispánico en los gustos de mucha gente, en California, y hay una manera de vivir californiana que es tan distinta de la neoyorquina o de la bostoniana, en general de la del Este y de la del Centro, del Middle West, uno se siente en otro medio. No en vano hay que atravesar tan grandes distancias, y mucha parte de ellas desiertas.

José Ortega y Gasset, que tan bien sabe observar lo concreto, cuando fué a Chile (era la primera vez que él atravesaba la América, dejando el lado del Atlántico para conocer el lado del Pacífico) dijo que Chile era cosa muy distinta de lo que conocía de América y que le daba idea, por fin, de lo que había

sido la vida colonial. En resumen: la base hispánica se mantiene allí.

Nada más convincente que observar en Santiago de Chile, dando la espalda a la Catedral, las preciosas calles que quedan enfrente y que, a pesar de estar en el centro, son tan de ciudad antigua española, especialmente la calle que queda a mano derecha. Es una calle que podría ser de mi ciudad natal, Santo Domingo.

Y Sarmiento también había observado estas cosas. Sarmiento lo ha visto todo: la diferencia, en América, en el momento de la independencia, entre las ciudades que miran al Atlántico, como Buenos Aires y Caracas —los dos centros de la emancipación sudamericana—, frente a México, donde el movimiento de independencia era un movimiento de base indígena dirigido por los curas de pueblo: una fusión hispanoindígena producía aquel movimiento.

Y una de las cosas más importantes, en este caso, para la América española, o hispánica en general, es que los del Atlántico conozcan a los del Pacífico y viceversa. En este momento se puede decir que los del Pacífico desean conocer el lado del Atlántico y hay que estimular a los del Atlántico para que quieran conocer el lado del Pacífico, que tan lejano les parece, y conocerlo íntimamente, no con ojos de turista.

Porque hay algo más, y es que la América atlántica termina pronto. No es necesario cruzar la Cordillera de los Andes para encontrarse con la América hispanoindígena. He dicho alguna vez que la América central comienza en Córdoba, la antigua Córdoba del Tucumán. Ya, efectivamente, en Córdoba estamos en otra América que no es la América de Buenos Aires, de Rosario, de Montevideo. Es otra cosa: ya abunda el tipo mestizo; ya

el modo de ser de la gente es muy distinto; el modo de hablar, entonación y vocabulario; el modo de cantar y bailar; en resumen, todo. Y no en vano el porteño en Córdoba se siente ante una cosa pintoresca, que atribuye a las montañas; pero no son las montañas solas: todo es distinto en Córdoba.

En resumen: todos estamos de acuerdo en que es importante conocernos y movernos. Como ha dicho Arciniegas hoy, y dijo el otro día en un artículo, la conquista española arraigó al indio, lo redujo, y no pudo moverse tanto como antes. Eso, en cierto sentido. El indio hoy puede moverse, y de hecho se sigue moviendo, trasladándose, desplazándose de un lado a otro dentro de su país y de un país a otro; pero ya no con el interés de antes, sino por hábito o por necesidad. En los caminos de México he observado esa movilidad del indio, que se traslada a pie: me convence de que la humanidad se ha movido siempre, de modo incesante, a pesar de la falta de vehículos; que, probablemente, la humanidad prehistórica se movía tanto como la actual, a pesar de no tener automóviles. Al ver en México las filas de indios que recorren a pie las distancias que otros salvamos en automóviles he pensado: si esto es así, ahora que el indio es dueño de muy poca cosa, ¿qué sería en tiempo de los aztecas? No en vano Moctezuma tenía esas comunicaciones tan rápidas y tan inmediatas que, apenas llegaba alguien a sus costas, ya estaba informado de todo en jeroglíficos minuciosos.

De modo que nuestra necesidad de comunicaciones, si la llevamos a la realidad, hará una gran cosa si le devuelve al indio la posibilidad de moverse, pero no ya como un mero paria que anda buscando cómo acomodarse.

En cuanto al conocimiento y los efectos

que produce, yo creo que siempre son buenos. Porque, al fin y al cabo, al hombre, adondequiera que va, le encanta encontrar algo curioso, algo nuevo; aunque no sepa apreciarlo, al parecer, le queda el recuerdo.

Decía Charles Lamb, una vez que hablaba de un individuo, con su tartamudeo característico: "Detesto a ese individuo". Y cuando uno de sus amigos le advirtió: "¡Pero Charles, si tú no lo conoces!" él respondió: "Naturalmente: no puedo odiar a un individuo a quien conozco".

Eso se puede aplicar a las relaciones entre México y los Estados Unidos. Hasta 1910, México y los Estados Unidos eran dos vecinos que no se comunicaban. Yo creo que en México podía contar con los dedos de la mano los mexicanos conocidos míos que habían ido a los Estados Unidos; y de los Estados Unidos eran pocos los norteamericanos que habían ido a México. Y en México había, respecto de los Estados Unidos, una gran hostilidad. La guerra del 46 no se había olvidado. Pero vino 1910, y México entró en el período de la Revolución. Entre 1910 y 1920, dos millones de mexicanos se trasladaron a los Estados Unidos. No sería de esperar que esta visita les produjese meramente admiración, pero sí los familiarizó con aquel país. Tampoco pasaron súbitamente a creer en la buena fe de la política norteamericana; pero la hostilidad desapareció: el conocerlos hace que ya no los detesten.

Ahora, ya convenimos todos en la necesidad del conocimiento, el problema inmediato es el de los medios. Y no sé si tenemos en nuestras manos muchos de esos medios... Nuestra contribución será, por lo pronto, pensar en determinarlos.

SR. EDUARDO E. KRAPP: Quisiera formular una pregunta —y no es una pregunta retórica sino una pregunta de veras, que me conmueve desde hace rato— con respecto de América.

Es evidente que en las relaciones interamericanas se aspira a lo que llamaríamos “la continentalización”; y es evidente que, para poder llegar a conocerse, es conveniente acercarse. Indudablemente esperamos —y casi podemos decir que estamos seguros— que se ha de producir algo así como una “continentalización”. Pero me pregunto a veces —y me interesaría la opinión de los entendidos— si no se producirá, al mismo tiempo, y por los mismos procesos del conocimiento y del acercamiento, una especie de “descontinentalización”.

Me parece que la idea de América, la idea de la libertad, de la historia común del levantamiento contra los opresores, de las “posibilidades ilimitadas” para el inmigrante, asegura actualmente una cierta unidad espiritual continental. Si llegamos a conocernos mejor de un país a otro, seguramente se llegará también a un mejor conocimiento de las realidades, ¿pero no se perderá al mismo tiempo una gran parte de la fe mística en América, esa creencia de que aquí todo se va a arreglar, que se va a llegar casi automáticamente a la libertad, que por el mismo poder del suelo americano se va a liberar quienquiera llegue?

Dijo el Dr. Arciniegas, y con mucha razón, que antes había en América mayor conciencia de continente. Pues, exactamente, lo mismo se ha producido en Europa. En Europa, hace algunos siglos, había una unidad espiritual mucho más grande que hoy hasta el punto de que, por ejemplo, durante cierta época la influencia francesa dominaba com-

pletamente y, durante otra, la idea del Renacimiento; o, antes aún, la cristiandad de la Edad Media constituía, realmente, una especie de imperio europeo, que pasaba por encima de los poderes políticos. Es decir, que entonces se tenía en Europa más o menos lo mismo que observamos actualmente en las conferencias panamericanas: los gobiernos conferenciaban muy diplomáticamente, pero no se llegaba, en realidad, a nada concreto; hubo, en cambio, algo así como una continentalidad de las poblaciones, y sólo cuando las poblaciones llegaron a conocerse mejor, empezaron los roces, y se produjeron, ya no guerras dinásticas, sino guerras populares.

¿No es de temer que algo parecido se produzca también en América? Los pueblos se acercan, los pueblos se conocen mejor, pero al mismo tiempo, tal vez, crece el peligro de conflictos y de guerras. No sé si este temor está justificado, no lo quiero creer. Pero me parece un problema que requiere cierta atención.

SR. CARLOS ALBERTO ERRO: Me parece muy bien puesta la pregunta, y, desde luego, muy conveniente que nos esforcemos en aclararla.

La idea de continente es muy distinta —en mi concepto— en el caso de Europa y en el caso de América.

Yo no tengo ninguna duda de que Europa es un continente. Europa es un continente —en mi concepto— por el poder aglutinante o unificador de la cultura europea, de lo que se puede llamar “la cultura europea”, en la que participan, por lo menos, los principales pueblos de Europa. Pero, probablemente, no es un continente porque los distintos pueblos que forman Europa se conozcan entre sí muy bien. Es posible que los pue-

blos de Europa se desconozcan entre sí profundamente.

Algunas veces, estando en Europa, he pensado en el tremendo mosaico que es ese continente. Me acordaba, estando en Francia, por ejemplo, que a pocas horas estaba Alemania —que era otro mundo distinto—, que a poca horas estaba España —que era otro mundo también diferente— y que a pocas horas estaba Gran Bretaña —que también, en gran parte, es otro mundo distinto.

Sin embargo, es indudable que hay, por lo menos en los principales pueblos europeos, un elemento unificador, que es lo que podemos llamar “la civilización occidental” o “la cultura europea”.

No creo, repito, que entre los pueblos de Europa haya un profundo conocimiento recíproco. De modo, pues, que podemos concebir perfectamente un real continente sin que exista entre los pueblos que lo integran un profundo conocimiento. Tenemos que aclarar la medida del conocimiento necesario, según sean los factores que concurren a formar la realidad de un continente.

En América, el problema del continente es muy distinto. Cuando uno mira Europa y piensa en la diversidad de lenguas, en las diversas formas en que se han constituido los distintos pueblos, en la diversidad de su historia, etc., uno se asombra de que Europa pueda ser un continente. En cambio, cuando uno mira a América, y observa que todos los pueblos han surgido en la misma forma, que todos los pueblos han adquirido personalidad propia y han aparecido en el mundo respondiendo a un mismo ideal político, y repara en que hay muy poca diversidad de lenguas y también una diversidad de razas que, probablemente, no es tan profunda como en Europa —por lo menos no son tan pro-

fundos los elementos dominantes de las razas—, uno se pregunta con asombro cómo América no es un verdadero continente. Es decir, que el asombro frente a uno y otro caso proviene de causas o de características completamente distintas.

Europa es un continente gracias a la comunidad de la cultura, a la comunidad de la civilización, y a que las comunicaciones, el intercambio, están perfectamente organizados para hacer de Europa un continente.

En cambio, en América, hay una cantidad de elementos comunes —¿verdad?— que no existen en Europa. Y, sin embargo, nosotros en este momento estamos preocupados con la idea de cómo hacer de América un continente. Éste es el tema de nuestra conversación.

Ahora; ¿por qué América, teniendo tantos elementos de comunidad, de solidaridad, de unificación, no es un verdadero continente?

Yo creo que, desde luego, el problema es complejo. Podemos observar lo siguiente:

En momentos en que América tenía muchas menos facilidades que hoy todavía para conocerse mutuamente —como era en el momento de la emancipación— existía una conciencia continental real, una conciencia continental que hoy nos falta. Y, sin embargo, los medios para conocerse en ese momento eran más difíciles que hoy. Hoy las comunicaciones son muy deficientes, pero entonces eran todavía mucho más deficientes.

Vemos, pues, cómo la idea de la continentalidad puede surgir obedeciendo a causas o a circunstancias completamente diferentes del conocimiento recíproco.

Nosotros hemos tenido, en el momento de la emancipación —la tuvieron sobre todo los prohombres americanos—, la idea de la continentalidad. Y era lógico que la tuvieran.

Desde luego, estaban en un momento de rebelión contra una fuerza común, se sentían hermanados frente a un mismo peligro, que era el de seguir bajo el predominio político de Europa; y todo eso, indudablemente, une. Después, esa circunstancia favorable desapareció, y, al desaparecer esa circunstancia favorable, la idea de continentalidad, o la conciencia de continentalidad o la realidad del continente americano fué amenguando.

Todos los países americanos —como decía— han surgido con un idéntico ideal político —la democracia, la libertad de la persona, la igualdad, la fraternidad— y con una profunda diferencia con los demás países de Europa. Y —como decía muy bien la doctora Helman— la circunstancia de que los países americanos no hayan podido realizar completamente su ideal, no quiere decir que no sean un auténtico símbolo de ese ideal.

Esa comunidad de ideales políticos desde el nacimiento es —aparentemente por lo menos— una magnífica ventaja para que la continentalidad sea una realidad en América, y puede ser una tremenda fuerza de unificación.

Sin embargo, en los hechos esa fuerza no es tan tremenda. Si fuéramos nosotros a considerar las cosas abstrayéndonos, apartándonos de la realidad, y en el plano puramente lógico, deberíamos llegar a la conclusión de que el americano, por lo mismo que ha aparecido en el mundo, que su razón de ser y la causa determinante de su aparición en el mundo ha sido conquistar la independencia, y conquistar la igualdad, y conquistar la fraternidad, debiera tener una reacción instintiva frente a los regímenes o a las tentativas que contrarían ese ideal común. Sin embargo, esa reacción instintiva,

profundísima, en muchos casos no existe. No existe, probablemente, porque muchos de los hombres que habitan en América son hombres que no están profundamente arraigados en el continente; porque para tener reacciones instintivas profundas se necesitan ciertas condiciones esenciales. El instinto es una cosa que supone una formación muy lenta, que requiere antecedentes prolongadísimos en el tiempo; y nosotros no los tenemos.

Hallándonos nosotros en una situación muy favorable para constituir un continente, nos encontramos con que, a pesar de ello, chocamos con grandes dificultades para llegar a su realidad.

¿En qué consisten esas dificultades? ¿Qué debemos hacer para vencerlas?

Desde luego, el mutuo conocimiento podría, en nuestro caso, llevarnos a acercarnos más a la realidad de un continente. Por eso no participo de la duda del Dr. Krapf, en ese sentido. No creo que el conocimiento más profundo entre los pueblos de América pudiera alejarlos entre sí, pudiera distanciarlos. Creo que los va a aproximar, y que los va a unificar. Estoy convencido, sobre todo, de que este momento del mundo es extraordinariamente propicio para que esa conciencia americana se forme.

En ciertos aspectos, nos encontramos en una situación parecida a la que provocó en América una verdadera conciencia de la continentalidad, que fué la de tener el convencimiento o la certidumbre de hallarse frente a un peligro común; se reproduce, en determinado sentido, la misma circunstancia histórica, que favorece enormemente la formación de la conciencia del continente. (No olvidemos que hoy también América se halla ante la certidumbre de un peligro común).

El mutuo conocimiento —en mi concepto— no va a distanciar a los pueblos americanos, sino que los va a aproximar; entre otros motivos por lo que ha señalado Henríquez Ureña. Porque el conocimiento, no creo yo que conduzca al odio, al distanciamiento, sino en general al amor. Y, sobre todo, porque se trata de un conocimiento que nos va a acercar a algo que no es profundamente heterogéneo sino que, en su esencia, en su fondo más íntimo, es homogéneo.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Creo con el Dr. ERTO que no es muy de temer que el conocerse provoque fricciones; ante todo, por esa homogeneidad fundamental que hace fácil el entendimiento.

En Europa ocurre muchas veces que el gran éxito de un país provoca los recelos de otro. No diremos que en América eso no suceda en alguna medida; pero, a veces, sucede lo contrario. Voy a citar un caso:

Después de diez años de lo que se llama en México *la Revolución*, empezó un asentamiento y un florecimiento, especialmente en el aspecto cultural, con gran actividad universitaria y creación de escuelas populares y rurales; se produjo una vibración que alcanzó a toda América y despertó grandes simpatías. Y en los países inmediatamente próximos a México, los de la estrictamente llamada América Central, desde Guatemala hasta Costa Rica, la curiosidad fué tal, que una multitud de gentes emprendió el viaje hacia México, y algunos hicieron parte del viaje a pie. México, de pronto, se convirtió en una Meca a donde había que ir: allí estaba realizándose algo que les interesaba y que podía servirles a todos. Muchos de ellos —por ejemplo los intelectuales— no podían quedarse; la mayor parte, después,

regresaron; pero regresaron habiendo aprendido mucho.

De modo que, a pesar de que haya recelos, hay también un entusiasmo que indica que, al fin y al cabo, todo eso es nuestro: somos unos. Si México hace algo: ¡muy bien! —Eso, a fin de cuentas, le pertenece a Costa Rica, y Costa Rica se siente con el derecho de irlo a utilizar.

Y a veces hemos dicho, en las conversaciones del año pasado, la actitud respecto de Buenos Aires. Hay, naturalmente, recelo. Pero hay también el deseo de venir a Buenos Aires, que todos quieren conocer.

En cuanto a los Estados Unidos, creo que la actual "política de la buena vecindad" tiene probablemente una base en este hecho: con la crisis que ha comenzado hace once años, los Estados Unidos han visto que necesitan dedicarse de nuevo a un proceso de integración, que hay problemas internos que es necesario resolver, y que la solución va a estar en la ocupación más eficaz de su misma tierra. Automáticamente, se apartan los ojos de cualquiera especie de imperialismo expansionista.

¿Cree usted que hay algo de esto, doctora Helman, o lo siente de modo distinto?

SRA. EDITH HELMAN: Efectivamente, creo que es cierto. Además, la opinión pública ha cambiado mucho al respecto. No concibo que hoy el pueblo consienta que se invada un país vecino.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: La opinión pública norteamericana es muy enérgica en ese sentido. Y lo afirmo porque las últimas manifestaciones, que no eran estrictamente de expansión, pero que sí eran de ingerencia un poco demasiado insistente de los paí-

ses vecinos de lengua española, fueron muy censurados en los tiempos de Wilson. Y, apenas bajó Wilson del poder, la política norteamericana empezó a cambiar.

Ahora bien: hay una aparente paradoja, que ha señalado el doctor Erro, y es que, siendo menos fácil la comunicación en la época de la independencia que hoy, haya habido, sin embargo, más intercomunicación real y más espíritu común. Pero en realidad lo que ocurre es que las comunicaciones se han hecho fáciles, pero no entre las Américas; se han hecho fáciles con Europa. Hay ahora grandes líneas de vapores, pero entre Europa y América; no entre las Américas.

Es más: en 1914 no había comunicación directa entre Buenos Aires y Nueva York; la comunicación se ha establecido durante la guerra europea. Antes, para ir a Nueva York, desde Buenos Aires, había que pasar por Europa; como hoy, para ir a ciertos países de América Española, desde Buenos Aires, hay que pasar por Nueva York.

Esperemos que, con el tiempo, las comunicaciones al fin sean directas. En realidad, ha sucedido algo que ocurre tantas veces con las comunicaciones. Se dice siempre que el ferrocarril desarrolla la vida de los pueblos; de pronto, el ferrocarril se establece entre dos puntos, y lo que hace es barrer con los pueblos intermedios, porque todo el mundo se va a las ciudades mayores que hay en los dos extremos del ramal. De modo que las comunicaciones producen, a veces, efectos distintos de los que se esperan. Claro que, en este caso nuestro, no podría suceder una cosa tan total, porque no es de creer que una nación entera se volcase sobre otra, simplemente porque han mejorado las comunicaciones.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: Yo quería preguntar a la doctora Helman cuál fué la opinión en Estados Unidos, en general, cuando la cuestión última del petróleo mexicano, que es donde se dió la prueba más evidente de la buena vecindad.

SRA. EDITH HELMAN: ¿La opinión general? Bueno; si usted se refiere a la opinión de la prensa, le diré que la prensa en Estados Unidos —como en todas partes— está en manos de los “republicanos”, de los que nosotros llamamos “republicanos”. Es decir, el 95 por 100 de la prensa estadounidense es prensa capitalista, prensa conservadora.

Pero si usted se refiere a la opinión del pueblo consciente, del pueblo que está enterado de la verdad de los hechos, le diré que, naturalmente, ella favorecía al pueblo mexicano; es decir, a la posesión mejicana de su patrimonio natural y legítimo.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: Eso confirmaría lo que acaba de decir Henríquez Ureña; es decir, que ya no podría haber ingerencia de parte de los Estados Unidos en contra de los países latinoamericanos.

Yo creo que en el asunto del petróleo mexicano, Estados Unidos dió una de las pruebas que han inspirado más confianza a toda la América Latina, demostrando que la política de buena voluntad no se basa solamente en palabras.

SRA. EDITH HELMAN: Yo creo que eso depende, en gran parte, de los gobernantes que estén en el poder. La opinión pública norteamericana enterada es una mínima parte de la población de los Estados Unidos; y si al resto de la población, por intermedio de los diarios, se le hace creer en una ofen-

sa al pabellón norteamericano, inmediatamente estará en favor de la intervención americana. Intervención que, si volviesen los tiempos de Wilson, sería para proteger intereses económicos.

De manera que la unidad americana va a depender también del rumbo que tomen las cosas en los Estados Unidos, y de que haya en el futuro gobiernos que le permitan a ese pueblo interiorizarse bien de las condiciones que existen en el resto de América. En los últimos ocho años bastante se ha hecho. Anteriormente no se conocía nada de lo que existe al sur de Río Grande. Ésta es mi opinión.

SR. RAÚL ARRARÁS VERGARA: Yo me pregunto para qué nos serviría ese conocimiento y, en general, esa unidad de América que —como dice Henríquez Ureña— es una aspiración común.

Deberíamos preguntarnos qué fin tiene esa unidad de América; por qué la vamos a hacer.

Hemos dicho que todos lo esperamos; pero, a mi modo de ver, sería más práctico conocer el fin que nos lleva a ello. Porque muchas energías se han perdido por no saber bien a dónde se quiere llegar. Y en materia de América, la desvinculación que existe entre las distintas partes es muy lógica y muy explicable. Si nosotros buscamos su contacto, tendremos que decir que las queremos unir para el comercio, para la cultura, por una civilización americana, por una amistad, por una fuerza, por una energía americana. Hemos de tener un norte, un norte concreto y realizable.

El hecho de que exista una América oriental y una América occidental, y el hecho de que Buenos Aires sea distinto de Lima o

Santiago, y de que los argentinos no tengan la menor idea de qué parte de Colombia está poblada de negros o qué población es la que existe entre las cordilleras, es consecuencia de la falta de relación.

La unidad de América —a mi entender— en este momento depende de Europa. La unidad nuestra es ahora Europa; porque, como dijo alguien recién, las cosas buenas se las va a buscar adonde están. América ha ido a buscar allá lo que ha necesitado.

Antes de la independencia la unidad la daba España, y porque necesitábamos de España íbamos a buscarla allá. Entonces eso nos unía a los españoles, como nos ha unido luego la cultura a Francia, la ciencia a Alemania o el comercio a Inglaterra.

Más se conoce a los americanos en Europa que en América porque es más fácil el encuentro de americanos en Europa que en América. El problema no es sólo de todos los países de América, es aun entre las provincias argentinas. En San Juan no hay una docena de riojanos; ni en La Rioja hay una docena de sanjuaninos. Y yo no creo que haya sanjuaninos que vayan a La Rioja, ni riojanos que vayan a San Juan, ni que haya una comunicación entre esas dos provincias. Para que los sanjuaninos se conozcan con los riojanos tienen que venir a Buenos Aires.

Debe haber algo pues. También es interesante que sanjuaninos y riojanos se conozcan; pero tiene que haber algún motivo. Y una de dos: o se conocen por intermedio de Buenos Aires, como un algo superior a las necesidades cotidianas, como cultura simplemente, o puede haber un vínculo estrecho asentado y fundamentado en otras razones.

Esto es lo que tendríamos que buscar entre las Américas, entre los distintos países

de América: un vínculo estrecho, firme y perdurable.

Eso no puede ser sólo la aspiración de un ideal democrático y de libertad, si no lo hacemos con la idea de que ha de significar una fuerza ante el resto del mundo. De que el ideal democrático y el ideal liberal de cada uno se sienta reforzado por el del resto de América. Y, como decía muy bien el doctor Erro, tenemos que llegar a esa unión en este momento, y constituir la fuerza de América basándonos en un ideal de humanidad.

Yo concretaría esto diciendo que si yo deseo la unidad de América, es porque deseo el bien de la humanidad; y si deseo el bien de la humanidad, empiezo por desear el bien de mi país, y después del bien de mi país, el bien de América. De tal manera que todo el resto del Continente puede ayudarnos a nosotros y nosotros ayudarles a ellos.

Esta unión ha de venir también del conocimiento de los pueblos, a través de la vida de ellos mismos.

Una de las cosas más interesantes y que más puede contribuir a este conocimiento es la divulgación de la literatura que realmente pinte la vida y el alma de cada pueblo. Mariano Azuelo, por ejemplo, ha de enseñarnos más de México que muchos otros libros.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Yo me voy a permitir una pregunta: ¿Ustedes no creen que, aparte del factor geográfico o de espacio que divide o diferencia a América, existe un factor distinto, un factor humano, y que sería necesario también que la América Española se compenetrara con la América indígena, y que no viviesen una separada de la otra, como dos extrañas?

Creo que, por ejemplo en Lima, en la sociedad limeña, pongamos por caso, se está

tan lejos de la población indígena como un banquero de Nueva York de un indio mexicano. Ahí, conviviendo en el mismo espacio territorial, hay un desconocimiento y un alejamiento total de las dos Américas.

Por eso pienso que no es sólo un factor de cultura o de geografía sino también un factor humano muy distinto el que ha hecho que ahora América esté partida en dos. Por eso, tal vez, la Argentina tiene una diferenciación tan grande con todos los demás países de América; porque nosotros somos estrictamente cosmopolitas.

¿Por qué en México hay esa grandeza de reacción distinta en los distintos párrafos de su vida, en lo político, en lo social, en lo artístico? Simplemente porque el gran factor del indígena y el mestizo ha desplazado a la pequeña capa europeizante y ha tomado la dirección de todas las cosas del país. En el ambiente cultural, en el ambiente político, en la dirección del país en los últimos treinta años, en el momento —digamos— de la revolución, en todos los aspectos de la vida mexicana ha habido una exaltación de lo indígena. Y yo me acuerdo que el gran orgullo de los muchachos intelectuales, de los estudiantes, era el descubrir su descendencia indígena. Había entonces una sobreestimación de todo ese valor indígena; mientras que aquí, en los de más al Sur, no ocurre eso.

Y lo mismo ocurre en Lima que en Chile, donde la clase dirigente está tan separada y cortada del elemento popular.

De modo que el primer conocimiento, el primer intercambio para el cual no se necesitan carreteras ni ferrocarriles es éste: el de esa compenetración de los distintos factores étnicos que nos están componiendo, y que, seguramente, ha de ser una de las razones

fundamentales para que esté tan resquebrajada y tan separada esta América.

Cuando los argentinos van a Bolivia, por ejemplo, vienen desesperados o desanimados y desilusionados porque ven el estado del indígena, el estado de atraso social en que se encuentra.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: ¿Y si fueran a Santiago del Estero, cómo volverían?

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: ¿Y por qué? Porque no comprenden la situación de vida tan diferente en una y otra parte. Porque no saben hacer otra cosa que comparar las comodidades del "City Hotel" con las comodidades que no hay en un modesto hotel de un pueblito de Bolivia. Pero no estudian, ni comprenden, ni preguntan qué otras cosas de valor hay en ese pueblo.

Y lo mismo les pasará a los blancos de Lima o de la Paz, seguramente: ellos tampoco saben ni comprenden los problemas del indígena que tienen a dos cuadras de su casa.

De modo que tal vez ése sea otro problema, que me parece muy importante aparte del factor geográfico o territorial señalado. Nada más.

SR. GERMÁN ARCINIEGAS: Yo creo que el problema es éste: todo pueblo, toda nación tiene esa división de la sociedad. El problema no es particularmente del indio, sino también del negro, del mestizo e incluso del blanco que no pertenezca a la sociedad adinerada y distinguida.

Hoy, el problema de América es conocimiento de sociedad. Sí, existe como conocimiento de gobierno. (Como puede ocurrir —digamos— en la diplomacia, donde se po-

nen en contacto los gobiernos; y ese conocimiento es una cosa postiza, pues está por encima de la realidad de la nación misma). Pero el problema, ahora, es el de conocer precisamente el elemento popular, el de poner a las pueblos en comunicación.

El choque existirá siempre en toda sociedad, y el desconocimiento también, entre el grupo que está superpuesto, que tiene intereses de clase, con respecto a la anchísima capa del elemento puramente popular.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL. — Pero el rico de la clase dirigente, pongamos de Buenos Aires, conoce al proletariado porteño; y tal vez lo desprecia socialmente, todo lo que usted quiera, porque la división de clases existe y existirá siempre, pero yo creo que su actitud es distinta a la del limeño, porque éste se siente de una especie humana diferente a la del indio.

SR. GERMÁN ARCINIEGAS: Yo no sé hasta qué punto el rico porteño se ha dado cuenta exacta de lo que es la población misma de Buenos Aires, en todo su complejo íntimo; yo no sé si se ha dado cuenta de lo que es y significa el elemento popular de la ciudad de Buenos Aires, y mucho menos si se ha dado cuenta de lo que es el de Jujuy o Mendoza.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: Yo creo que del indígena es de quien sabe menos.

SR. GERMÁN ARCINIEGAS: Porque muchas veces ocurre esto: Toda esa inmensa cantidad de españoles que se quedó fuera de las ciudades principales, y que hoy está confundida, en realidad, con el elemento indígena, no cuenta en la sociedad dirigente.

Ahora bien; este desconocimiento de la

clase alta hacia la clase popular es un problema nacional; es un problema que cada país tiene que resolver por su cuenta; es un problema que lo tenemos todos. En unos países se habrá resuelto mejor que en otros; pero el problema subsiste. Claro que hay sociedades un poco más cerradas, aristocráticas, impermeables; y en éstas, naturalmente, la solución es más difícil.

Éste es el caso que tratan de afrontar precisamente los intelectuales de América. La tendencia general de la literatura americana es esa: revelar lo que hay en las capas populares de los países.

Creo que el problema acabará de aclararse y resolverse con la mejor compenetración americana. El argentino que va al Perú le puede descubrir al mismo peruano, al mismo blanco de Lima, lo que ha visto.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Yo afirmaba que incluso el hombre de la clase media, si se encuentra frente al problema indio o al estado de vida india, no lo comprende. De modo que, a mi modo de ver, no es tanto un problema de clases. Es otra la cuestión: la de saber comprender un estado de vida diferente del propio.

SR. GERMÁN ARCINIEGAS: Creo, y lo he dicho muchas veces, que América, para los americanos, está por descubrir. Hablamos del Descubrimiento de América, y no ha ocurrido. Es un problema esencial para América el de su conocimiento. Un conocimiento que, en realidad, puede disminuir la fe ideal en el mito de que hablaba el doctor Krapf.

Justamente lo que tenemos que hacer es que disminuya esa fe mítica y que nuestra fe sea una fe consciente. Tenemos que partir de una realidad. Y si nos da miedo acercar-

nos a esa realidad, por el temor de que se nos desvanezca la ilusión, estamos asiéndonos de una mentira. Si a nosotros nos da miedo colocarnos delante del alma americana, ya estamos perdidos.

Yo me acerco al alma americana con fe, inclusive, en las desilusiones; con fe, inclusive, en todas las rectificaciones que me pueda traer el conocimiento de lo que me es propio. A América hay que afrontarla con lealtad. Hay que ir a ver las cosas exactamente como son.

Tengo el convencimiento de que en la búsqueda llegaremos a un término feliz. Y esto es una cosa que a diario le ocurre a toda persona que haya viajado por América: llega a un país, y encuentra una cosa totalmente distinta de la que se imaginaba, pero siente un nuevo cariño —mucho más intenso— por lo que halla y no esperaba. Lo mismo pasa en el proceso nacional. El blanco que jamás se ha acercado a ver a un indio, cuando llega a conocerle y ve cómo es, se entusiasma por él y trata de favorecerlo.

América es un complejo racial. Muchas veces, las personas que defienden los intereses generales de América son mal interpretadas. Muchos creen que las personas que defienden el patrimonio americano lo hacen porque no son de origen europeo, y tratan de defender su propio pellejo, que será pellejo de negro o de indio. Pero no es así. En realidad, lo que hay es que son generalmente europeos emancipados. Que vinieron aquí a emanciparse. Y esto ya es algo que une, y que diferencia a América de Europa.

De manera que el conocimiento, en todo caso, de saber exactamente lo que uno es y lo que son sus prójimos o vecinos es lo que puede fundar una América real; buena o mala, pero una América que será la única

que nos ha de servir para hacer con éxito cualquier cosa.

El problema de los indígenas de América hoy se reduce —a mi parecer— a tres o cuatro países: México, Perú, Bolivia y el Ecuador. En el resto de América el problema es todo relativo a los mestizos.

SR. AMADO ALONSO: En el Paraguay creo que no hay problema indígena, y eso debe ser, seguramente, porque todos tienen, en más o en menos, sangre indígena.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Pero en la América Central sí que lo hay.

SR. AMADO ALONSO: Relacionándolo con lo que Arciniegas decía de la América oriental y de la América occidental, y con lo que Henríquez Ureña ha dicho de que la América occidental comienza ya en Córdoba, yo diría que, en realidad, se trata de que hay una cadena de grandes ciudades fundadas recientemente por Europa: Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, etc. No me refiero, por supuesto, a la fundación que se conmemora desde hace tantos centenarios, sino a que la gran aldea, de pronto, se convierte en esta grandísima ciudad que es Buenos Aires. Y lo mismo le ha pasado a Nueva York y a todas las ciudades de la costa oriental. ¿No es así, señores? Estas ciudades han sido hasta ahora los puntos en donde Europa se ha estado volcando constantemente. De manera que son ciudades en cierto modo europeas. Sólo que no tan europeas como las de Europa, puesto que de este lado del mar han tenido que tomar algún carácter americano, primero porque habrá que conceder que también los americanos han tomado parte en el grandísimo

crecimiento de estas ciudades, y después porque los europeos que pasamos a este lado del mar en seguida perdemos nuestra índole netamente europea para adquirir otra americanizada. Esto sucedió hasta con los conquistadores españoles y primeros colonizadores. Con todo, el carácter típicamente americano, el que se puede contraponer a Europa, tiene que ser el carácter del otro lado de América: el de la América occidental, o, para no dejarnos seducir por las simetrías, el de las otras zonas con exclusión de la atlántica. Paraguay es bien americano. Cuando lo visité después de vivir unos años en Buenos Aires, me pareció llegar por primera vez a América.

Y, puesto que ya estoy hablando, aprovecho la ocasión. Casi no me atrevía a hablar de este tema del indianismo siendo yo un americano tan reciente, pues diría muchas cosas contra las que me parece que ya habrá réplicas preparaditas.

Hay un indianismo, que no me es simpático, que consiste en pregonar que las características del indio son otras tantas virtudes y sus condiciones otras tantas ventajas. Debe ser este un indianismo de literatos, pero también de algunos políticos. Habrá en esto, junto con variable simpatía por el indio, sentimentalismo, demagogia y, en algunos casos personales, una estrategia: la de quien viviendo, corporal o mentalmente en esta sociedad y cultura, hechura de europeos, temen le motejen —aun en silencio— su sangre india y se anticipa proclamándola con orgullo. Este modo de indianismo, que se da indudablemente, aunque no voy a decir que se da químicamente puro, se satisface con proclamar excelencias. Pero el mejor indigenismo es el otro, el que se duele de las condiciones del indio y quiere ponerlo en exacto pie de

igualdad no de derecho, que eso no es difícil conseguir, sino de hecho. Y eso no puede ser otra cosa que desindianizar al indio, si no les asusta a ustedes la palabra. Pues hacerlos iguales a los blancos no es menos que hacerles suyo nuestro tipo de cultura, que se incorporen los indios a los modos de convivencia que llamamos cultura o civilización occidental. No es cosa ni de modestia ni de jactancia el decir que la cultura occidental, lo mismo por sus sistemas de producción y de comercio, que por sus artes, ciencia, religión, etc., es mucho más deseable que las indioamericanas. Cuando he dicho que el más honrado indianismo ha de consistir en desindianizar al indio, he querido decir: hacer que los indios participen de nuestra cultura como suya, naturalmente sin renuncia, sólo por su ascendencia no blanca, a elementos excelentes de sus viejos modos de vida. Pero yo no puedo dar mi simpatía al otro indianismo, el de la contemplación sentimental del indio como indio, glorificado en su propia salsa, porque yo no creo que eso sea prácticamente buena sociología.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Voy a contestar a eso. Es cierto que en lo que se dice del indio, en la propaganda indianista, hay exageración y adorno literario; pero hay también dos cosas que aclarar y puntualizar.

Lo que se trata de realizar es un proceso de integración. Como dice muy bien Arciniegas: se trata de integrar, no sólo al indio, sino muchas veces a españoles o descendientes de españoles que se han quedado en los pueblos y que se han unificado con los indios. Y existe también el caso de los negros.

En realidad, se trata de un proceso de integración de estas sociedades que la época colonial dejó desintegradas.

SR. AMADO ALONSO: Esa integración ¿no es la desindianización que digo yo?

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Si y no; en cierto modo, la integración es desindianización, pero en cierto modo es volver a darles lo que tenían: su casa para vivir, su baño, pues el indio tenía su baño en una época en que los europeos, en general, no se bañaban. El brillantísimo escritor colombiano Sanín Cano ha escrito un largo artículo, con muchos datos históricos, diciendo que lo que quizás más daño causó al indio de América fué el contacto de la sociedad europea.

El indio era esencialmente "el hombre que se bañaba". Tenemos, por ejemplo, la famosa frase de Cuauhtémoc: "¿Acaso estoy en un lecho de rosas?" que se dice que realmente dijo: "¿Acaso estoy en un deleite o baño?". El baño era, para el indígena, una forma del deleite.

SR. AMADO ALONSO: Los historiadores de mi país modificaron la frase para que no sonara a inmoralidad...

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: En resumen: una parte de esta integración consiste en devolverles lo que antes tenían. Porque la dominación colonial lo que hizo fué sumirlos en un nivel muy inferior al que tenían antes; especialmente en naciones como México y el Perú. Pero aun en poblaciones como las de las Antillas tenían una cultura muy rudimentaria, limitada, pero una cultura organizada.

De modo que, en primer lugar, hay que devolverlos al estado en que estaban antes de la Conquista. Además, hay que hacerlos gozar de las comodidades modernas: del automóvil, del aeroplano, del teléfono. Pero eso no es una europeización completa.

En resumen, éste es un proceso de integración que trata de devolver al indio todo lo que ha perdido. ¿Y por qué a ese problema se llama "problema indio"? Porque la mayor parte de los pobres son indios.

Querer que el indio renuncie a todo lo que tiene o todo lo que conserva, creo que sería un error.

El indio, por ejemplo, teje muy bien. ¿Por qué vamos a querer que no teja el indio esos zarapes y esos ponchos admirables que sabe hacer y que ha hecho? El indio es un artista en la fabricación de vasijas. ¿Por qué no ha de seguir haciéndolas?

Este proceso —en resumen, lo humano es siempre lo mismo— es semejante al de España bajo la república, cuando iban las misiones a los pueblos y les decían a los lagarteranos, por ejemplo, que continuaran haciendo sus tejidos, sus mantas, todos los trabajos característicos de su región. Se trata de evitar el exceso de uniformidad, que afearía el mundo.

Hay una tradición india que sería lamentable que se perdiera; porque la cerámica que hacen los indios de México es mucho mejor que las lozas de las fábricas mexicanas de estilo europeo.

Para darle interés al proceso de integración se acudió a la propaganda, y se habló de la raza india, y de la cultura india, y de la tradición india, y de los aztecas, y de los toltecas, y de los mayas... Nada de eso va a revivir íntegramente, porque se perdió la parte superior de esa cultura. Lo que se quiere es no perder ese elemento que sobrevive y que merece nuestra atención.

En cierto sentido —y vuelvo a citar a Ortega como observador de lo concreto—, lo más americano es eso: lo que él llamó "colonial" en Santiago de Chile; lo cual es, en gene-

ral, una fusión de lo español y lo indio en la América, sobre todo, la América occidental.

Ortega y Gasset observaba, además, muy bien que lo que América ha dado de estrictamente nuevo es lo que pasa en ciertas ciudades del Atlántico, y él citaba, como arquetipos, Nueva York y Buenos Aires. Son las sociedades donde se comienza ya desde arriba; donde no hay una capa estrictamente popular. Efectivamente: el obrero de Buenos Aires se viste como lo que en Madrid llamarían "el señorito"; a veces, con una pequeña diferencia: no usa cuello sino un pañuelo; pero lo demás es igual. Mientras que el indio del Perú, el indio de México, el indio del Ecuador, el indio de Bolivia, el indio de la América Central, se viste de otro modo, usa otro sombrero, usa otro calzado, es otra cosa.

Y Ortega me decía que ése era el fenómeno realmente nuevo de este tipo de ciudades. Y cuando yo le respondí: "—Pero lo muy americano es lo otro", él me dijo: "—¡Ah! Pero ésa es la repetición de un fenómeno que es constante en la historia europea. Llega el conquistador, y hay una población que se sobrepone, la que está arriba, a la conquistada, y esas poblaciones lentamente se integran".

Todos sabemos lo que es la historia de España, la historia de Francia: procesos largos de integración. Con la diferencia —respecto de América— que ellos han dispuesto de veinticinco siglos para hacerlo y nosotros no hemos tenido más que cuatro siglos, y estamos tratando de integrarnos ahora con procesos acelerados.

En resumen, el indigenismo no es más que eso: la necesidad de integración, y, por otro lado, el deseo de conservar lo que sí, en realidad, se ha conservado del indígena, porque tiene valor.

SR. AMADO ALONSO: No ha estado tal cosa en mi pensamiento. Las cosas buenas que conservan, cerámica, tejidos, etc., ¿quién quiere que se pierdan? Esas cosas buenas, que las sigan haciendo los indios; y que las hagan también los obreros mexicanos o peruanos aunque no sean indios. Lo que yo no apruebo es el indianismo sentimental de apología de lo específicamente indio, sólo porque es indio. Creo que algunos criollos descendientes de los antiguos opresores, creen descargar su conciencia histórica glorificando al indio: como si quisieran estar ante el tribunal de la historia con los conquistados y maltratados, no con los conquistadores.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Pero es que, gracias a esa glorificación del indio, a esa propaganda exagerada, se hace algo por él.

SR. AMADO ALONSO: El indianismo verdadero sería decirle: “—Señor mío: Usted es un hombre como soy yo; no hay diferencia alguna. Disfrute Ud. de lo mejor, y sea igual a mí. Piense Ud. que si soy blanco, y que si Ud. es indio: tanto Ud. como yo somos seres humanos, y nada más”.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Es la respuesta que dió una vez Vasconcelos a un pedagogo europeo. Le preguntó un día: “—Bueno, y este problema indio, ¿cómo lo van a resolver? ¿Han pensado ya en la técnica con que van a educar a esa raza distinta?”. Y Vasconcelos le dijo: “—No. Los vamos a tratar como seres humanos, con los principios cristianos, sencillamente”.

Eso es, en fin, lo que trata de hacerse en este movimiento indianista. Lo otro es un poco de adorno literario, para hacer que no se llegue a abolir eso que el indio todavía

puede hacer y que tiene el carácter antiguo; para que no se quiera barrer con todo eso que el indio ha hecho y que representa los restos de culturas interesantes.

SR. AMADO ALONSO: A mí me interesa el problema, no para aclarárselo a Uds., sino para que me aclaren a mí lo siguiente:

Se habla de indianismo en el Perú o en México —yo entiendo más el del Perú, o menos; no sé...—, y el indianismo dice esto: “Aquí hay elementos indios, y elementos europeizantes o europeos. Y el problema es que tenemos que ser una sociedad homogénea. Pero ¿de qué tipo? De tipo indio”. ¿No es así, señores? Algunos dicen que no. Yo no digo que éste sea el indianismo que Uds. prefieren, sino que hay un indianismo —supongo que sólo retórico— de esa índole. Lo hemos leído demasiadas veces.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: En fin; los indianistas del Perú no sostienen que haya que estimular en el indio ciertas normas de vida y someternos todos a ellas, sino —como decía Vasconcelos— tratarlo simplemente como un ser humano igual a nosotros. Nada más.

SR. AMADO ALONSO: Sin embargo, no son escasos los indianistas que, para entregarse más a lo indio —por lo menos retóricamente—, reniegan de todo lo blanco, de lo que representa nuestra cultura y nuestra civilización.

SR. EDUARDO MALLEA: El problema está en ver si lo que se crea se basará en la cultura india o en la cultura blanca. Además, ¿por qué darle la cultura blanca al indio?

SR. AMADO ALONSO: Por supuesto, ninguno puede creer que se tiene que fundir la cultu-

ra blanca en la india; sin embargo, hay quien lo dice. No como programa sociológico, sino —a mi entender— como desahogo sentimental. Por eso creo que es retórica no fomentable.

SRA. EDITH HELMAN: No hay cultura blanca sino cultura india o mestiza. En el Perú, por ejemplo, los mismos monumentos arquitectónicos y coloniales lo demuestran.

SR. AMADO ALONSO: Puesto que lo mestizo es cruzado de indio con blanco, ¿por qué llamar al resultado "cultura india" y no "blanca"? ¿Qué predomina y qué es deseable que predomine?

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: En resumen, es lo que, en realidad, llamó José Joaquín Pérez, un poeta de mi tierra, "el nuevo indígena", "el nuevo hombre de América".

SRA. EDITH HELMAN: Luis García lo llama "el nuevo indio".

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Un hecho concreto, al respecto, es México. México —que es una de las naciones más grandes de la época contemporánea como creación social y política, gracias a que ha podido comprender el problema indio y resolverlo favorablemente, en lugar de eliminar al indio— ha hecho esa fusión, ese proceso de integración entre lo indio y lo blanco, y ha sacado, como consecuencia, ese tipo de vida, esa organización social y política que ha permitido hacer de México una cosa distinta de los demás países de América; y todo esto se debe a que ha podido integrar lo blanco con lo indio.

Por eso yo creo que es una información

equivocada de que los indianistas americanos quieren eliminar todo lo blanco.

SR. AMADO ALONSO: No lo quieren, pero lo dicen. Reniegan de todos los antepasados blancos, y si los recuerdan, no es más que para hablar de ellos.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Esos son los exaltados. Está tan menoscabado el valor indígena, que la actitud polémica lo quiere levantar; pero el "aprisimo" no dice en ningún momento que va a eliminar lo blanco.

SR. AMADO ALONSO: Supongo que no; pero he tenido la poca fortuna de encontrar algunos apristas que lo dicen.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: Pero eso pasa siempre: en todas las reacciones se exagera. Hay en esto una reacción polémica inevitable.

SR. AMADO ALONSO: Los indianistas peruanos se sienten descendientes de la madre y no del padre de Garcilaso de la Vega...

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Ésa es una actitud que sólo se adopta en la polémica.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Quizá les sea más cómodo sentirse así... Se ha dicho tantas cosas malas de los europeos, que, a lo mejor, prefieren sentirse descendientes de la raza india.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Pero no se piensa en renunciar a la lengua castellana.

SR. AMADO ALONSO: No, no creo que se piense; pero no falta quien lo diga.

SRTA. MARÍA ROSA OLIVER: (Dirigiéndose a la Sra. Helman). Pero Ud. no habrá visto a ningún "aprista" que hable quechua. ¿Verdad?

SRA. EDITH HELMAN: Sí, lo hablan. Han profundizado mucho en la mentalidad india. En los mitins se habla quechua, y no castellano, para ponerse en contacto con el indígena y civilizarlo.

SR. ARNALDO ORFILA REYNAL: Yo creo que el único movimiento popular del siglo XX, aquí en América, es el "aprista".

SR. AMADO ALONSO: Eso es aparte. No me he referido a su valor social ni al político, sólo a la utilización sentimental del indianismo. Puede ser que se justifique bien por sus resultados prácticos, como arma política. No es ese nuestro tema. Nuestra conversación se encamina a discernir entre lo sustancial y lo falso que pueda haber en el movimiento indianista. Y yo enumeraba algunas cosas que se dicen, que quizá se tienen que decir, pero que a mi parecer no se pueden sentir por quienes las dicen.

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Podrán sentir las, y no ser exactas... ¿Por qué no las han de poder sentir?

SR. AMADO ALONSO: Pero, si lo que dicen es "tenemos que volver a ser puramente indios", y quienes lo dicen son blancos, ser o no ser cosa exacta se identifica con sentirla o no sentirla. Y no lo pueden sentir...

SR. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: Pueden creerlo. Es como Hitler, que se cree ario puro, y el ario puro es un mito. También será un mito puro el de los indianistas...

SR. CARLOS ALBERTO ERRO: Podríamos volver al tema, en esta reunión, de "cómo hacer de América un continente". Por ahora, lo hemos resuelto mediante un mejor conocimiento de los países americanos.

La solución a que nos hemos referido —que es un mejor conocimiento mutuo— me parece, desde luego, la primera y la fundamental.

¿Cómo puede ser América un continente si millones de ciudadanos de los Estados Unidos no saben que existe Buenos Aires, por ejemplo, o que existe Río de Janeiro, o que confunden Buenos Aires con Río de Janeiro? ¿Y cómo puede ser América un continente, si hay millones de ciudadanos argentinos que no saben cuál es la capital de Colombia o cuál es la capital de Venezuela? ¿Cómo puede ser, en estas condiciones, América un continente?

Falta algo esencialísimo, para que América sea un continente. Y ese algo es un conocimiento elemental de cada uno de los países que forman América. Porque en Europa podrá existir un gran desconocimiento de los distintos países, pero nadie ignora lo que significa Berlín, o lo que significa Moscú, o lo que significa Viena, o lo que significa París. ¿Verdad? Y es por la importancia cultural e histórica que tienen esas ciudades.

De modo que el elemento primario —que es el de saber que prácticamente existe algo— falta muchas veces en América. Nada se ha hecho en América, o se ha hecho poquísimo, para mejorar el conocimiento. Y esto se debe a que no ha existido la conciencia de la necesidad y de la ventaja de mejorar ese conocimiento; y también —como decía Henríquez Ureña— porque todas las empresas se han dirigido a acercarnos a Europa y no a acercarnos mutuamente. Ni las líneas de navegación, ni los ferrocarriles, ni las ca-

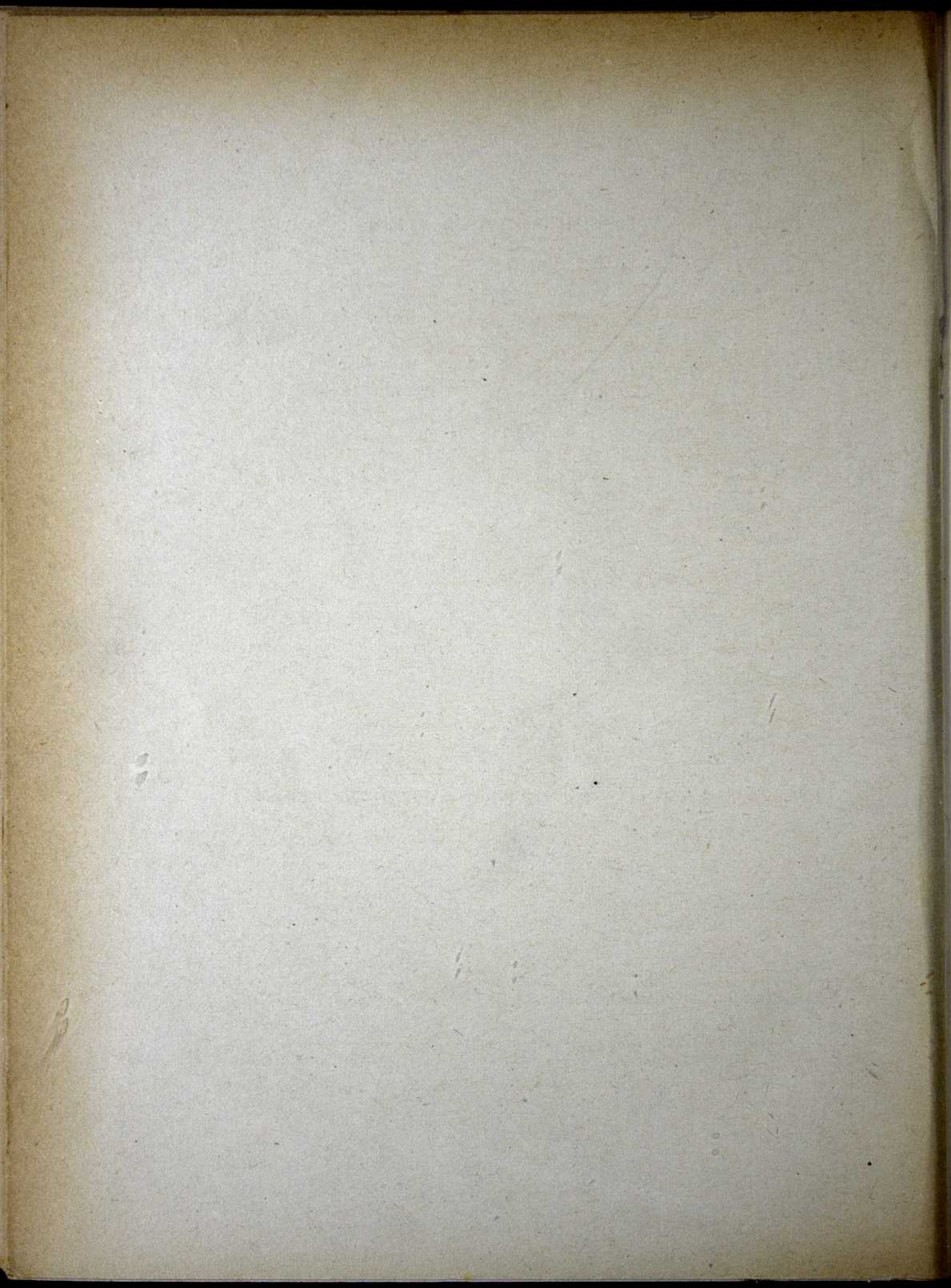
rreteras, ni nada, se ha hecho pensando que era necesario crear ese conocimiento.

Lo que nosotros hemos tratado hasta aquí es lo que se refiere a cómo hacer de América un continente.

Arrarás Vergara ha planteado otro asunto: ¿Por qué hacer de América un continente? Yo le contestaría en dos palabras: por una razón permanente —digamos—; porque creo que en América existen posibilidades para crear un modo de vida, un estilo de vida, una civilización propia y superior. Y también por una razón circunstancial: porque en este mo-

mento las relaciones entre los continentes tendrán una importancia que no han tenido en otro momento. Los continentes llegarán, probablemente, a contraponerse si las cosas siguen así; y sólo cuando se tiene la conciencia de que se forma parte de un continente, se está en la situación conveniente para afrontar una contraposición o una oposición de otro continente. Nada más.

(Termina la reunión, siendo la una menos cuarto del jueves 8 de agosto).



ESTE SEPTUAGÉSIMO SEGUNDO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE SETIEMBRE DE MIL NO-
VECIENTOS CUARENTA EN LA
IMPRESA LÓPEZ, PERÚ 666,
BUENOS AIRES

HEMOS

adquirido

PRESTIGIO

como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRESA LOPEZ

al servicio del libro

PERU 666 • BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

EDICIONES SUR

Los católicos, la política y el dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

● (\$ 2.50 m/n.)

VIAJE OLVIDADO

por

SILVINA OCAMPO

Imaginación y lirismo, novedad y gracia de expresión se alían en las páginas de este primer libro, auténtica revelación de un valor nuevo en las letras argentinas.

● \$ 2.— m/n.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ACABA DE PUBLICAR:

¿QUIEN VIVE? ¡LA LIBERTAD!, por ARTURO CAPDEVILA	\$ 3.—
Libro en que se plantea la más vital de las cuestiones actuales con elementos profundamente argentinos.	
LA ACTUAL CRISIS DEL MUNDO DESDE EL PUNTO DE VISTA RACIONAL, por CARLOS VAZ FERREIRA	\$ 1.25
Texto íntegro de las conferencias pronunciadas por el gran filósofo uruguayo en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, que suscitaron tanta expectación.	
EL PENSAMIENTO VIVO DE THOREAU, por THEODORE DREISSER	\$ 3.—
EL CASAMIENTO DE LAUCHA. CHAMIJO. EL FALSO INCA, por ROBERTO J. PAYRÓ	„ 2.—
LA CORTE DE LOS MILAGROS. VIVA MI DUEÑO, por RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN. 2 tomos, cada uno	„ 1.50
HAMLET (En sus tres versiones), por SHAKESPEARE	„ 4.—
METODOLOGIA DE LAS CIENCIAS NATURALES, por VICENTE VALLS	„ 2.—
EL ESPAÑOL EN CHILE, por RODOLFO LENZ (Traducción de A. Alonso y R. Lida)	„ 8.—
NIETZSCHE, por HENRI LEFEVRE	„ 4.—
REFLEJOS EN EL AGUA, por RAFAEL SÁNCHEZ OCAÑA	„ 2.50
EDUCACION Y CIENCIA, por ROURA-PARELLA	„ 6.25
ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ, por CÉSAR VALLEJO	„ 3.—
EXPERIENCIA DE LA MUERTE, por P. L. LANDSBERG	„ 3.50
LA MUJER, EL AMOR Y LA VIDA, por JOSÉ TORRE BLANCO	„ 3.—
EL VICTORIAL, por RAMÓN IGLESIA	„ 5.—
BARAJA DE CRONICAS CASTELLANAS DEL SIGLO XIV, por RAMÓN IGLESIA	„ 3.50
POESIAS DE GIL VICENTE, por DÁMASO ALONSO	„ 3.—
NABI (Poema), por JOSÉ CARNER	„ 3.—
PASEO DE MENTIRAS, por JUAN DE LA CABADA	„ 3.—
MEMORIA DEL OLVIDO, por EMILIO PRADOS	„ 3.—
VALORES PSICOLOGICOS DE LA PERSONALIDAD, por A. ABAUNZA	„ 2.50
NIEBLA DE CUERNOS, por J. HERRERA PETERE	„ 3.—
TEORIA ECONOMICA, por EDWIN CANNAN	„ 10.—
PRIMEROS CONOCIMIENTOS DE ARITMETICA Y GEOMETRIA; por MARCELO SANTALÓ	„ 3.—
PRIMEROS CONOCIMIENTOS DE FISICA, por MODESTO BARGALLÓ	„ 3.—
OPTICA INSTRUMENTAL, por PEDRO CARRASCO	„ 3.—
EL PROBLEMA SOCIAL DE LA LEPRO, por JULIO BEJARANO	„ 3.—

EDITORIAL LOSADA, S. A.

TACUARI 483

BUENOS AIRES